

c. 333298

LA EDUCACIÓN
DEL
SENTIMIENTO,
POR
D.^a PILAR PASCUAL DE SANJUÁN.



BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CALLE DE PELAYO, NÚM. 54
1889

—
ES PROPIEDAD
—



PRÓLOGO

No intentamos escribir un libro de Pedagogia, ni siquiera nos proponemos estudiar el alma humana, ese espíritu sublime que, como el Divino Sér de quien emana, y á cuya imagen ha sido formado, es uno en su esencia y trino en cierta manera, si se atiende á sus facultades fundamentales, ó sea á sus concepciones, á sus sentimientos y á los impulsos que en virtud de estas concepciones y sentimientos en ella se determinan.

Plumas mejor cortadas que la nuestra se han ocupado del estudio del hombre en su parte espiritual y material: todos cuantos han tratado de la educación del niño, para formar en él una segunda naturaleza, que se acerque cuanto sea posible á la perfección y que responda al doble fin para que fué criado el sér humano, han convenido en la necesidad de que se eduquen de un modo armónico el alma y el cuerpo, es decir, que

se atienda á la parte intelectual, física y moral del tierno sér de cuyo perfeccionamiento se trata, y nada tendríamos que oponer á esto, ni una sola palabra fuera preciso añadir, si la práctica correspondiese á la teoría en la educación del sentimiento, como sucede en lo que á la inteligencia se refiere.

En efecto; después de exponerse en los tratados de Antropología los diferentes aspectos que nos presenta la personalidad humana, compuesta de espíritu y materia y dotado aquél de inteligencia, sensibilidad y voluntad, viene la Pedagogía y se ocupa de la organización de nuestro cuerpo, admirable máquina, obra la más acabada del Artífice Supremo, de los cuidados que para su conservación y desarrollo este cuerpo necesita, de las complejas facultades de la inteligencia y del modo de cultivarlas y desarrollarlas; pero al descender al terreno de los sistemas, métodos y procedimientos, hallamos que se da grandísima preferencia á la parte instructiva, ó sea al desenrolamiento de la inteligencia, y tanto es así, que en la mayor parte de estos tratados sólo se habla como de paso de la educación de los sentimientos morales, á menos que se entienda por educación moral la enseñanza del Catecismo é Historia Sagrada, enseñanza que sin una esmerada atención y firme voluntad del Maestro ó la Maestra, queda reducida á una de tantas asignaturas en que se ejercita la memoria mecánica con preferencia á la racional.

Como resultado de lo que llevamos dicho, se hallan escuelas públicas en que, gracias á un buen sistema de enseñanza proporcionado al número de los alumnos, con excelentes métodos y acertados procedimientos, se ve adelantar rápidamente á los que á ella con-

curren, en las diferentes asignaturas que forman su programa; pero ¿qué se hace por el desarrollo físico, por la salud y robustez de aquellas criaturas? muy poca cosa.

¿Qué puede hacerse para educar sus sentimientos? Menos todavía, por no decir que absolutamente nada.

La razón concibe y la experiencia demuestra que cuanto mayor orden material reina en una escuela, menos puede estudiarse el carácter moral de cada uno de los alumnos, sus tendencias, sus inclinaciones; pues sujetos á una severa disciplina, hablando poco y tan sólo de lo perteneciente á las asignaturas que se enseñan en el establecimiento, escribiendo solamente lo que se les dieta ó aquello cuya redacción se encarga, saliendo de los bancos automáticamente para formar semicírculos, en cada uno de los cuales se encuentra un instructor que enseña una asignatura, y volviendo á marchar á compás para sentarse de nuevo y ocuparse en la escritura ó el dibujo y las niñas en las labores; solamente hay que castigar algún acto de rebeldía, alguna ostensible muestra de cólera ó de envidia, y más frecuentemente la falta de aplicación; pero bajo aquella aparente calma, en aquellas ordenadas filas, entre aquella población en miniatura, ¡cuántos corazones laten impulsados por nacientes inclinaciones, que sería necesario estudiar para desarrollar convenientemente á combatir con energía, según su índole! ¡Cuántos sentimientos germinan que pueden convertirse en tiránicas pasiones, labrando la desgracia de aquellos individuos ó induciéndolos a eso ó, mejor dicho, arrastrándolos á criminales actos!

Los niños no saben fingir, se nos observará.

No singen, no; pero se contienen por el saludable temor que tienen al Maestro, por el respeto que inspira hasta el local de la escuela.

Lo que más debe preocupar al educador no es el niño iracundo y mal sufrido, que da un bofetón al que le mancha el escrito ó le toca el codo y le hace estropear un dibujo; no es la niña que se apodera furtivamente del dedal de su compañera, que tiene dos, mientras ella no puede coser bien por haberse dejado el suyo en su casa; estos son actos impremeditados muchas veces, siempre ostensibles, y por lo tanto pueden ser inmediatamente castigados, sin que haya que deplorar tampoco el escándalo; antes bien, como la corrección sigue de cerca á la falta, esto sirve de saludable lección para los demás. Lo peor es el rencoroso que no desahoga su enojo y espera ocasión para vengarse á mansalva; la envidiosa que nada toma, pero que todo lo desea; porque estas malas inclinaciones no pueden corregirse á tiempo, y es menester esperar á que hayan dado su pernicioso fruto, si una palabra imprudente no vende al que las abriga.

En las horas de recreo es cuando se revelan mejor los instintos y las propensiones de los alumnos.

«Por sus juegos se conoce el niño—ha dicho en sus proverbios el más sabio de los sabios—y se conceptúa cuáles han de ser sus obras.

Allí se ve el carácter dominante de uno que quiere siempre designar y dirigir los juegos, y si no, no participa de ellos; la inconstancia de otro, que se cansa de todo y desea variar sin cesar; la turbulencia de este, que grita y hace más ruido que seis de los otros; la indolencia de aquél, que prefiere la inacción al juego

mas divertido; el genio quisquilloso del que se enfada por una broma de sus compañeros; pero ¿dónde está el tiempo y el local para estos recreos, tan útiles para la expansión del educando como para la observación y estudio del educador? Del modo que están situadas y organizadas nuestras escuelas oficiales, sin un mal jardín, sin un patio siquiera para solaz y esparcimiento de los alumnos, no se pueden retener en el establecimiento mas que las seis horas de clase, y como éstas son indispensables para enseñar las asignaturas del programa, de aquí que se vean privados de un medio que haría más grata para ellos la época de los estudios y facilitaría la tarea del profesor.

Cuando se establezcan los paseos escolares, si es que esto llega á realizarse en nuestro país; cuando un día se muestren á los niños las bellezas de la Naturaleza en la fértil campiña, otro se proponga á su contemplación artístico monumento, hoy se les llame la atención hacia la actividad humana, haciéndolos presenciar las diferentes operaciones del labrador, empleado en la siega, la trilla ó la vendimia; ó admiremos con ellos el complicado mecanismo de una máquina aplicada á cualquier género de industria, producto de la inteligencia y motor utilísimo que simplifica el trabajo; entonces, sin salirse los alumnos ó alumnas de sus ordenadas filas, hablarán, se comunicarán sus observaciones, manifestarán á sus maestros las impresiones que en ellos produce lo que es objeto de su contemplación, y él podrá juzgar de los sentimientos que dominan á los tiernos seres confiados á su tutela.

Hoy por hoy, nada de esto es posible; pero traslademos nuestro pensamiento á un colegio en que haya

pensionistas ó media pensionistas de uno ú otro sexo: allí se habla, se come, se juega, se pasea, siempre bajo la inspección de un superior; mas suponiendo por un momento que el director ó directora no los perdiere de vista, cosa que no es factible, ó que los ayos ó auxiliares fuesen tan ilóneos e inteligentes como el jefe del establecimiento, y que diesen minuciosa cuenta de las observaciones hechas sobre los nacientes sentimientos de los niños, sobre el carácter que empieza á delinearse, ¿podría dirigir los primeros y corregir el segundo? Mucho tememos que fuese demasiado tarde; porque abrigamos la íntima convicción de que así como en la educación intelectual se puede aprovechar el tiempo perdido, y nunca es tarde para comunicar conocimientos, para rectificar juicios ó desvanecer falsas ideas, la educación del sentimiento, y aun la de la voluntad, deben empezar desde la cuna, puesto que los instintos son innatos en la especie humana, y hasta en los animales; que en aquélla se convierten en sentimientos y, más pronto de lo que generalmente se cree, forman un hábito que es como una segunda naturaleza. Si de las observaciones que el profesor haga acerca del carácter de una criatura se desprende que un mal sentimiento, la envidia, por ejemplo, ha echado raíces en su corazón, será muy difícil, si no imposible, desterrarle para siempre; mas si notase la ausencia de otro bueno y de preciosas consecuencias, v. g., el de la compasión, será de todo punto imposible inspirarle de un modo eficaz; porque la yerba crecida, si es nociva, se consigue quizás arrancarla con más ó menos trabajo; pero cuando la semilla de hermosa planta no ha existido ó se ha ahogado bajo la tierra, ningún riego ni

abono, ningún trabajo del agricultor será suficiente para hacerla germinar.

Lo repetimos: desde la más tierna infancia deben estudiarse los instintos vagos e indecisos que empiezan á dar colorido al carácter moral del perrulillo, como aquello tenues rayos de luz que, precediendo á la salida del sol, doran el horizonte y que por su palidez ó esplendor dejan comprender si el día será tempestuoso ó apacible. No perdemos de vista que escribimos para Maestros y Maestras, en cuyos establecimientos ingresan los niños cuando ya han salido de este primer albor de su existencia; pero entre nuestros compañeros hay padres y madres de familia, tratan con padres de familia, gozan de más ó menos influencia entre los de sus alumnos ó alumnas, sus consejos serán siempre más atendidos que los de una persona profana en el arte de educar, y acaso la tardía experiencia de la falta de educación de un niño en su primera infancia, por lo que toca á la dirección de sus sentimientos, sirva de saludable aviso para que se atienda mejor á la de sus hermanos menores, de manera que empezando esta dirección en la cuna, continuando en el hogar y terminando en la escuela, se forme el carácter moral del individuo conforme á la voluntad divina, á los preceptos del Evangelio y á las leyes humanas, porque este carácter ó modo de ser (más que la instrucción más completa) asegura la tranquilidad de los individuos y el orden de la sociedad.

CAPÍTULO PRIMERO.

Instintos.

En nuestro prólogo ó prefacio dejamos apuntado el objeto de esta obrita, que creemos de vital interés para cuantos se ocupan en la dirección de la infancia; sabemos que nos falta autoridad para tratar materia tan conspicua como trascendental; pero por lo mismo que su objeto es tan sublime y sus resultados tan preciosos, creemos que muchas vigilias, mucho trabajo de parte del escritor, muchas páginas consagradas á él, obtendrán suficiente recompensa, si un reducido número de familias, decimos mal, una sola, un solo individuo, logra, corregidas á tiempo sus malas inclinaciones, alcanzar una existencia útil para la familia y la patria, siempre dentro de las leyes que ríjan á la nación respectiva, existencia más ó menos combatida por las desdichas y males que son patrimonio de la Humanidad, pero tranquila y resignada, cuyo término sea una muerte dulce, principio de una dichosa eternidad.

Así el marino, que en noche de horroroso naufragio surea las aguas en su débil esquife, animado de un caritativo sentimiento, se tiene por dichoso si puede

arrancar de las garras de la muerte y restituir al seno de su familia á uno solo de los infelices náufragos que luchan con las embravecidas olas.

Acaso se tendrá por aventurado lo que hemos afirmado en el prólogo de este libro, es á saber: que nunca era tarde para aprender, para adquirir conocimientos, para cultivar la inteligencia, y vamos á explanar esta idea.

Desde los primeros albores de la razón, puede ésta ilustrarse, haciendo que el párvulo se fije en aquello que nos conviene, satisfaciendo prudentemente su curiosidad, cuando nos dirige una pregunta ó cuando desea enterarse de las cualidades de algún objeto; pero la instrucción escolar propiamente dicha, la enseñanza de la lectura, base de todos los conocimientos humanos, no importa que no empiece tan temprano como generalmente se desea.

Creemos que de los cuatro á los cinco años, y no antes, deben enseñarse las letras, y después continuar sin interrupción la enseñanza de esta interesante asignatura, y esto lo mismo á los niños que á las niñas; pues si bien las últimas suelen ser más precoz, en cambio tienen por lo regular menos asignaturas literarias que estudiar, y por consiguiente más tiempo para aprenderlas.

Es muy difícil que una criatura menor de cuatro años articule bien; pues aunque los padres, encantados de su precoz cháchara infantil, digan que habla claro, se refieren á que con bastante claridad se entiende lo que dice; pero no es regular que salgan con precisión de su aparato boeal las articulaciones directas dobles, como *tra*, *tre*, etc. Empezará, pues, á leer mal, puesto que no se puede exigir de él un trabajo superior al estado de su desarrollo físico, y será muy difícil que más tarde se corrijan este y otros vicios de articulación y pronunciación. Pero demos de barato que hable tan claro como su padre

y lea tan correctamente como el Maestro, ¿entenderá lo que lee?

No creemos que nadie se atreva á contestarnos afirmativamente.

Y si no lo entiende, ¿de qué servirá su lectura?

Ningún resultado bueno puede dar, y acaso algunos malos, siendo el primero cansar la vista con un trabajo inútil, el segundo el de acostumbrarse á leer sin saber lo que se lee, y por consiguiente sin fijar la atención, y el tercero, mediante ciertas circunstancias, el de halagar la vanidad del pequeñuelo, á quien inconsiderados parientes, vecinos ó amigos alaban por su adelanto (que ellos creen real y que no es más que ilusorio), pudiéndose aquí aplicar con entera propiedad aquél vulgar adagio que dice:

«No por mucho madrugar
amaucece más temprano »

En nuestra larga carrera profesional, nos ha sucedido alguna vez presentársenos una alumna de nueve años, por ejemplo, acompañada de los autores de sus días, y manifestarnos éstos con cierto embriagazo mezclado de pena que la niña no sabia una letra; hemos dirigido una mirada á la aspirante al ingreso, y si hemos visto brillar en su semblante la inteligencia, después de escuchar las excusas de sus padres, que siempre vienen á ser enfermedades suyas ó de la niña, viajes, pérdidas de intereses, etc., con cuya relación suelen ocultar su incuria, hemos contestado resueltamente:

«No importa, ya aprenderá.»

Y no nos hemos arrepentido de nuestra afirmación; porque excitando en ella los sentimientos de amor propio y emulación, hemos conseguido que salga de nuestro establecimiento tan instruida como cualquiera de las que han empezado á los seis años.

Ahora bien; ¿sucede lo mismo con los defectos del corazón?

¡Ay de mí! La experiencia nos demuestra lo contrario: cada día, cada hora que el niño ó la niña ha pasado al lado de unos padres descuidados, se ha ido ahogando el germe de un sentimiento benévolos, destinado á labrar su felicidad y la de las personas que están en contacto con él ó desarrollando el de otro sentimiento innoble, que transformado en hábito ó convertido en pasión, le dominará toda su vida, esclavizando su voluntad y haciéndole desgraciado, cuando no delincuente.

Al salir de las manos de la Naturaleza, todos nos hallamos dotados de ciertos instintos, que tienen mayor ó menor fuerza y adquieren más ó menos desarrollo, según el temperamento, pues éste, aunque susceptible de modificaciones, existe ya al nacer, siendo casi siempre heredado.

Sobre estos instintos y los sentimientos que son su consecuencia, debe estar siempre fija la mirada del educador para dirigirlos convenientemente.

Obedeciendo al instinto de conservación, el pajarillo en el nido bate las alas y abre el pico demandando el alimento que sus padres se apresuran á introducir en él; el polluelo picotea, buscando la semillita que ha de nutrirle y prolongar su débil existencia, y el niño abre sus labios y, cuando la madre ó la nodriza introduce en ellos el pezón, chupa con fuerza hasta extraer el precioso jugo que ha de alimentarle.

Se ve, pues, que este instinto es común á los hombres y á los animales; de consiguiente, no hay que temer que ninguna criatura racional carezca de él.

En efecto; más tarde, conociendo el parvulillo que por la boca se introduce el alimento que recrea su paladar y sacia su hambre, cuando no puede mamar, lleva á los labios cuanto coge, así el pedazo de pan,

como la flor ó la fruta, tanto el chupador de plata ó marfil, como una llave, unas tijeras, cualquier cosa; porque en su inconsciente apetito no puede discernir las sustancias alimenticias de las que no lo son, y entre éstas, las nocivas de las provechosas.

No cumple á nuestro propósito encarecer la vigilancia que necesitan los que cuidan la tierna criatura, para evitar que se trague algún objeto pequeño ó introduzca en su estómago sustancias venenosas; los tratados de higiene de la infancia, tan necesarios á las madres de familia, dan reglas para evitar estos accidentes ó remediarlos; lo que si creemos del caso es advertir, como después probaremos, que esta disposición de los niños, este instinto de conservación, tan útil y tan precioso, mal dirigido produce la gula, con sus diferentes gradaciones, glotonería y golosina; engendra también la avaricia, y algo después, cuando se empieza á tener conciencia del peligro, el miedo, con todas sus desagradables consecuencias, origen de la pusilanimidad y cobardía.

El infante, por medio de esa facultad que se llama percepción externa, ve, oye y se despierta su atención y sucesivamente su curiosidad.

Obsérvese con cuánta insistencia mira un objeto que se le presente por primera vez; intenta aproximarse á él para tocarle, y si lo consigue y es cosa manejable, lo toma en sus manos, lo examina por todos lados; si ya sabe hablar, pregunta su nombre, el fin á que se destina, etc. Por la misma razón, si oye un ruido á que no esté acostumbrado, desea conocer la causa; ya mayor, cuando se refiere en su presencia algún suceso que esté al alcance de su inteligencia, pregunta hasta enterarse de todos sus detalles.

¿Qué niño no tiene afición á los cuentos? ¿Cuál no se complace en escucharlos?

Pues este instinto de la curiosidad ayuda poderosa-

mente al educador, cuando éste sabe sacar partido de él para toda clase de útil enseñanza.

Cuando lo que el niño ve ó oye por primera vez se diferencia de un modo muy notable de lo que le es conocido, su curiosidad se convierte en sorpresa, y ésta en admiración que manifiesta con su sonrisa, con sus gritos de júbilo, alargando sus bracitos y haciendo todos los esfuerzos imaginables para poseer, ó al menos ver de cerca y tocar, el objeto que admira.

He aquí el origen de un sentimiento de que el educador puede obtener excelentes resultados, tanto para la enseñanza religiosa, como para la estética. Muerto en su nacimiento por falta de estímulo, queda el niño frívolo é indiferente; dirigido, educado, produce el respeto á todo lo grande, el amor á todo lo bello y por consiguiente la religiosidad, el entusiasmo por la virtud y (con una imaginación viva y convenientemente educada) puede convertir al que le posee en un notable artista.

El infante, no sólo desea conservar su vida, sino que en cuanto tiene noción del *yo* se ama á sí mismo más que á ninguna otra cosa; este amor es inconsciente, pero existe fuerte y vigoroso; sus sentidos le muestran que hay infinitad de seres y de objetos en los cuales se fija más ó menos, el *no yo*; y la percepción interna, que empieza á desarrollarse, le dice que existe él mismo, el *yo*.

El no dice *yo*, pero dice *el nene* ó *la nena*, como lo oye á los que le rodean, y se ama á si mismo, cuyo afecto es más vehemente cuanto más se ve objeto de los mimos y caricias de los demás; así puede notarse que un grito, un gesto de desagrado, ó veces hasta una mirada severa de aquellas mismas personas á cuyo cariño está habituado, le hace prorrumpir en amargo llanto. No le han hecho daño, su parte física no ha padecido en lo más mínimo, ¿dónde ha recibi-

do, pues, la herida que le hace llorar? En su amor propio.

Esto, que ya podríamos llamar sentimiento, más bien que instinto, contenido y moderado por la educación, produce la dignidad, el honor, el deseo de gloria, origen de nobilísimas acciones; sublimado por el ejemplo, las buenas lecturas y otras circunstancias, puede conducir hasta el heroísmo; exaltado, extraviado, se convierte en orgullo ó en su hermana menor, que es la necia vanidad, rayando á veces en maldita soberbia y en desprecio de sus semejantes.

A pesar de amarse el infante á si mismo, hay en él otro instinto que podríamos llamar de inferioridad ó subordinación; así vemos que, no solamente en los primeros años, sino aun después (si no es que una perversa educación haya borrado esta noción saludable, este conocimiento de su debilidad física e intelectual, comparándose con las personas mayores), se complace en que le atiendan los muchachos de más edad que él, tiene á mucha honra el acompañarse con ellos y obedece á las personas adultas, aunque sean desconocidas, sin inquirir con qué autoridad ni en virtud de qué derecho les dan una orden.

Este instinto es el principio del respeto á los superiores, que hace al hijo dócil con sus padres y al alumno con los Maestros; lo cual es evidente que facilita la enseñanza y favorece la educación en todas sus fases, constituyendo después el ciudadano pacífico, fiel á las autoridades, y la esposa sumisa y diferente, centro de una familia tranquila y ordenada.

Otro de los instintos de la infancia es el de la adhesión.

Las tiernas criaturas se adhieren fuertemente á cuanto las rodea, como la débil yedra al muro ó á la roca junto al cual ha nacido; aman á sus padres y hermanitos, no porque lo sean, sino porque en ellos

encuentran cariño y apoyo; así se ve á la que por una circunstancia fortuita se ha criado en casa de una nodriza, prodigar sus caricias á aquella mujer rústica y á su familia, tal vez horaña y repulsiva, y llorar y forcejear por desasirse de los brazos de la tierna madre, señora de hermoso rostro, de elegante figura, de dulce voz y atractivos modales. Por la misma razón llora, y muchas veces de un modo tenaz y persistente, al verse en los alfombrados y decorados salones de la mansión paterna, y sonrie de nuevo al volver á divisar las desnudas paredes de la casa donde se ha criado y sus toscos habitantes, y hasta el mastín y la vaca y la higuera del patio.

Este instinto es quizás el más fecundo de cuantos nacen en el corazón humano; en él tienen origen el afecto de la familia, la piedad filial, el fraternal cariño, la amistad, y, más tarde, el amor, la filantropía, la caridad, el patriotismo y la humanidad; la negación de estos dulces sentimientos engendra la misantropía y el egoísmo; el mismo instinto, mal dirigido y convertido en pasión, produce los celos, crueles, la feroz envidia y hasta el odio á determinadas personas, familias ó razas, ó á la humanidad en general.

No solamente la tierna criatura se adhiere á cuanto le rodea, sino que merced al instinto de imitación se identifica con ello; así es que nadie habrá dejado de observar del modo que copia las acciones, los gestos y, más tarde, las voces, el lenguaje, los modismos y cuanto puede de las personas y hasta los gritos de los animales que están en contacto con él.

La madre más ignorante, la más ruda nodriza y la sencilla niñera conocen esta aptitud de los pequeños seres confiados á su cuidado, y la utilizan para enseñarles todas esas habilidades de saludar, batir palmas, señalar con el dedo y tantos gestos y palabras, apenas articuladas, que son la delicia de la familia.

Historia ó cuento, corre de boca en boca el resul-

tado que produjo el encerrar á un niño recién destetado, y que aun no sabía hablar, en una habitación donde disfrutaba de toda comodidad, pero donde no llegaba el humano acento, con prohibición expresa de hablar para los criados que le vestían y desnudaban y le llevaban el alimento. Al poco tiempo se notó que la criatura, que, como es natural, no hablaba una palabra, imitaba perfectamente con su vocecita, que había adquirido un timbre casi metálico, el ruido que producía la llave en la cerradura, único que llegaba á sus oídos. Restituido al seno de la familia y de la sociedad, aprendió sin dificultad ninguna á expresar sus necesidades, y sucesivamente sus ideas y sentimientos, por medio del lenguaje.

La ingeniosa fábula de los cangrejos demuestra también la propensión que tienen los niños á la imitación y lo inútiles que son las teóricas enseñanzas y los consejos más sanos y prudentes, si el ejemplo no los autoriza.

Hemos indicado los principales instintos de la infancia: en los capítulos sucesivos estudiaremos los sentimientos que ellos engendran, las virtudes y vicios que son su resultado, cuando llegan á convertirse en hábito, y los funestos efectos que irremediablemente producen, cuando adquieren la fuerza avassalladora de la pasión. Indicaremos de paso los medios que juzgamos más eficaces para secundar los fines de la Providencia al dotar al ser racional de tales propensiones; con objeto de que los padres en el hogar, con los muchos recursos que tienen á su alcance, y el maestro en la escuela, con los más limitados de que dispone, completen en cada criatura la obra predilecta del Supremo Creador.

CAPÍTULO II

Gula, golosina, glotonería, generosidad verdadera, generosidad fingida, avaricia, economía.

Dice cierto antiguo moralista que la gula es la primera pasión del hombre, porque empieza á triunfar desde la cuna; pero no estamos de acuerdo con esta asceveración, porque no pudo la Sabiduría de Dios dotar al niño de una propensión tan funesta, que la Iglesia califica de pecado capital, esto es, de uno de los siete que son origen ó causa de los demás, desiniéndola como *un apetito desordenado en el comer y beber.*

No; la tierna infancia no tiene ese apetito desordenado. El sér humano, por consecuencia de la caída original, nace imperfecto, pero no vicioso. El vicio es el desarreglo de los naturales instintos ó inclinaciones.

El infante no tiene otro medio de satisfacer su hambre y su sed que tomar el pecho de la madre ó nodriza, y acude á él con frecuencia para atender á esta doble necesidad; pero una vez satisfecha se duerme, ó suelta el pezón y se pone á juguetear ó á reir, de manera que no da señales de que le ciegue la gula. Más ade-

lante, cuando la leche se cambia por otra alimentación más sólida y variada, cuando el niño ya anda y se entretiene, no hay para él mas que dos ocupaciones, que constituyen al propio tiempo todas sus delicias: jugar y comer. Y de tal modo se disputan estos dos placeres el imperio de su voluntad, que muchas veces cuesta trabajo el arrancarle de sus juegos para hacerle tomar el necesario alimento.

Por lo demás, si frecuentemente pide pan, agua, fruta ó cualquiera otra cosa, no es precisamente por el afán inmoderado de comer ó beber; es, unas veces, por verdadera necesidad, porque su fuerza ó actividad para digerir es mayor que la de los adultos y porque el crecimiento demanda con imperiosa exigencia abundante alimento en los primeros años, ó porque no sabe qué hacer, no teniendo juguetes ni otros niños con quien entretenerse, ó porque, mimados ó celosos, quieren que los mayores se ocupen de ellos.

Dése á los pequeñuelos alimentos sanos, sencillos, en cantidad suficiente y varias veces al día, y no se teme que continuamente se ocupen de la comida.

Más frecuente que la propensión á la gula es en los niños de corta edad la de la golosina, la cual consiste en desdeñar los alimentos más saludables y nutritivos, como la sopa, las legumbres, el pan, la carne, etc., prefiriendo la fruta, los dulces y otras cosas por el estilo.

Fácil sería cortar de raíz este vicio, pues verdaderamente lo es, ó por mejor decir prevenirla, privando en absoluto al parvulillo de semejantes gollerías, porque no habiéndolas probado no las echaría de menos; pero como sería imposible evitar que las viese en los puestos de venta, que las probase en casa de un pariente ó vecino, ó al menos las viese comer á los demás niños, serían para él objetos más codiciables cuanto menos estuviesen á su alcance, y

siempre que tuviese ocasión se satisfaría de ellas con preferencia á lo demás.

Hay padres tan cándidos y niños tan ladinos, que los últimos se obstinan en no querer comer más que determinados manjares, generalmente los más nocivos y menos propios para la nutrición; y los primeros acceden de buena voluntad á sus caprichos, porque dicen que algo han de comer los pobrecitos, y que si una cosa no les gusta, se les ha de dar otra que les apetezca. Esto es un error gravísimo, que cuesta á veces muy caro, tan perjudicial á la educación física como á la moral: los padres, y sobre todo las madres de familia, no deben perder de vista que los niños, si están buenos, tienen apetito y comen de todo, y que si no les prodigan aquellos manjares por los cuales manifiestan predilección, se contentarán con lo demás.

Sucede, por ventura, que un infante se obstina en no comer sopa, arroz ó potaje, mirando de reojo un pastel, un melón ó un plato de fresas. Lo mejor sería que no hubiera visto nada de esto; pero ya que no se ha tenido la prudencia de ocultarlo, se le debe decir:

— ¿No tienes gana? ¡Qué lástima! Así no podrás comer de aquello.

— ¡Ah! sí—contestará el pequeñuelo—de aquello si que tengo gana.

— Bueno; pero es el caso que no se puede comer de eso sin haber comido antes de lo demás. Verás como todos lo hacemos.

— Pues yo no.

— Está bien; te se guardará de todo, y comerás cuando tengas gana; si tomaras fresas solas (ó lo que fuere), te harían daño.

Sucedrá tal vez que la criatura se eche á llorar; es preciso en tal caso no ceder. Dice el doctor don Pedro Felipe Monlau que la mujer que no sabe oír

llorar á un hijo, no es buena madre. Cuando el niño vea que su llanto no produce resultado, acabará por capitular, quizá antes que se levante la mesa, quizá poco después.

El autor del *Emilio* dice que el mejor medio de educar á los niños *consiste en llevarlos por la boca*. Si por esto se entiende castigarlos privándolos en absoluto de alimento á la hora del almuerzo, comida ni cena, no estamos conformes con Rousseau, como no lo estamos en otras muchas cosas; pero nos parece perfectamente bien que se les prive de alguno de sus predilectos manjares.

Varias veces hemos aconsejado este procedimiento, y nos ha contestado una madre débil:

— ¡Si á la niña no la podemos hacer comer! ¡Gracias que dáudole lo que quiera coma un poco!

Si la inapetencia es general, esto es, que se extienda á toda clase de alimentos, y persistente, acusa un estado morboso, indigestión ó cualquiera otra enfermedad, y es necesario en tal caso la intervención del médico; cuando no, empleese el procedimiento que hemos indicado á otros semejantes, de cuya eficacia respondemos, pues los hemos visto puestos en práctica por madres amantísimas, con excelentes resultados.

La glotonería no es tan común en los niños, en general, como la golosina, siendo de notar que aquélla es más frecuente en el sexo fuerte y ésta en el débil.

Consiste la glotonería en echarse ávidamente sobre los manjares y comer más de lo regular y conveniente, sin que la saciedad contenga al que contrae este vicio, antes bien, pareciéndole que la tiranía que produce en el estómago y el malestar que es consiguiente, desaparecerán introduciendo nuevos alimentos.

Este vicio no es difícil de corregir, proporcionando á los niños el alimento suficiente, nunca escaso,

y no dejando á su alcance nada que pueda fomentar su glotonería; y como muchas veces piensan constantemente en la comida ó bebida, porque no saben ó no pueden pensar en otra cosa, es necesario enviarlos á la escuela en cuanto tengan la edad suficiente, y cuando esto no sea posible, y de todos modos, para los días y horas de asuelo, procurarles paseos, reuniones con las demás criaturas, juguetes y otras distracciones.

Por lo que toca al Maestro que no tenga alumnos internos en su establecimiento, su acción está limitada, en lo relativo á esta materia, á aconsejar á los padres y corregir á los alumnos por medios indirectos, como son ejemplos ó cuentos en que se hagan notar los funestos resultados de tales vicios.

Suelen algunos padres alabar la generosidad de sus chiquitines, porque al ver un mendigo llaman la atención de los demás para que les den limosna, ó porque, cuando tienen un juguete ó una golosina, lo entregan al momento que se les pide, y se quedan esperando que se les devuelva, porque á esto los han acostumbrado.

En lo primero no hay más mérito que el de manifestar compasión, pues como el niño no raciocina, no puede calcular que lo que el padre da al pobre pudiera llegar á ser suyo, ó que con aquel dinero se podrían comprar para él dulces ó juguetes. En lo segundo, tampoco hay tal generosidad, porque acostumbrarse á privarse de alguna cosa sólo momentáneamente, no experimenta la mortificación que lleva consigo el desprendimiento de lo que poseemos.

Procediendo así, las tiernas criaturas forman una falsa idea de la generosidad, ó bien se acostumbran á ser hipócritas, oyendo alabar en ellos una cualidad que están muy lejos de poseer.

La juventud es generalmente generosa, pero la infancia no; la juventud se siente fuerte, exuberante

de vida, radiante de esperanza y capaz de adquirir; por eso da fácilmente todo lo que posee ó parte de ello, porque espera proporcionarse más; pero la débil infancia, que nada tiene, ni aun fuerzas para trasladarse de un punto ó otro de la habitación, en busca de un objeto cuya forma y color le llama la atención, si á fuerza de gritos y contorsiones logra que se le entregue, no se desprende de él con facilidad. ¿Sabe, por ventura, dónde encontraría otra cosa igual? ¿Conoce los medios de proporcionársela?

Los padres son los que pueden iniciar en el tierno infante las ideas de desprendimiento.

Sucede que el niño se apodera por sorpresa de un objeto de valor, de un juguete de otro niño ó de una cosa comestible que podría dañarle, ó bien la tiene en sus manos porque alguien se lo entregó inconsideradamente; entonces, en vez de arrancársela con violencia, lo cual le hace irascible y es causa de que otra vez la coja con más fuerza, y la coma ó la destroce antes que se la quiten, se le dice:

—Deja eso, hijo mío; papá te comprará otra cosa mejor; mamá te dará otra cosa; y así, al propio tiempo que se le anima con la esperanza y se le acostumbra á mirar á los padres como á su providencia, se les habilita á la docilidad.

Si voluntariamente no lo entregan, siempre queda el medio de tomárselo, y entonces se le dice:—Ahora no te daremos nada, porque has sido malo. Si, por el contrario, cede, se le cumple la palabra, porque engañar á los pequeñuelos es enseñarles á mentir y engendrar en ellos la desconfianza; pero no se cumple inmediatamente, para acostumbrarlos á esperar.

Si no se acuerdan, se les recuerda, y al darles cualquier cosita que se la puedan comer sin perjuicio, ó que les sirva para jugar, se les dice:—Toma, porque eres bueno y mamá te quiere mucho; ¿no te había dicho que te daría una cosa bonita?

Hemos conocido un precioso niño con quien se usaban tales procedimientos. En cierta ocasión habitaba con su familia en una casa de campo, cuando una pobre anciana, que vivía en un cortijo vecino, fué á pedir una limosna. La madre le entregó algunas monedas, y como manifestase la mujer que estaba enferma de debilidad, la señora mandó traer algún alimento, que la anciana devoró con avidez.

El niño, que apenas tenía tres años, instaba á su madre para que le diese más y manifestaba la mayor alegría al ver cómo la pobre mujer saciaba su apetito; pero la madre, deseosa de saber si la compasión del niño era verdadera y su generosidad eficaz, le dijo:—Ahora te daría un trago de vino; pero no hay mas que un poquito para que tú le bebas con agua detrás de la sopita.

—Compra más—repuso el niño.

—Es que aquí no venden—añadió la madre.

—Dale el que hay.

—No habrá para ti.

—No beberé.

—¿No pedirás vino después del almuerzo?

El niño movió de uno á otro lado su rubia cabecita.

—¿No llorarás?

La misma señal negativa.

Se le dió el vino á la anciana, no se volvió á hablar del asunto y el parvulillo bebió agua durante el almuerzo. Había vino en la casa; pero ni se le dió ni se enalteció su comportamiento. En el primer caso, se le habría quitado á su acción el verdadero mérito; en el segundo, se hubiera fomentado su vanidad.

Si no se procede con este exquisito tacto, la avaricia se va arraigando en el tierno corazón de los niños, que no quieren dar sus golosinas ni juguetes por temor de carecer de ellos; mas si con objeto de

hacerlos dadiños, se les incita á entregar lo suyo á cualquiera que se lo pida, dándoles cuanto se les antoje y renovando continuamente las muñecas de la niña y los caballitos, escopetas y demás juguetes del niño, no se encariñarán con ellos, no les concederán ningún valor y lo mismo los darán, que los destruirán, que los arrojarán á la calle, deseando siempre adquirir otros más preciosos y produciéndose al fin la saciedad y el hastío.

Para evitar esto, es necesario que cuando una criatura, por capricho ó por falta de cuidado, inutilice un juguete, no se sustituya inmediatamente, sino que se le deje carecer de él durante algún tiempo, para hacerle sentir las consecuencias de su falta.

En las escuelas en que se permite merendar ó almorzar, hay muchos medios de fomentar la generosidad y de castigar la avaricia; pues como las fortunas de las familias no son iguales, se ve á una criatura comer un pedazo de pan solo ó con un poco de queso más ó menos seco, mientras otro devora su rico almuerzo; se observa á veces las ávidas miradas de las primeras, y las desdeñosas de las últimas; pero cuando el profesor ó profesora, ó la persona encargada de la vigilancia, advierte que el niño rico parte su ración con el pobre, debe averiguar si este acto es espontáneo en el primero ó solicitado por el segundo; en el primer caso, lo aplaudirá con mesura y sin dar lugar á que los demás se enteren, y en el segundo se reprenderá con prudencia al pedigüeño. Si la buena acción del alumno se hace pública, el favorecido queda sonrojado y el favorecedor se llena de vanidad, sucediendo á veces que traten todos de imitarle, estableciéndose en tal caso una especie de lucha ó pujilato de generosidad, en que los niños menos favorecidos de la fortuna ó sus familias explotan á los que lo son más, dando los unos sin mo-

destia y recibiendo los otros sin rubor, cuando estas dos cualidades son las que dignifican la limosna.

En las demás escuelas debe procurarse que los alumnos se presten mutuamente sin vacilar, y con prontitud y galantería, los libros, la pluma, el lápiz, y si son niñas, también las tijeras, el punzón, la aguja, y cedan unas hebras de seda, algodón ó lana; debe castigarse el abuso de pedir, y también aquellos cambios en que una niña mayor ó más taimada recibe un objeto útil, entregando en su lugar un cromo ó una golosina.

Precisa hacer entender á los alumnos de uno y otro sexo que el conservar en el mejor estado posible sus libros, el cuidar todos los útiles del trabajo y las niñas el material de las labores, gastándolo todo convenientemente, es economía; el negar á un compañero, que lo necesita, uno de estos útiles ó un objeto cualquiera de poco valor, reprobable avaricia.

CAPÍTULO III.

Miedo, cobardía, pusilanimidad, valor, temeridad.

El miedo proviene también del instinto de conservación. Acercaos de pronto á un árbol poblado de pájaros cantores; dad un grito ó una palmada, y en el mismo instante, interrumpida la dulce armonía, desaparecerán como por encanto, volando adonde no pueda alcanzarles vuestra vista ni vuestra voz; lo mismo sucede en una guarida de conejos, y, en general, dondequiera que hay animales más débiles que el hombre, mientras no estén habituados á su trato y protección.

El tierno niño, que no es más fuerte ni más inteligente en los primeros meses de su existencia que las avecillas ó los conejos, si no se asusta de la voz de sus semejantes, porque le es familiar desde el principio de su vida, se espanta de todo lo desconocido, y una delonación, un ruido cualquiera, un objeto de forma extraña ó de dimensiones extraordinarias le hace prorrumpir en llanto ó en gritos de terror, cogiéndose con fuerza al cuello de su madre, como buscando apoyo y defensa.

Si el ruido se repite con frecuencia, y todos los

demás le acogen con risa y alegría, ó al menos con tranquilidad e indiferencia, el pequeño se irá familiarizando con él. Si se asusta de ver un animal, un cordero, por ejemplo, y se le acerca inopinada y bruscamente, el espanto aumentará hasta llegar acaso á producir un accidente nervioso; pero si las demás personas, especialmente los niños, le tocan y acarician, él se tranquilizará, sonreirá y concluirá por alargar también su manecita, aunque con cierto temor, para tocarle.

Cuando, á medida que se va fortaleciendo el cuerpo del infante, se fortalece también su razón, haciéndole conocer todos los objetos que podrían asustarle y desvaneciendo sus temores, el miedo no llegará nunca á poseicionarse de él ni serán de temer sus perniciosos efectos.

Siendo, sin embargo, consecuencia de la convicción intuitiva de la propia debilidad, será más difícil desraigarle del corazón de las niñas que del de los niños, y en uno y otro sexo serán más propensos al temor las criaturas enfermizas ó de temperamento nervioso que las robustas y sanguíneas, por ejemplo.

De todos modos, es la imprudencia mayor que puede cometerse la de valerse de la debilidad del infante y de su propensión al miedo para excitarle á la obediencia.

El hablarles del *coco*, del *sereno*, del *hombre negro*, etcétera, puede producir tan funestos resultados como el contarles, cuando son un poquito mayores, cuentos de duendes, de brujas, de muertos que se levantan del sepulcro y vienen á turbar el sueño de los vivos.

Todo esto llena el corazón del niño de vagos temores; porque algunas de estas cosas no las puede conocer jamás, puesto que no existen, y otras se presentan á su imaginación de un modo incierto, rodeadas de la sombra del misterio.

Si cuando lloraba y no se dormía, porque sufría cualquier dolorcillo ó porque quería satisfacer un infantil capricho, dieron golpes en el tabique, diciendo con singido terror:—¡Ay! el hombre negro, siempre que la criatura oiga un ruido semejante, efecto de que un vecino clava un clavo en la pared, crecerá en la proximidad del hombre negro, á quien, como no ha visto jamás, revestirá con las más terroríficas formas. En tales condiciones, ¿cómo poder conciliar un sueño tranquilo, tan necesario en la infancia? La niña que se despierta por casualidad y oye cantar al sereno, ¿cómo se dormirá otra vez descuidada, si la han persuadido de que el tal hombre sube por las casas y se lleva á las niñas malas, y á ella le han dicho cien veces que lo es? ¿Cómo es posible que pase una noche sosegada la criatura que sabe que se ha muerto un vecino ó conocido, si recuerda el cuento de un difunto que, arrastrando su mortaja, se presentó en el cuarto de un niño ó de una niña que había desobedecido á su mamá? Y no se tranquiliza con la certidumbre de que las puertas están bien cerradas, porque le dijeron que los muertos pasan por todas partes, sin necesidad de que se les facilite la entrada.

¿Qué hará, pues, el niño ó la niña miedosa? Si teme menos los azotes de un vivo que la presencia de un muerto, llorará hasta llamar la atención de los de casa, que la castigarán quizás, ó aumentarán su terror con nuevas amenazas, ó optará por taparse la cabeza y pasar temblando toda la noche, de lo que resultará que se levante pálida y ojerosa, ó tal vez con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, efecto de su febril estado.

Es necesario, pues, en casa y en la escuela, despojar de las sombras del misterio todo lo que, presentándose envuelto en ellas, aterroriza á los niños; decirles que no hay brujas, ni duendes, ni uada que remotamente se les parezca; que el sereno es un ciu-

dadano pacífico, un hombre de bien, como el padre de cualquiera de ellos; que lejos de hacer daño á los niños, vela para que nadie moleste á los que duermen, y que los muertos quedarán en sus sepulcros hasta el dia del juicio final, tan inmóviles como el pollito ó el cordero que se ha muerto en su casa; pues habiéndose separado el alma del cuerpo, es decir, abandonado la parte espiritual á la materia, ésta queda inerte, y si ignoran lo que es la inercia, se les explicará.

Además de los temores inmotivados ó producidos por una mala educación, existe en muchos niños, y en las niñas con más frecuencia, la cobardía, esto es, temor exagerado á peligros reales, pero remotos, é inevitables las más de las veces. Este procede casi siempre del mal ejemplo y la falta de prudencia de los educadores; pues si una niña oye hablar de robos á mano armada, de vuelcos de carruajes, choques ó descarrilamientos de trenes, naufragios, etc.; si ve á su madre ó á cualquiera otra persona de su familia temblar y palidecer al subir á un carruaje ó entrar en una lancha; si la ve presa del espanto cuando los relámpagos brillan y retumba el trueno; como el miedo es contagioso, le sentirá también y vivirá siempre cobarde y temerosa. Si al manifestar este defecto una criatura de uno ú otro sexo, se ve objeto de las atenciones y cuidados de todos, si la rodean y la miman; además de adquirir más fuerza su convicción de que la realidad del peligro existe, sucederá tal vez que exagere sus temores, porque á los niños, y más á las niñas, les son gratas estas muestras de cariño y consideración.

Tampoco el castigo es eficaz en tales ocasiones: el mejor medio de corregir á los niños cobardes es la seriedad y presencia de ánimo de los padres y maestros; y si un niño ó varios no participan de este estado tranquilo, manifestarles que no tienen por qué temer; que el peligro, si le hay, es para todos, y que

pues los demás, que se aman tanto á si mismos como los que lloran ó tiemblan, están serenos, no tienen ellos motivo para dejar de estarlo; y si después de este razonamiento continúan en sus aspavientos, no hay más que encogerse de hombros y sonreir manifestando una compasión mezclada de desprecio.

Un Maestro cobarde, una Maestra de temperamento nervioso y enfermizo, pueden atraer graves conflictos sobre su escuela. Si, en caso de peligro, el director se aturde, todos están perdidos.

Que hay una asonada popular, tiros en la calle, por ejemplo: quietos en la escuela, aparentando el jefe del establecimiento presencia de ánimo; que estalla una tempestad en la atmósfera, quietos igualmente; que el incendio ó el derrumbamiento de un edificio próximo amenaza con un peligro real al establecimiento; si el Maestro hace ademán de huir, el peligro se convierte en verdadera catástrofe; porque al notar este ademán, ¿quién detiene á los alumnos? y si nadie es capaz de detenerlos, ¿quién puede evitar las desgracias, los horrores que resultan de amontonarse en una puerta más ó menos estrecha cien criaturas, por ejemplo, haciendo esfuerzos inútiles y magullándose y destrozándose para salir todos á un tiempo?....

No sucederá eso si el profesor ó profesora dice con tranquilidad estas ó semejantes razones:

—No hay peligro inminente; pero, por lo que pudiese suceder, adelantaremos la hora de salida.

Y avanzando tranquilamente hacia la puerta, se colocará cerca de ella y hará salir los alumnos de prisa, pero con orden, de uno en uno, rechazando al que quiera adelantarse, hasta luchar cuerpo á cuerpo con él, si es necesario, y no abandonará el local hasta que no quede en él ni un solo discípulo.

Cuando el temor y la cobardía se hacen crónicos, se convierten en pusilanimidad y son dificilísimos

de desarraigarse; el sér de ánimo apocado, no sólo teme los peligros, sino también cuanto le rodea. Los castigos frecuentes é inmotivados, si se aplican á niños de complección débil, pueden producir este pernicioso efecto; y como el niño pusilánime, ni es apto para el trabajo ni para el estudio, ni se atreve á dar un paso, ni habla con despejo, ni aun puede hacer valer sus escasos conocimientos, es necesario animarle, infundirle confianza en si mismo y en los demás, y hacer que nazca y se desarrolle en su alma el valor que le falta.

Es el valor cualidad preciosa, tanto en el hombre como en la mujer, porque destierra el miedo absurdo é inmotivado de que nos hemos ocupado anteriormente, y como no exagera los peligros, nos deja en situación de afrontarlos cuando es necesario, y aun de vencerlos.

Se inspira á los niños, no sólo con el ejemplo, de que ya se ha tratado, sino también con reflexiones y lecturas que lleven á su ánimo la convicción de que, á más de la Providencia Divina que vela constantemente por todos y cada uno de los individuos de la especie humana, tienen en el hogar la protección de la familia; en la escuela, la de los profesores ó profesoras, y en todas partes la de las autoridades, cuyos delegados vigilan á los malhechores que podrían causar algún daño, y tribunales que castigan á los que se atreven á faltar á la ley; si viajan, se les dirá que las empresas marítimas y las de ferrocarriles, por humanidad y por interés, toman toda clase de precauciones para que no ocurran accidentes desgraciados; y cuando uno de esos tristes acontecimientos, que de vez en cuando siembran la consternación en un país, alarma á los educandos de una escuela, se les dice que tales sucesos, pruebas ó castigos, que permite Dios rarísimas veces en sus altos é inscrutables designios, deben servir á los buenos.

no para atemorizarse inútilmente, sino para vivir conforme á la ley y á la conciencia, en cuyo caso la muerte, que tarde ó temprano ha de venir, no es más que el tránsito de esta vida á otra mejor, en la que un Padre bondadoso está esperando con los brazos abiertos á los hijos que fielmente le han servido.

La temeridad es el exceso de coraje, la exageración del valor; rara vez se presenta en las niñas ni en los párvulos; y con frecuencia en los muchachos de diez á doce años, de constitución robusta.

El niño temerario, haciendo alarde de que nada le impone, lo mismo desprecia los consejos de la higiene que los de la prudencia; y á éste es necesario hacerle entender que, así como Dios premia y la familia y la sociedad compadecen al que sufre con paciencia una desgracia que no ha podido prever, se hace digno de castigo y de censura el muchacho que pone en peligro su vida, echándose á un río sin ser muy diestro en la natación, trepando á un árbol, cuyas endeble ramas pueden desgajarse, exponiéndose á una corriente de aire, bebiendo agua fría cuando sus miembros están bañados en sudor ó rehusando, en caso de enfermedad, las medicinas que han de devolverle la salud.

CAPÍTULO IV.

Curiosidad, sorpresa.

El tierno parvulillo que emprende la peregrinación por las sendas de la vida, es semejante á la persona trasladada á país remoto, para quien todo es nuevo, todo desconocido.

Sin embargo, los objetos con los cuales se ha familiarizado desde que abrió los ojos á la luz, los mira con cierta indiferencia, lo que no sucede cuando se presenta una cosa nueva ó desconocida, que excita poderosamente su atención. Y que no se sacia de ver cosas nuevas, lo prueba el deseo que manifiesta de salir de casa, cuando este deseo no obedece á la necesidad de ejercitarse sus miembros, puesto que no sabe andar.

Este instinto es ya privativo del hombre; los animales no manifiestan curiosidad, aun cuando pertenezcan á las especies más inteligentes, como el perro ó el caballo; darán muestras de conocer algunas personas, locales ó otros objetos, pero no de desechar conocer otros nuevos, y es que la curiosidad, el deseo de saber es sólo necesario á la especie humana.

Tanto en la casa paterna como en las escuelas y

colegios, puede explotarse la curiosidad de los niños de uno y otro sexo para comunicarles preciosos conocimientos; se presta admirablemente á facilitar las llamadas lecciones de cosas, que en nuestro país se acostumbra dar en las escuelas de párvulos, y en otras naciones, como Alemania, Suiza y Bélgica, las van continuando en todos los grados de la enseñanza.

El no escuchar á los pequeñuelos cuando pregunten, ó responderles de un modo brusco y breve, es cerrarles uno de los caminos más fáciles y más amenos de la instrucción; contestar á todas sus preguntas, aun cuando sean importunas por la materia, forma, sitio ú hora, ni es posible ni sería prudente; pues, contestarse modestamente en ciertos ca-
sos: «No lo sé», puesto que nadie está obligado á sa-
herlo todo; pero esto no muy frecuentemente, para
que la criatura no forme una desventajosa idea de la
ciencia de su superior y más á menudo: «Ahora
no tengo tiempo de explicártelo»; ó bien: «No sa-
bes bastante aún para entenderlo; cuando seas más
instruido, te lo explicaré».

Sin embargo, en la clase es donde se puede sacar excelente partido de las preguntas de los niños. Se les presenta un mueble ó un aparato destinado á la enseñanza, un globo terráqueo, una esfera armilar, un tablero contador, etc.; si nunca le han visto, pre-
guntarán al punto su nombre y fin á que se des-
tina, y entonces es la ocasión, después de responder con precisión y claridad, de manifestar á los tiernos oyentes los diversos artesanos que han intervenido en su formación, las varias materias de que ha sido forzoso echar mano, la viveza y hermosura de los co-
lores y la variedad de las formas de sus partes; de modo que un objeto destinado á una de las más ári-
das asignaturas, cual es la Aritmética, para la que sirve el tablero contador, puede conducir á los niños

á tratar de una infinidad de asuntos á cual más interesante, y al llegar á las primeras materias, al preguntar los alumnos de dónde ha salido el hierro para las barritas, y la madera para el pie y para las botas, hay ocasión de hablar de Dios, principio y causa de todo lo creado.

Sea una escuela de niñas, y el objeto un dibujo para bordar.

Las discípulas preguntan qué representa, y cómo y con qué materiales se va á bordar, y quién debe bordarle. He aquí una coyuntura para dar á las alumnas nociones de Historia natural, hablando de la Botánica, á que pertenecen las flores allí pintadas; de la Zoología ó reino animal, de que proceden las lanas ó sedas con que se ha de bordar; de la Mineralogía ó reino mineral, á que pertenecen la aguja, el dedal y las tijeras, utensilios necesarios para ejecutar aquella labor; de la aplicación de la niña que va á ocuparse en ella, puesto que ha pasado por todos los grados de esta interesante asignatura, sin lo cual no se le permitiría ejercitarse en una labor de adorno, siendo preciso antes saber coser, zurcir y remendar.

—Pero este tulipán, esta rosa, estas violetas (puede decirseles), no serán mas que copias muy imperfectas del original, como lo son igualmente las que se construyen de batista, raso ó terciopelo; el más sabio de los hombres, la más industriosa de las mujeres, el más poderoso de los reyes, no puede hacer el pétalo de una flor. El poder creador existe sólo en la Divinidad.

ENSEÑESE á los alumnos ó alumnas el retrato de un hombre ó mujer ilustre, y en seguida preguntarán quién es, cómo se llama, cuándo existió y qué ha hecho para que su nombre pase á la posteridad; he aquí la oportunidad de dar una lección de Historia, y acaso una de Moral, si se elige un personaje

que haya brillado por sus virtudes ó que se haya hecho admirar por medio de una acción magnánima; ó de amor á la Ciencia, si la esfigie es la de un célebre escritor, naturalista, físico ó matemático.

Si es un cuadro que represente un asunto religioso, puede servir para una lección de Historia sagrada.

Lo que sorprende á los niños por lo nuevo é inesperado, excita más vivamente su atención que lo que, aunque variado, es semejante á otra cosa que ven diariamente; así, por ejemplo, si están acostumbrados á tener feriada la tarde del jueves, por más que tengan por costumbre ir cada vez á pasear por diferente sitio con el padre, el abuelo, el ayo ó el criado; los llenará de júbilo la sorprendente noticia que se le dé un jueves por la mañana, al decir el Maestro ó la Maestra:

—Esta tarde no hay clase; pero quien tenga gusto en acompañarme, podrá venir conmigo á ver una fábrica, una era, un cortijo ó bien á pasear por el campo.

Seguramente no faltará ninguno.

No necesitamos decir lo que ya insinuamos en otro lugar, esto es, que puede sacar el educador gran partido de estos paseos, haciendo que los escolares se fijen en la industria y actividad de los operarios de una fábrica; en la prodigiosa multitud de doradas espigas con que la munificencia de Dios premia los afanes del labrador; en la casita de campo en que la hacendosa aldeana cría animales para vender; en la clueca, los polluelos, los palomos y conejos, ó neaso, según el país, podrán admirar los gusanos de seda, unos encaramados en los arbolillos, buscando sitio para hilar su capullo; otros, envueltos ya en él á medio tejer, como en transparente velo, y otros que se adivinan dentro de su pequeña y dorada cárcel, ya concluida.

Estas lecciones recreativas é inesperadas, serán

más útiles y más gratas á los escolares, que todas las que puedan aprender en los libros, y aun las que saquen de las explicaciones de los Maestros.

Por sorpresa también, y satisfaciendo la curiosidad, pero preguntando, en vez de ser preguntados, conforme al método llamado socrático, puede el Maestro ó la Maestra enseñar las asignaturas más áridas excitando el interés y la atención.

—¿Cuál es tu nombre de pila?—pregunta un Maestro á uno de los menores alumnos. Y éste, que llevaba bien ó mal estudiada un lección de Gramática, creyendo que el Maestro no recuerda su nombre y que aquello no forma parte de la lección, responderá:

—Luis, para servir á usted, señor Maestro.

—¿Hay algún otro que se llame Luis?

—Yo—responde otro.

—Se dice servidor de usted—le advierte el primero.

—Déjale; y vuestro Maestro, ¿cómo se llama?—dice el mismo profesor.

—¿Usted? Don Rafael.

—Con que, ¿quién se llama Luis?

—Yo.

—Y yo.

—Y quién se llama Rafael?

—Usted.

—Así, pues, estas palabras Luis y Rafael, qué son... ¿Qué partes de la oración son?

—Nombres propios—responderá uno.

—¿Con qué lo hemos sustituido?...

Todos callan.

—¿No sabéis lo que quiere decir sustituir?

—No, señor.

—No nos acordamos.

—¿Quién estaba en mi lugar cuando estuve enfermo?

- Don Juan. Yo no le quería tanto como á usted.
- No nos enseñaba de este modo tan bonito.
- Nada de eso he preguntado. Estaba en mi lugar,
verdad?
- Sí, señor.
- Era, pues, mi sustituto.
- Es verdad; eso dijo él.
- Me sustituía, ¿no es cierto?
- Sí, señor.
- Llevaos este tintero, que puede volcarse.
- ¿Dónde le pondremos?
- Dentro del armario. Traed aquellos libros. ¿No
están ahora los libros en el lugar del tintero?
- Sí, señor.
- ¿No diremos que le han sustituido?
- Sí, señor.
- Luego ¿qué es sustituir?
- Poner una cosa en lugar de otra.
- O una persona; porque don Juan y yo no somos
cosas.
- O una persona, sí, señor.
- Pues si la palabra *yo*, en tu boca, quiere decir
Luis, y la palabra *usted*, Rafael, ¿qué oficio desempe-
ñan en la oración?
- Sustituyen al nombre.
- ¿Y cómo se llama la palabra que sustituye al
nombre?
- Pronombre.
- ¿Qué serán, pues, las palabras *usted* y *yo*?
- Pronombres.
- Muy bien. Este (tocando á un niño) no aprende-
rá nada, porque está distraído. A ver: ¿quién he dicho
que no aprendería?
- Gil.
- Yo no he dicho Gil.
- Pero ha dicho usted *este*, y tocaba á Gil.
- ¿Con qué la palabra *este* quiere decir Gil?

- En el caso presente, si, señor.
—Y si te hubiese tocado á ti querría decir...
—Lope. Pero yo no estoy distraído.
—¿Cómo habría de haber dicho en ese caso?
—Este aprenderá, porque está atento.
—Con que la palabra *este*, que sustituye á los
nombres Gil, Lope ó cualquiera otro, será también...
—Pronombre.
—Decidme otros pronombres.
—Tú.
—Nosotros.
—Esos.
—Aquel.
—Ponedlos en una oración.
—Nosotros amamos al señor Maestro.
—Basta.
-

Llega ante la Maestra un grupo de niñas, cansadas de hacer cifras en el encerado, bajo la vigilancia de una instructora, y la profesora les dice:

- ¿Sabéis lo que tengo en esta cajita?
—Será una barra de yeso—dice una.
—No, por cierto, te has equivocado; ya no la necesitamos, porque por hoy habéis escrito bastante.

Las niñas se sonríen con satisfacción.

La Maestra abre la caja.

- ¡Ay! son alfileres con la cabecita de vidrio.
—¿Qué bonitos son!
—De cuántos colores!
—¿Qué tengo, pues, en la caja?
—Alfileres.
—¿Cuántos?
—Muchos.
—¿No se puede decir de otra manera?
—Si no los contamos, no.

— ¿Qué es cantidad?

Las niñas callan.

— ¿No os lo ha enseñado la instructora?

— Sí; pero yo no me acuerdo.

— ¿Y tú?

— Espere usted un poco... Todo lo que es susceptible de aumento ó disminución.

— ¿Es susceptible de aumento el número de alfileres que hay en esta caja? De otro modo: ¿Se pueden aumentar los alfileres de esta caja?

— Si tuviésemos más...

— Supongamos que tenemos.

— Entonces se pueden aumentar.

— ¿Pueden disminuirse?

— Si se los pone usted en el vestido...

— O en la mantilla...

— O nos los da usted á nosotras.

— En ese caso, ¿disminuirían los de la caja?

— ¿Quién lo duda?

— Pues si pueden aumentarse y disminuirse, y todo lo que es susceptible de aumento y disminución se llama cantidad, ¿qué diremos que hay en esta cajita?

— Una cantidad de alfileres.

— Muy bien. Tú, niña, escoge todos los que tienen la cabeza azul.

— Ya están; no hay más que seis.

— ¿Qué tienes en la mano?

— Seis alfileres.

— ¿No son unidades mas que las bolas del tablero contador?

— Sí, señora, cualquier objeto es una unidad.

— ¿Y no es un objeto cada alfiler?

— Sí, señora.

— Con que, tienes en la mano...

— Seis unidades.

— Una ó más unidades, ¿qué forman?

—Un número.

—De esa manera diremos...

—Que tengo un número de alfileres.

Otro dia se procederá á la enseñanza de la suma, valiéndose de los propios objetos ó de florecillas del jardín, legumbres, piedrecitas ó cualquiera otra cosa que halague su imaginación, y lo mismo podrá hacerse con la sustracción ó resta; repartiendo después entre las alumnas que mejor hayan contestado algunos de los enseres que han servido para la lección, y por este estílo se pueden continuar unos ejercicios que, teniendo el atractivo de la sorpresa y de la novedad, no producen el cansancio y sostienen siempre viva la atención del infantil auditorio.

CAPÍTULO V.

Admiración.

Mostrad al aldeano una ciudad magnífica, con sus rectas calles, sus amenos paseos, sus grandiosos edificios, sus templos, sus teatros, sus riquísimos comercios, surtidos de cuanto el humano ingenio ha podido inventar, y cuanto mayor sea el desarrollo de su inteligencia, más comprenderá su valor, su belleza, la inmensa distancia que media entre lo que ha visto en su aldea y lo que observa por primera vez, y mayor será la admiración que se apodere de su alma; porque si fuese un estúpido, la misma impresión le produciría la obra arquitectónica de un bellísimo palacio que el barracón en que un charlatán exhibe la *mujer gorda* ó los perros sabios; tanto le admiraría el mejor cuadro, reproducción de Murillo ó de Velázquez, como el cartelón del anuncio de una función teatral.

El niño es el forastero recién llegado á la vida, dotado del instinto de admiración, innato en el ser racional, y también privativo de él, como el de la curiosidad, de que hemos hablado en el capítulo ante-

cedente. Si se dirige en él este instinto hacia lo verdaderamente bello en el orden moral y material, se convertirá en un sentimiento noble y delicado, en amor á lo justo, á lo hermoso, á lo bueno y en respeto profundo hacia Aquel que en un grado superior reúne estas cualidades.

Para eso es necesario que los niños vean en su casa y en las escuelas y colegios el orden más completo; que se les acostumbre á llevar vestidos (aunque sencillos y pobres, si es necesario) limpios, de buen gusto por la forma y el color, y bien puestos sobre su cuerpecito; que cuando se complazcan en mirar un mamarracho, por ejemplo, una estampa de bastos é impropios colores ó un muñeco de miembros desproporcionados, se les diga que aquello es *feo*, que no vale nada, y se les haga notar que el santo ó el niño pintado tiene las mejillas del color de la sangre, y que la muñeca tiene el cuello más delgado que los brazos; teniendo cuidado de facilitarle juguetes que, aunque sean en menor número y de escaso valor, guarden proporción entre el todo y las partes, y no carezcan de propiedad en los colores.

Al entregarles un objeto que tenga estas cualidades, se les dice:— Esto es *hermoso*; repara, niño, qué bien formado está este barquito, con sus velas, sus jarcias, todo tan bien proporcionado... ;Observa tú, niña, qué buena cara tiene este bebé, qué lindos braquitos y cuán bien le sienta ese vestido de color de rosa, con sus blancos encajes!

Así, cuando un día cometen una acción descortés ó dicen una palabra imprudente y se les advierte que aquello es *feo*, recordarán que también era *feo* el juguete-adefesio, de raros colores y formas irregulares, y al oír que un acto suyo ó de otro niño ó niña se califica de *hermoso*, se acordarán, tal vez involuntariamente, del precioso barquichuelo ó la linda muñeca.

De este modo es como empiezan á formar idea de la belleza moral.

Dígase lo mismo de la Música, de la Escultura, etcétera.

Una niña da el bollo ó la fruta que tenía para mendigar á un pobre ciego, que en la próxima esquina canta desentonadamente al compás de una guitarra que rasca con fuerza, pero que no *acompaña* á su canto, porque disuena de él; y, conmovida á la vista de la miseria del ciego, y poco desarrollado en ella el gusto armónico ó sentido musical, dice:

—¡Qué bien canta ese ciego!

Es necesario decirle:

—No, por cierto. Tú has obrado mejor que canta el ciego.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que tu acción es buena, porque te has compadecido de tu próximo necesitado; pero el canto del ciego, artísticamente considerado, es muy malo.

Sela lleva otro día á una reunión en que un artista cante admirablemente, y se le hace notar la diferencia. Pero lo que no es tan fácil, atendido el punible descuido que reina en la materia, es destruir la mala impresión que produce en una persona, en quien empieza á desarrollarse el sentimiento artístico, la presencia de una imagen obra de un pintor adocenado ó de un pésimo escultor.

Duélenos ver á una piadosa y tierna niña (á la que se ha hablado de la Virgen María como de una mujer de superior belleza moral y física) delante de una de esas imágenes tan incorrectas y vulgares, tan feas, para decirlo de una vez, que la criatura que ha oído hablar de un sér encantador y admirable, y quizá ha concebido en su mente la idea de una hermosura mayor que la de la mujer que en su concepto sea más bella, al levantar los ojos y fijarlos en su rostro no podrá menos de sufrir una decepción.

En nuestro humilde concepto, las imágenes son como otras muchas cosas, cuyo mérito no consiste en la cantidad, sino en la calidad; y creemos que ganaría mucho el culto religioso si, al querer dotar una capilla ó santuario de un cuadro ó escultura que representase á Jesús, á la Santa Virgen ó á uno de esos santos objeto de la veneración y ternura de los fieles, se abriese un concurso en que tomaran parte los mejores artistas. Es evidente que costarían más caros, y por lo mismo podrían hacerse en menor número; pero ¿qué importa? Serían mejores y llenarían mejor su objeto, que es inspirar la devoción y la piedad.

Acostumbrar á la infancia á ver y admirar las obras de arte y á graduar su mérito por la perfección con que imitan á la Naturaleza, no es difícil, para quien se fije en los ejemplos que hemos apuntado, y en la misma tendencia de los niños, que al ver un juguete, un soldado, un caballo, un mueble ó una máquina en miniatura, dicen: ¡Qué bonito; parece de verdad!

Hágaseles observar lo mismo respecto á un cuadro, un grabado, etc., y fácilmente comprenderán que si es bello y magnífico el imitar á la Naturaleza, es porque nada hay tan hermoso y sublime como la Naturaleza misma, y por consiguiente el Autor de ésta es el más grande, el más sabio, el más perfecto, el más eminente de los seres.

El profesor ó profesora puede convidar á los niños á pasear por un ameno jardín que contenga bellas plantas graciosamente agrupadas, rectos senderos, una fuente con caprichosos juegos de agua, tal vez un invernadero con plantas tropicales, una pajarera con aves exóticas, todo digno de admiración.

—¿Quién creéis que ha hecho todo esto?—preguntará á los niños ó niñas.

—Un jardinero—responderán.

—Un jardinero cuida de todo; pero han intervenido varios artesanos para hacer las paredes, las balaustradas, el surtidor, la pajareva.

—Pues todo está muy bien.

—¿No os parece que el propietario que emplea tan bien su dinero es hombre de gusto, y merece nuestros pláeemes por el buen uso que hace de su fortuna?

—Sí, señor, no hay duda.

—Así se lo manifestaré en vuestro nombre y en el mío propio, cuando tenga el gusto de verle, pues es uno de mis mejores amigos.

Pasan días, y el Maestro ó Maestra dice:

—¿Os acordáis del jardín que vimos hace días?

—Sí, señor, era muy hermoso.

—¿Os gustaría volver allá, ó preferiríais ver otra cosa?

Regularmente optarán por lo último.

—Pues bien, iremos á ver otra cosa. Allí se echaba de ver en todas partes la mano del hombre, ¿no es verdad?

—Es claro.

—Pues bien, hoy veremos algo en que sólo se note la grandeza de Dios.

El asunto que puede ofrecer á los educandos para excitar su admiración, es inagotable; porque son infinitas las escenas de la Naturaleza, como infinita es la sabiduría é inmenso el poder de su Autor.

Un dia puede conducirlos á la cima de un monte cubierto de olorosas y silvestres plantas, dominando una vasta extensión, en que se divisen verdes llanuras, cristalinos arroyos, que como serpientes de plata se deslizan entre la yerba, grupos de frondosos arboles, áridos peñascos, y á lo lejos una línea desigual y tortuosa, de un color azulado, en que parece que la bóveda celeste se inclina hasta confundirse con la tierra, y cuyas ondulaciones no acierta nuestra vista á definir si son nubes ó montañas.

Otro día de primavera, les mostrará el campo convertido en ameno jardín, más risueño, más variado, más pintoresco que el del consabido propietario. Allí ninguna mano de hombre ha sembrado las flores, que con asombrosa profusión y variedad de perfumes y matices brotan por todas partes, y nadie sino Dios ha colocado la fuente que en plateados y retorcidos hilos brota entre las limpias piedrecitas y corre sobre la yerba, á la que comunica un verdor más brillante que el de las esmeraldas; allí no hay exóticas aves, pero el pardillo y el jilguero cantan alegramente en las ramas de silvestres árboles, y las mariposas jueguesan y las abejas zumban entre las flores, y el blanquecino caracol y el escarabajo de matices brillantes y metálicos corren entre la yerba.

Hágaseles observar otro día, aun cuando sea solamente á través de los cristales, una copiosa nevada. Digaseles que aquellos tenues copos que descienden de un modo lento y silencioso, y que impelidos con suavidad por el viento se mueven horizontalmente, como pequeñas mariposas ó pétalos de blanca florecilla, no son fragmentos de forma caprichosa, sino simétricas estrellas de diferente tamaño y estructura, y tráicense en un papel ó córtense con las tijeras algunos de los muchos dibujos que aquéllas afectan, ora polígonos exagonales, ora estrellas de seis puntas, simples ó ramificadas, etc. (1), y nótese con cuánto orden se van posando en la tierra y en los tejados, sobre los montes y las llanuras, sobre las ramas de los desnudos árboles, hasta cubrirlo todo con un manto de innaculada blancura, ligero al principio, recio después, siempre uniforme, marcando los relieves del terreno y la forma angulosa de los cuerpos;

(1) El capitán Scoresby dibujó en las regiones polares 96 formas diferentes.

pero sin que en una superficie plana se note la menor prominencia ni desigualdad.

Cuando en un día de verano, después de una pequeña tempestad y mientras todavía desciende menuda lluvia y el sol brilla en la atmósfera, aparece el bellísimo y esplendoroso meteoro llamado arco iris, no se desperdicie la ocasión de hacer observar á los niños aquella inmensa cinta de inimitables matices, en que se ostentan los siete colores de que derivan todos los demás, con sus infinitas gradaciones, juntos sin mezclarse ni confundirse, y sin que la vista más perspicaz pueda notar dónde termina un color y empieza el otro.

Encárguese á los niños, si el Maestro no puede acompañarlos á tales horas, que contemplen la bóveda celeste en una noche serena, y se fijen en la innumerable multitud de brillantes estrellas de diferente fulgor y magnitud; pero formando todas hermosísimo conjunto.

Lléveseles (donde sea posible) á ver el mar, ora tranquilo como brillante azulado espejo, con suaves ondas de superficie rizada, de matices verdes y rosados, coronadas de blanca espuma y produciendo sonidos cadenciosos; ora embravecido por la tempestad, levantando gigantes olas, que se precipitan unas sobre otras, estallando y rompiéndose con ruido atrozador.

Excitad en la infancia, tan dócil á toda clase de impresiones, tan propensa á la admiración; excitad, decimos, en sus jóvenes almas de un modo poderoso, este sentimiento tan fecundo en resultados; y cuando todo lo hayan observado, moviendo la cabeza de arriba abajo, juntando sus manecitas ó lanzando interjecciones que expresen su asombro, preguntadles una y otra vez:

¿Qué mano solicita formó las florecillas que esmalzan la pradera? ¿Qué geométrica dibujó las diversas

formas, y trazó los millones de millones de copos de nieve, y los niveló simétricamente sobre la tierra? ¿Qué pintor trazó el areo en las nubes y le iluminó con tan admirable colorido? ¿Qué sér incansable pobló el espacio de tan infinito número de brillantes luces? ¿Qué fuerza poderosa dotó al océano de aquella portentosa cantidad de agua, y qué brazo fuerte, aplacando sus iras, le restituye la calma y le sujetá en sus dominios?

Dios Nuestro Señor, dirán los pequeñuelos. He aquí la base del sentimiento religioso.

El Maestro hablará á sus alumnos, ó la Maestra á sus alumnas, con profundísimo respeto de aquel Sér Supremo, que tanto puede y tanto sabe; y al hacerles notar que el amor de este Señor fuerte y sabio hacia sus débiles y pequeñas criaturas sólo es comparable á su ciencia y su poder, no podrán menos de sentir gratitud y ternura que, aunadas á la admiración y el respeto, constituyen la religiosidad, origen de la virtud y freno de los vicios y pasiones.

Los niños que admiran la bondad y la belleza moral, están dispuestos á imitarla; los que respetan lo que no pueden imitar, serán siempre atentos y comedidos con aquellas personas que en cualquier sentido les sean superiores; los que admirran la sabiduría, estarán dispuestos á adquirirla por medio del estudio, y, finalmente, los que, dotados de una imaginación viva y fecunda, admirran hasta el entusiasmo las bellezas de la Naturaleza, manifestaciones de la bondad y grandeza de Dios, serán aptos para el cultivo de la Poesía, de la Música, la Pintura ó la Escultura, para cantar y enaltecer aquellas bellezas ó reproducirlas en sus obras.

CAPÍTULO VI.

Amor propio, sentimiento del honor, dignidad.

El tierno niño generalmente se ve agasajado, acariciado, mimado de sus padres, hermanos mayores y criados (si los hay); en cuanto empieza á comprender el sentido de las palabras, oye que se le dirigen las más gratas y lisonjeras, y tanto es así, que al preguntar:

¿Quién es bueno? Quién es hermoso? ¿Quién es la joya de la casa? ¿Quién es el más querido de los papás? El inocente, que aun no sabe hablar, toca su pechito para señalarse á sí mismo.

¿Qué mucho que al desarrollarse en él la percepción interna, ó sea la conciencia del yo, crea que es el mejor de todos los niños de su casa y de cuantos conoce?

Gracias si en esta edad crítica nace otro hermanito á quien se prodiguen igualmente, ó quizá con más frecuencia y exageración, las mismas caricias y alabanzas; porque entonces comprenderá vagamente que aquellos elogios son debidos, no al más bueno, más guapo, más hermoso, sino al más pequeño. Este hecho providencial, natural, y que casi siempre pro-

duce buenos resultados, los producirá funestos si no hay la debida prudencia en los padres y demás personas mayores que rodean al pequeñuelo; porque si de un modo brusco se le retiran todos los mimos y halagos, ó concebirá celos y se entristecerá, ó caerá en una especie de indiferencia, no pensando ya en lo que autes le decían, procurando comer, jugar y hacer su gusto, sin cuidarse de si le aplauden ó censuran, y tratando solamente de sustraerse al castigo.

No exageramos en lo que llevamos dicho; pues hemos observado que sucede muchas veces en las familias numerosas y que, careciendo de recursos, tienen que dedicarse al trabajo, que solamente los niños de pecho son objeto de las atenciones de la familia; los demás, quedan abandonados á si mismos.

No censuramos que al parvulillo se le prodiguen toda clase de alabanzas. ¡Es tan natural! Además, no se miente en absoluto, porque el niño ó la niña de tal edad es bueno; ¿no ha de serlo, si es un ángel, si conserva el precioso tesoro de la inocencia? Es hermoso, tienen razón; como no sea una criatura de facciones muy raras ó miembros mal conformados, ninguna carece de cierto infantil atractivo, sobre todo para los padres y la familia. Lo que es reprehensible, porque es pernicioso, es que al niño se le diga que es bueno ó malo *porque sí*; conviene hacerle entender desde muy temprano que está en su mano ser bueno ó dejar de serlo; que lo primero se consigue obedeciendo á los padres, maestros y superiores (puesto que en los primeros años no puede él apreciar la bondad ó maldad de las acciones), y que este es el medio de conservar el cariño de cuantos le traten, de que todos hablen bien de él, de que Dios, aquel Señor tan bueno que nos ha creado á todos y nos ha puesto en el mundo en que hay tantas cosas agradables; ese Dios que todo lo ve, aun cuando nosotros no podamos verle, esté satisfecho de su compor-

tamiento, y dispuesto á protegerle y á concederle recompensas en este mundo, y á llevarle á su lado para hacerle mucho más dichoso que en esta vida, porque le ama todavía más que sus padres y tiene cosas mejores para darle.

Esta idea de un Sér Supremo, siempre y dondequiera presente, aunque invisible, es bueno iniciarla desde los primeros años, para robustecerla después, lo mismo que la de una vida futura de premios ó de castigos; con lo primero se consigue que los niños no se fien en que nadie los ve cuando vayan á cometer una acción censurable; con lo segundo se les enseña á esperar algo mejor que esta existencia, que en sus ratos de amargura y desaliento los padres mismos maldecirán ó al menos calificarán de miserable, trabajosa, cruel, en presencia de los pequeñuelos, que oyen, ven y observan más de lo que generalmente se cree.

El decir al niño: no te quiero porque eres malo, y no explicarle en qué ha faltado ni qué puede hacer para ser bueno y conquistar de nuevo aquel amor que tanto se le había exagerado, es una falta grave; y todavía mayor la de olvidarse de lo que se ha dicho, y de allí á breve rato, sin que la criatura haya hecho nada para merecerlo, abrazarla, besarla y entregarse á locos extremos de cariño.

Si los chiquitines notan estas inconsecuencias, no hacen caso de que les digan que son buenos ó malos, que están los mayores contentos ó descontentos; pero si pide con insistencia una cosa y no se la dan, y acostumbrado á que siempre lo había obtenido todo, prorrumpre en amargo llanto, no hay que decirle que es malo porque llora, sino que será muy bueno si calla; que todos le querrán mucho si se conforma con la privación de aquel objeto, que, por otra parte, no le conviene ó no se le puede dar.

Ahora bien; si todos le vuelven la espalda y en su

despecho se apodera de otra cosa que esté á su alcance y la rompe, y entonces se le repite que es malísimo, que nadie le quiere ya, ó se le da un bofetón, él, que crec á pie juntillas lo que le dicen, que sabe que de malo no ha de pasar y no se le alcanzan los medios de rehabilitarse, va ideando nuevas travesuras y perdiendo la conciencia de su propio valer.

Sabemos de un niño de tres años, que, al decirle su madre que no le quería, replicó:

—Ya me quiere papá.

—Tampoco—dijo la madre.

—Pues me querré yo solo—respondió el pár culo llorando.

¿No es esto la explosión del amor propio?

Un niño le pega á su hermanita, ó una niña, en un acceso de ira, rompe una linda muñeca; en el primer caso se dice:

—Has hecho daño á la niña, y esto Dios no lo quiere, y tus papás tampoco; si vuelves á hacerlo, nadie te amará ni te llevaremos á paseo ni te compraremos cosas buenas. ¡Un niño como tú, tan querido de todos, y pegarle á su hermanita!

—¡Un niño como yo!—dice él para sí;—tienen razón. Y añade en voz alta:

—No lo haré más.

—Sí, pero eso no basta; la niña llora porque siente dolor á consecuencia del golpe que le has dado; dale un besito, y todos te perdonaremos.

El pequeño obedece sin dificultad, y con el sentimiento de su propio valer renace la tranquilidad en su alma.

No es bueno aplaudirle en demasia, porque en tal caso no temería cometer nuevas faltas, cuando es tan fácil la reparación y ésta merece tan calurosos elogios; déjesele comprender que sería mejor no haber faltado.

Respecto á la niña que ha roto la muñeca, se le

dedican frases semejantes á las anteriores, y cuando, arrepentida, la coja del suelo, contra el cual la había arrojado, la beso é intente volver á colocar en su sitio la pierna ó el brazo que había arrancado, ó componer la cabeza que se abrió con el golpe, se da á entender que se tiene en cuenta su arrepentimiento, que se la perdona; pero que componer la muñeca es imposible.

—Pero si yo quiero ser buena—dice la chiquilla.

—Pues bien, serás una niña buena sin muñeca, porque has roto la que tenías.

—¿Pero no venden más muñecas en las tiendas?

—Sí, venden, y mamá te comprará otra más adelante, si sigues portándote bien; pero inmediatamente es imposible.

—¡Aquella no la romperé!

—Es que si la rompieras no tendrías ninguna más.

Aquellos niños se acompañan después al establecimiento en que deben educarse y se dice á los respectivos profesores, en su presencia, que los nuevos educandos aspiran á captarse el aprecio de sus Maestros y condiscípulos, como hasta la sazón habían gozado el de su familia; que el padre no trata de marcar al director del colegio su línea de conducta; que delega en él su autoridad y no duda de la justicia que preside todos sus actos, y así tendrá un amargo pesar el día que su hijo deba sufrir un castigo; pero que cree no llegará este caso, porque el muchacho se ama bastante á si mismo y ama lo suficiente á los autores de sus días para evitarse y evitarles el disgusto y la vergüenza del castigo.

El niño ó la niña que esto escucha, se propone no defraudar las esperanzas de quien tanto confia en él, y á menos de estar dotado de invencible indolencia ó innata travesura, hará todos los esfuerzos imaginables para merecer el buen concepto de las nuevas

personas que le rodean, y cuando ya le haya alcanzado, para conservarle. Así es como se desarrolla el sentimiento del honor.

Cuando se ha conseguido en el hogar doméstico y en la escuela que el niño tema los castigos, no por lo que tienen de afflictivo, si no por lo que se rebaja al merecerlos, se ha logrado una preciosa ventaja, porque no hay necesidad de prodigarlos ni escogitarlos.

El perder un lugar en la clase, el tener que entregar un billete de premio ó no recibirlle cuando á otros se les entrega; una ligera reconvención del Maestro, y hasta una mirada severa, bastan para que vuelva sobre sí, para que modifique su conducta ó se enmiende el alumno en quien el sentimiento del honor ejerce poderosa influencia.

— Esto es indigno de usted—se dice al que por falta de estudio se presenta un día sin saber la lección, á la que no concluye su labor para el dia presijado, al alumno ó alumna que ha empleado palabras poco corteses al dirigirse á un compañero, y añade él entre si:—Es verdad; es indigno de mí, que tan buena reputación gozaba en la clase; si, indigno de mí, que tenía fama de aplicado, cortés y laborioso; no se lo dirían á Fulano, que jamás sabe las lecciones; ni á Zutana, que pasa meses enteros con una labor entre manos; ni á Mengano, que siempre trata mal á los condiscípulos y riñe frecuentemente con ellos; es indigno de un niño ó niña bien educado, y por consiguiente de mí, y así no volveré á caer en semejante falta.—Y he aquí cómo se impone en aquel alma joven y elevada el sentimiento de la dignidad y cómo ha bastado una sencilla frase para excitarle.

Ahora bien; ¿sucederá esto con el discípulo en quien una mala educación doméstica haya ahogado el germe de estos fructíferos y preciosos sentimientos, que viene á la escuela precedido de una fama

nefasta de rebelde, travieso y desaplicado? ¿Serán eficaces esas llamadas á unas ideas que no existen, á instintos que no se han desarrollado? No, por cierto; serán tan inútiles como hablar de colores á un ciego ó de sonidos á un sordo de nacimiento.

Estos desgraciados suelen necesitar castigos que les hagan sufrir materialmente, como posiciones molestas (estar mucho rato en pie, algunos minutos de rodillas, etc.), ó bien otros que los afronten públicamente; pero unos y otros, si no son frecuentes, no los temen, y si lo son, concluyen por familiarizarse con ellos.

La dignidad personal es un escudo contra los vicios y las malas pasiones; habladle al que la tiene de que se le imputa una falta grave, una acción deshonrosa, y echando la cabeza atrás, con noble altivez y golpeando su honrado pecho, dirá:

¡¡¡A mí!!! grito arrancado del alma herida en lo más íntimo y delicado, en lo más sagrado que en ella se encierra, en el honor.

Si alguna vez, durante el periodo de la juventud, los ciegos instintos de las pasiones ofuscan momentáneamente la radiante luz de la fe; el sentimiento del honor, la conciencia de la propia dignidad es el faro que con su resplandor más tibio, pero no menos puro, guía al que sin este auxilio poderoso acaso se extraviara hasta caer en el precipicio.

CAPÍTULO VII.

Orgullo, vanidad, soberbia.

«Tanto más huye la vanagloria—dice un escritor sagrado—cuanto más adelantares en la virtud; porque todos los demás vicios se fomentan con otros vicios, y solamente el orgullo se cria con buenas obras.»

En efecto; grandísimo ha de ser el cuidado que ponga el educador para mantener vivo y robusto el sentimiento del honor en los alumnos, sin que degeneré en orgullo y aun en soberbia, según el carácter y las circunstancias de alguno de ellos.

Naturalmente; el agricultor que tuviese varias fincas rústicas, las unas de fértil suelo, díeal al arado, rico en natural abono, fertilizado por abundantes y frecuentes lluvias ó por el caudaloso río que corre á su inmediación, y del cual pueden desviarse las aguas necesarias al riego generador; y otras de áspero y estéril suelo, en que nada germina y se pierde la semilla que se arroja, abandonará estas últimas ó dedicará poco tiempo y cuidado á su cultivo, mientras se complacerá en consagrarse todos sus afanes á las que sabe le darán ciento por uno y cuyos abundantes cereales y dulces frutos compensarán con

usura sus fatigas. Así, es innegable que los profesores, que, por mucha que sea su abnegación y su paciencia, no tienen la virtud de los santos ni la fortaleza de los mártires, no podrán menos de sentir cierta predilección por aquellos niños en quienes el amor propio y la dignidad son más eficaces que los premios y castigos, y que sin otro acicate corrigen sus defectos y adquieran cuantos conocimientos se les comunican. Mas ¡ay! que esta predilección ha de quedar escondida en el fondo de su alma; porque la tierra estéril no tiene un corazón que, lastimado con el abandono en que se la deja, se desanime y se entregue á los malos instintos, ni la rica y féraz es susceptible de enorgullecerse con los cuidados de que es objeto.

La acción del Maestro obra sobre seres animados, sobre criaturas de Dios, capaces de pensar, sentir y obrar; y es preciso arrojar á manos llenas la semilla de la buena doctrina y del buen ejemplo, y regarla con el sudor de su cansada frente, aun en aquellas almas en que no se haya iniciado ó, por una mala educación, se haya ahogado en su germen el fructífero sentimiento de que hemos hablado, y en que no hagan mella la privación del premio ni la imposición del castigo. Precisa también que si se alaba al alumno pudentoroso, poniéndole por ejemplo á los demás, sea siempre en ausencia suya y con cierta parsimonia, para que si llega á sus oídos, ni se duerma sobre sus laureles, ni se enorgullezca de su conducta.

Cuando se nota en un niño ó niña aplicados y de buen comportamiento la tendencia al orgullo, es preciso hacerles notar que este sentimiento podría convertirse más adelante en la ciega y loca pasión de la soberbia, y que, aun no pasando de orgulloso, atraerá sobre sí la reprobación de Dios y el desprecio de las personas sensatas.

—¿De qué estás orgulloso, hijo mío?—se dirá al niño en quién se revele este sentimiento;—y tú, querida niña, ¿por qué te juzgas superior á las demás? ¿Porque os creéis buenos? ¿No veis que dejaréis de serlo en cuanto deis cabida en vuestro corazón á esa necia pasión, que viene á ser una gradación de la soberbia, primero de todos los pecados capitales? Sabed que el Divino Maestro reprendió al orgulloso, al que se tenía por bueno, y menospreciaba á los demás con la siguiente parábola:

«Dos hombres subieron al templo á orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba en su interior, diciendo de este modo: ¡Oh Dios! gracias te doy porque no soy como los otros hombres robadores, injustos, ni como este publicano; ayuno dos veces á la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: ¡Dios mío, muéstrate propicio á mí, que soy pecador! Os digo, pues, que éste y no aquél bajó justificado á su casa: Porque todo hombre que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.»

Preciosa lección es ésta para hacer comprender á la niñez cuán agradable á Dios es la persona que reconoce que, por mucho que haga por agradarle y complacerle, es muchísimo más lo que le falta.

—Te enorgulleces, querido niño, y tú, hija del alma, de vuestro hermoso rostro, de vuestros miembros robustos, sueltos y bien proporcionados? Más tonto es esto que engrerirse por las cualidades del alma. ¿No habéis visto las flores frescas, lozanas, de bellísimos colores un día, y al siguiente marchitas y deshojadas? Pues así es la humana belleza. Una enfermedad puede destruir en poco tiempo esa hermosura y gallardía de que estáis tan ufanos; y cuando no, el tiempo que pasa rápidamente os irá robando poco

á poco los atractivos que son peculiares de la adolescencia y juventud.

¿Estáis satisfechos de vuestro nacimiento, de vuestro noble origen, de la elevada posición de vuestros padres? Mirad que, según el antiguo refrán «nobleza obliga», cuanto más fina y rica es la tela, más cuidado se ha de tener para no mancharla; y que si colocáis un objeto sobre un mueble en el centro de un salón ó gabinete, y otro debajo de la mesa, se verán mejor las imperfecciones del primero que las del segundo; y en verdad que el orgullo es una de las mayores imperfecciones.

¿No es por la nobleza? ¿Es acaso por la fortuna de vuestros padres?

¿Creeís, pues, que si al hijo del leñador le hubiesen consultado antes de recibir la existencia, y hubiese estado dotado de razón para contestar, no hubiera preferido las comodidades de vuestra casa al techo rústico de su cabaña y al lecho de paja en que reposa?

¿Es por ventura lo que os tiene tan satisfechos la prontitud con que aprendéis vuestras lecciones, lo bien que las recordáis y la limpieza y corrección de vuestros escritos, dibujos y labores? Pues una inteligencia clara, una memoria fiel, vista fina y perspicaz y agilidad en la mano, ventajas son que no se adquieren con sólo la voluntad y el buen deseo: dones son que provienen de la próvida mano del Eterno dispensador de todos los bienes, y el niño ó la niña que se vea favorecido con estas ventajas, enriquecido con estos dones, debe humillarse ante la bondad del Señor Supremo, agradeciéndolos en lo íntimo de su corazón, compadeciendo y no despreciando jamás á los que están privados de ellos.

La vanidad es todavía más tonta que el orgullo, porque es más frívola, pues generalmente se funda en la belleza física, y á veces, y esto es muy frecuen-

te, en los trajes y adornos, que son, como si dijéramos, el complemento de esa misma belleza.

La fuerza del ejemplo, tan poderosa en los primeros años, es causa de que las niñas se ocupen mucho más de su vestido, calzado, peinado, de su peineta, collar y pendientes, que los muchachos de sus trajes respectivos; y es que estos últimos, si acompañan á paseo á su padre y éste encuentra uno ó varios de sus amigos, los oyen hablar de política ó de negocios, acaso de literatura, ciencias, artes ó oficios, cosas todas en que no ponen cuidado, porque ni les interesan, ni el desarrollo de su inteligencia ha llegado al estado de comprenderlas; cuando las niñas, si asisten á una conversación de su madre con otras mujeres, oirán hablar del color de moda, de la forma del vestido que más boga alcanza, del peinado y adornos que más favorecen; y esto lo entienden fácilmente, y aun echan una mirada á su trajecito, diciendo para sí: ¿Si será esto lo que quieren decir estas señoras?

La niña, pues, suele envanecerse con estas exterioridades, y si sus compañeras, y hasta las Maestras halagan tan pueril pasionecilla, alabando el vestido que estrena, las botitas, los pendientes ó cualquier otro dije, tomará más y más incremento, hasta avassallar completamente su voluntad y convertirla más adelante en una de estas mujeres que todo lo sacrifician, todo, hasta el alimento de sus hijos y la paz de su hogar, al afán de mantener su fama de elegantes, y que se llenan de gozo al oírse llamar *adorno de los salones*, sin reparar que así se las compara á un espejo de gran tamaño, un mueble rico ó un jarrón de flores.

Estrena la alumna un traje, y para llamar la atención de la profesora, le dice á poco rato:—Mire usted, señora Maestra, la niña que está á mi lado me dice que este vestido no es tan bonito como el suyo.— O bien se queja de que le arrugan el traje que se ha puesto por primera vez, y dice estas palabras con

mareada intención; pero la Maestra prudente, sin mirar siquiera la prenda de que se le habla, en el primer caso contestará:

—En lo que me has manifestado no hay motivo de queja. A esa señorita le parecerá más bonito su vestido que el tuyo, á ti al contrario; mejor, así estareis contentas las dos.—En el segundo caso, averiguará si la acción ha sido intencionada (que todo podría ser) ó casual, ó si no hay tal cosa, y ha sido sólo un pretexto de la vanidosilla para atraer las miradas de todas; si hay culpa en otra, la reprenderá, y si no, le dirá estas ó semejantes palabras:—Haces bien en cuidar de tu vestido, nuevo ó viejo, bonito ó feo; porque esta es obligación de toda persona que de aseada se precia.

Es muy conveniente, por último, inculcar á la niñez, y aun á la juventud, que si es necia vanidad el hacer ostentación de la belleza, el talento u otras cualidades que recibimos de Dios, lo es mucho mayor el hacerla del rico traje ó de las joyas preciosas que nos proporciona un comerciante á cambio de unas cuantas monedas, y que se ostentan y brillan con mayor profusión todavía, no solamente sobre un tonto enriquecido ó un bribón afortunado, sino en el aparador de un joyero. Si hay mérito en un precioso aderezo, los aplausos los merece el que le construyó; en caso, habrá dado prueba de buen gusto la persona que le ha elegido; en llevarle, no existe mérito ninguno.

El sentimiento de la vanidad y el orgullo, cuando raya en la exageración, se convierte en soberbia, y avasalla de tal modo al desgraciado que de ella está poseido, que creyéndose superior á los demás, es esclavo de sí mismo, subyugados su juicio y su voluntad á las aberraciones de su pasión.

¿Desgraciado hemos dicho? Sí, muy desgraciado; porque ¿qué es la soberbia?

El Catecismo contesta:—Un apetito desordenado de ser preferido á los demás.

El mundo ignora la absurda pretensión del soberbio, y si por acaso la descubre, lejos de preferirle y estimarle en más, le considera menos, porque ese instinto ciego oscurece en él cuantas cualidades físicas, morales é intelectuales le ha concedido el cielo, y cuanto más quiere endiosarse y sobreponerse á los demás, más desprestigiado se ve. Este es su tormento y su castigo.

Siendo los educadores modestos y humildes, hablando con atencióñ y respeto de sus iguales y superiores, refiriendo en presencia de los alumnos cuentos ó ejemplos en que se vea la soberbia abatida y premiada la humildad, haciéndoles observar á cada paso lo esímero de los bienes de la vida, sujetos á infinitas vicisitudes, se previene la soberbia en los niños, lo cual es cien veces preferible á tenerla que castigar.

Concluiremos este largo capítulo, refiriendo la sencilla solución que dió una profesora al conflicto producido por dos niñas en quienes se revelaba la naciente soberbia: una de ellas había echado al suelo, intencionada ó casualmente, un paquete de libros de la otra.

—Cójamelos usted—decía la dueña de los libros.

—¿No son de usted? pues los recoje—respondía la otra.

—Pues ahí se estarán.

—Ahí se estarán.

Intervino la inspectora; pero los libros permanecían en el suelo.

Enterada la directora, se bajó, cogió los libros y los entregó á su dueña. Esta, sonrojada, le dió las gracias y empezó á murmurar una excusa. La otra, también corrida, permanecía con los ojos bajos y la cabeza inclinada; pero vieron con sorpresa que vol-

vía á ponerlos en el suelo, diciendo á la que los había hecho caer:

—Coja usted ese paquete y entréguelo con buen modo á su dueña, como yo acabo de hacer.

—La niña obedeció.

La Maestra volvió á poner el paquete en el suelo, y dijo á la otra alumna:

—Recoja usted sus libros y guárdelos.

Y habiendo sido obedecida, se alejó grave y severa, sin añadir una palabra, quedando las dos contrincantes en igual estado de ánimo.

Ninguna humillada, para que no se satisfaciera su rival; ninguna tampoco, ensobrhecida con el triunfo.

CAPÍTULO VIII.

Temor á los superiores; respeto.

El hijo del poderoso, como el párvulo de humilde cuna, tiene la conciencia de su debilidad física y de su pobreza intelectual, y aunque oiga continuamente, como dijimos en otro capítulo,elogios inmoderados, por medio de la percepción interna se conoce un poco y ve cuánto le falta para poder hacer, no todo, sino algo de lo que hacen los mayores, comprendiendo vagamente su inferioridad respecto á las personas que le rodean.

El niño de un año, por ejemplo, á quien ponen arrimadito de espaldas á la pared ó de cara á un mueble, en el cual apoya sus brazos, gno veis cómo alarga timidamente una mano, sin separar la otra de su punto de apoyo, demandando al primero que pasa, sea la madre, el hermano ó la criada, el auxilio para moverse de allí y dejar aquella posición, de que quizá está cansado? A veces la madre está enfrente, invitándole con sus ademanes á que se decida á dar algunos pasos vacilantes, y él llora y busca un objeto que asir, cogiéndole en cuanto puede, aunque no sea mas que un dedo ó el extremo de un bastón.

Pues si él se ve incapaz de andar solo, mientras los demás de casa van y vienen en todas direcciones, uno ha de creer que son más que él los que tienen este poder y esta libertad, de que carece?

Más tarde, ya anda y empieza á entender un poquito lo que se dice. Entonces oye que le abrazan diciendo: *¡Si este es el rey de la casa!* Y aunque él no sabe lo que es *rey*, por el tono y por los ademanes con que acompañan aquellas palabras, conoce que ha de ser algo muy bueno; pero la percepción interna le dice y su corta experiencia confirma que aquel rey que anda por el piso llano (mientras un atolondrado no trópiece con él y le derribe) no puede subir una gradita sin que alguien venga en su auxilio, mientras los demás suben y bajan á su placer sin dificultad alguna. Dice después la madre ó la abuela, en la efusión de su cariño: *¡Si sabe tanto esta criatura!* El angelito, si comprende lo que es saber, creerá que, en efecto, sabe mucho; pero que sabe mucho más aquella que se lo dice y todas las otras personas mayores, pues á cada momento tiene que preguntarles los nombres ó el uso de los objetos que ve por vez primera.

Ya hemos manifestado, en los capítulos anteriores, lo inconveniente y aun funesto de las alabanzas inmerecidas y excesivas que se prodigan á los pequeñuelos; pero ya que esto no se pueda ó no se sepa evitar, ya que el ciego cariño de la familia se permita estos desahogos, déjesele al menos en la convicción de que, si se le quiere mucho, si se le admira su progresivo desarrollo, es esto á pesar de su debilidad, ó quizá por causa de su propia debilidad; pues él por naturaleza es tímido, se reconoce inferior, é instinctivamente desea obedecer y teuer contentos á aquellos de cuya protección, servicios ó apoyo se ve continuamente necesitado.

Para comprobar la superioridad que la infancia

concede á todas las personas adultas, no hay mas que escuchar las conversaciones en que da rienda suelta á sus deseos, y le oiréis decir:—Cuando sea mayor, ó cuando sea como mis papás, tendré escope-
tas y perros, ó caballos y coches, ó palacios y jardines, ó trajes y joyas, según su sexo, sus inclinaciones ó el mayor ó menor desarollo de su imaginación. Obsérvese que á los niños no les ocurre que nada pueda oponerse al logro de sus deseos; para ellos, el hombre y la mujer lo son todo: el niño no es ni puede nada.

Dos chiquillos están riñendo en la calle; pasa un hombre (sea ó no dependiente de la autoridad), les da una voz, los amenaza, y estén ó no bien educados, con tal que no se hayan contrariado en ellos los instintos naturales, sin preguntarle el derecho que tiene para intervenir en sus discordias, se separan, quizá para volver á dirimir sus cuestiones á puñetazo limpio, hasta que otro venga á impedirlo definitivamente.

Uno ó varios trepan á un árbol ó se encaraman sobre un montón de piedras; pasa una persona mayor, y les advierte que pueden hacerse daño, no hacen caso; pasa otro que manda enérgicamente, amenazando si es necesario, y aquéllos, que no desistian de su temerario empeño por miedo de una caída que pudiera tener funestos resultados, desisten porque lo ha mandado un desconocido que se les ha impuesto, y que se proponía apelar á la fuerza para conseguir su objeto; ignoran si con derecho ó sin él, pero no les importa saberlo, y hasta es fácil que desconozcan el significado de la palabra derecho.

Es natural que conforme se va desarrollando la inteligencia del niño y van aclarándose sus ideas y rectificando su juicio, pierda ese temor inmotivado que le inspira todo el que es mayor que él; que comprenda que la fuerza material no debe aprovecharse

mas que para favorecer al débil; que ningún hombre ni muchacho mayor que él tiene derecho para dañarle, molestarle ni imponérsele siquiera, y que en el mismo caso está él respecto á los niños menores.

Acaso el pequeño observará que ha visto á un hombre ó á una mujer amenazar ó dar un golpe á su hermanillo ó su vecino; en tal caso, hay que advertirle que si se hizo por evitar un daño mayor, como en los ejemplos que antes hemos citado de riña ó peligro de caída, la persona mayor ha obrado bien; mas si, lo que no es frecuente, ha sido un acto de crueldad ó una venganza, su conducta es reprehensible, y Dios, protector del débil y del inocente, la justicia humana (cuando el caso es grave) y la indignación de las personas honradas castigan siempre al que abusa de su superioridad física para oprimir al que le es inferior en este sentido. Pero al mismo compás que desaparece ese temor debe aumentar el respeto, que es más racional, más lógico y prudente.

El respeto no se funda en la fuerza material; es enteramente independiente de ella, y esto se demuestra á los niños antes en el hogar que en la escuela, y teniendo el mayor cuidado la familia de no desmentir con el ejemplo lo que con la voz se enseña.

El padre, á quien los niños respetan, es fuerte y robusto, y se halla en el pleno goce de todas sus facultades; la madre es, generalmente, más joven, más hermosa, más delicada que su esposo; pero se la respeta igualmente, porque es madre, y el padre y la madre son la imagen de Dios sobre la tierra.

La abuela es anciana, enfermiza, débil, casi tan débil como los niños menores y más que los mayores, puesto que muchas veces se cansa y necesita apoyarse en su hombro para caminar; y el padre y la madre la respetan á ella, porque es la madre de

uno de los dos, y ya se les ha dicho que á los autores de nuestros días se deben todas las atenciones, todas las consideraciones, todo el amor deferente y respetuoso de que es susceptible el corazón.

Este sentimiento es uno de los que más se prestan á ser fomentados y cultivados en la escuela, donde debe existir una cadena de sumisión y subordinación, que empieza en los niños modernos y de corta edad, los cuales respetan á los mayores y más antiguos, porque han nacido antes, han ingresado antes en la escuela, han estudiado más y tienen mayor caudal de conocimientos; estos alumnos, á su vez, respetan y obedecen á los profesores, auxiliares y ayos (donde los hay), y todos al director; pero esta cadena se trunca si los Maestros no dan ejemplo respetándose á si mismos y respetando á los demás.

Nunca debe el profesor perder de vista que si se muestra rebelde á las autoridades, si habla en tono de mofa de los poderes constituidos y del gobierno de la nación, si notan los niños un acto de irreverencia, ó aun cuando nada más sea una sonrisa burlona al presentarse una persona constituida en autoridad, en vano reclamará después una sumisión de que no ha sabido dar ejemplo.

Otra de las circunstancias que influyen poderosamente en la educación de los niños, desde el punto de vista en que en este capítulo la consideramos, es la armonía entre el padre y el Maestro. Suele suceder con frecuencia, especialmente en las clases proletarias, que el último tiene mayor grado de ilustración que el primero; otras, y esto ya suele ser general sin distinción de clases, que el ciego cariño paternal impide que la educación del hogar sea tan racional y acertada como la de la escuela; pero cuando esto suceda, nunca debe el profesor manifestar su descontento ó su desaprobación, ni á los alumnos en ausencia de sus padres, ni á éstos en presencia de

aquéllos; antes ha de proceder con prudencia suma, para que los educandos nunca sospechen que sus educadores no obran de común acuerdo; pues en cuanto notan la divergencia se inclinan á uno ó otro, y uno de los dos, cuando no ambos, han de quedar desprestigiados.

En el caso contrario, esto es, cuando el Maestro no posea la confianza de los padres, ó le juzguen poco instruido, ó no aprueben su método de enseñanza, antes que pronunciar en presencia de los alummos una palabra desfavorable, deben retirarlos de aquel establecimiento; y aun después de salir de él, ó cuando asistan á otro, ser muy sobrios en las quejas y recriminaciones contra el Maestro, sin atribuirle jamás la falta de adelanto del discípulo, pues podría suceder que con el sambonito que ellos arrojan sobre un individuo, cubriese su hijo la clase entera, y que buscáse en adelante disculpa á su desaplicación en la falta de idoneidad de los profesores á quienes se confía su enseñanza.

Inútil es decir que esta armonía, esta homogeneidad de opiniones en el modo de juzgar y apreciar la conducta de los niños, en la imposición de los premios y castigos y en todo lo demás que se relacione con su educación, ha de existir lo mismo entre los individuos de la familia; y si no existe, debe aparentarse; pues si uno los reprende y otro los disculpa, ó al aplicar el padre un castigo la madre ó el abuelo le reconviene, es natural que el qué es objeto de tales reyertas juzgue un tirano al que le ha castigado, ó se ria en su interior de la indulgencia de sus defensores, proponiéndose abusar de ella.

El sentimiento religioso, de qué en otro capítulo trataremos, es causa de que en cuanto los niños tienen idea de lo qué es respeto, le sientan muy profundo hacia el Sér Supremo y hacia sus ministros, sus templos, sus altares, las imágenes y todo cuanto

tenga relación con el culto que se rinde á la Divinidad. Cualesquiera que sean las ideas que sobre el particular profese el padre ó el Maestro, es indispensable que proceda con la mayor reserva, con el mayor cuidado; pues si hay contradicción entre lo que por deber enseña y lo que habla ó practica, si el respeto más profundo hacia el Creador Supremo y hacia los objetos del culto no se revela en él constantemente, los alumnos, que observan mucho, experimentarán vacilaciones de funestísimas consecuencias.

CAPÍTULO IX.

Urbanidad.

Viene á ser la urbanidad la manifestación exterior del respeto, de la consideración, del amor al prójimo, y hasta de la protección del fuerte al débil; pero á fin de que sea grata y produzca el efecto deseado, no debe ser jamás afectada ni pretenciosa; sino natural y sencilla, como salida del corazón; y no impuesta, obligada ó hija de la ficción y la hipocresía.

Enséñese á los niños que aquel respeto que por imprescindible deber se les ha impuesto para con los padres y abuelos, que son los jefes de la familia; para con los Maestros, que lo son de los establecimientos de educación; para con el jefe del Estado y las autoridades que le representan, se ha de hacer extensivo, aunque menos grave y ceremonioso, más dulce y expansivo, á nuestros iguales y hasta á nuestros inferiores.

En efecto; las leyes civiles castigan severamente el desacato á la autoridad, en el hogar y en la escuela se imponen penitencias á los niños que se permiten cualquier libertad ó falta de respeto hacia los padres y el Maestro, y la moral social exige que no faltemos á la consideración que nuestros conciuda-

danos y nuestros prójimos en general merecen, de suerte que quien no guarda estas atenciones se atrae la reprobación de las personas de nobles sentimientos.

No es muy frecuente, y sólo acaece entre niños muy mal educados, el burlarse del Maestro por detrás, hacerle muecas ó remediar sus acciones ó palabras; y cuando tal cosa sucede, estalla contra el burlón la indignación de sus compañeros, que inmediatamente delatan su falta; pero es cosa corriente, y que sólo una vigilancia incesante, las advertencias y, sobre todo, el ejemplo, puede evitar, que la niñez, inclinada siempre á la risa y deseosa de encontrar un motivo para bromear más ó menos inocentemente, se burle del atontamiento y torpeza del condiscípulo recién entrado, de la cortedad y embarrizo del padre de familia pobre, que demanda audiencia al Maestro, y acaso, y esto es lo más grave, del anciano ridículamente encorvado, del cojo, del ciego ó del contraheeho, que en busca de limosna ó por cualquier otro motivo llega á la puerta de la casa ó de la escuela.

La menor indulgencia en esta parte es punible, porque alienta en los niños la tendencia á la burla y el desprecio de los que valen tanto como ellos.

En cuanto se pueda hablar á solas á los burlonecillos, debe entablarse con ellos este ó semejante diálogo:

—¿De qué refan ustedes?

—De lo cortado y avergonzado que estaba aquel niño.

—Cuando usted, Muñoz, entró en la escuela, ¿estaba tan sereno y despejado como ahora?

—No lo recuerdo.

—Pues yo sí; usted, Castillo, el primer día que asistió á la clase, estuvo lloriqueando toda la mañana y no hubo medio de hacerle ir á aprender las letras.

—Lo recuerdo.

—Yo también. ¿Le hubiese á usted gustado notar que los condiscípulos se reían de sus lágrimas y echan á broma y chacota lo que para usted era un motivo de aflicción?

—No, señor; pero éste no lo ha notado.

—No lo sabemos. Acaso ha mirado á hurtadillas, y sorprendido en los labios de sus nuevos compañeros esa risita necia y poco caritativa que ha contribuido á turbarle. De aquí en adelante es necesario que hagan ustedes con él lo que ven que yo hago con todos y cada uno, es decir, tratarle con atención, cariño y cortesía, enseñándole con caridad lo que no sepa y advirtiéndole sin burlas ni chocarrerías lo que esté mal hecho, para que se abstenga de hacerlo.

En otra ocasión:

—¿Por qué miraban ustedes con tanta insistencia á aquella buena mujer, buscando pretextos para reírse? ¿Creen ustedes que no lo ha notado?

—Nos parece que no.

—Pues á mí me parece que sí, y á no haberme contenido el temor de acabar de turbarla, los hubiera reprehendido seriamente en su presencia. Pero, en fin, diga usted, Romero, ¿por qué le llamaba tanto la atención?

—Porque se sentaba en el borde de la silla, no acertaba con las palabras que había de dirigir á usted y enrollaba entre sus dedos la punta de su delantal, poniendo gran cuidado en esta operación.

—Y usted, Ortiz, ¿por qué se ha reido fingiendo que le hacía cosquillas el niño que estaba á su lado?

—Porque aquella mujer daba unos terribles bostezos.

—Si hubieran ustedes estado atentos al estudio de sus lecciones, no hubieran observado nada de esto; mas ya que lo han advertido, ¿qué origen atribuyen á todo ello?

—Creemos que es falta de urbanidad.

—¿Y por qué no sabrá urbanidad?

—Porque no se la habrán enseñado.

—Luego no es culpa suya, y ustedes son culpables saltando á ella con conocimiento de causa, á riesgo de afligir á la persona que llegue á notar que es objeto de sus impertinentes y descorteses burlas.

En otro más punible caso:

—¿Por qué reían ustedes á la llegada de aquel anciano?

—Porque va tan encorvado, que parece va buscando alfileres.

—Y porque, á pesar de mirar tanto al suelo, no ha visto el escalón y por poco cae y se estrella.

—Pues si eso es objeto de su risa, ¿para cuándo guardan ustedes la compasión? ¿Creen que ese hombre no ha sido en otro tiempo un muchacho ágil y robusto, dotado quizás de una vista perspicaz, como cualquiera de los que me escuchan? Y si él lo ha sido, y el curso de los años le ha reducido á la triste situación en que hoy le vemos, ninguno de nosotros, ni joven ni niño alguno, está seguro de no llegar á tal estado; y entonces nos gustaría, no sólo que no se nosfiesen de nosotros, sino que nos avisasen, que nos advirtieran las ocasiones en que pudiéramos hacernos daño ó caer en ridículo, y que nos dieran la mano para evitarlo.

Adviértase á la niñez, con la voz y el ejemplo, que no hay derecho para negar á nadie el saludo, con tal que le conozcamos, aunque sólo sea de vista; que al que nos hable, por más que sea un desconocido, debemos contestarle atentamente; al que nos pida un favor, hacérsele, siempre que sea posible sin comprometernos gravemente ó perjudicar de un modo notable nuestros intereses, y que cuando tengamos que negarnos á complacerle no lo hagamos jamás con modales ásperos ó mostrando desprecio, sino con excu-

sas tan aceptables y corteses, y dadas con tal dulzura, que no le quede duda al que pidió el favor de que le hubiésemos otorgado si hubiera estado en nuestra mano.

Desde niños, pueden acostumbrarse los mayores y más robustos á proteger á los pequeños, á los débiles y enfermizos, y así se consigue que el adulto, fuerte y vigoroso, sea respetuoso, atento y cortés con los seres más débiles; esto es, mujeres, niños, ancianos, pobres y enfermos; y como, según se ha dicho en otro capítulo, los pequeños respetan á su vez á los mayores, he aquí convertida la escuela en un aprendizaje ó ensayo de la vida social, en la que las leyes divinas y humanas, la moral y la urbanidad ordenan y aconsejan de consumo que reine una dulce armonía, un agradable cambio de servicios prestados sin altanería ni jactancia, y de gratitud, manifestada sin bajeza ni humillación.

CAPÍTULO X.

Servilismo, bajeza.

Hemos dicho en el capítulo anterior que la gratitud de la persona favorecida debe estar exenta de bajeza y servilismo, cosas que desdicen tanto de un carácter noble y entero, como se avienen con él y le honran el reconocimiento y el respeto.

«Soberbia refinada es el abatirse solamente al superior y engreírse con el inferior—dice un antiguo y notable moralista;—la misma pasión—continúa—que le hace ser elefante con la hormiga, le convierte en hormiga con el elefante.»

En efecto; el que de buen grado se presta á sufrir humillaciones por halagar ó complacer á la persona de quien ha recibido ó espera recibir beneficios, es natural que, cuando esté en el caso de hacerlos, exija lo mismo de sus favorecidos.

Los niños, que, como hemos dicho en otra ocasión, se reconocen débiles e impotentes, y ven que necesitan de la protección y ayuda de los demás, experimentan una dulce satisfacción cuando á su vez pueden servir á los mayores, y se crecen á sus propios ojos cuando se les manda algo ó, sin mandarlo, se emplean en alguna cosa que resulte en provecho de otros.

Cae una criatura ó choca con un mueble y recibe una contusión, es necesario proceder á curarla, y el Maestro ó Maestra dice:

—¿Quién quiere ir á mi habitación á traer árnica?

—Yo, yo, servidor de usted, servidor—dicen veinte vocecitas á un tiempo.

Esto es laudable, porque se trata de socorrer á un prójimo, de aliviar á un compañero que padece. No son los niños muy compasivos, como probaremos más adelante; aunque tampoco crueles por instinto y por naturaleza, como algunos suponen; de modo que tal vez en aquella voluntad con que se ofrecen á ir á buscar el medicamento, los trapos ó las vendas, hay algo de deseo de darse importancia, diciendo que han ayudado á curar á un condiscípulo; acaso entra por algo el gusto de dejar la clase y los libros, aunque sea por breves momentos; pero de todos modos esta complacencia es más digna de aplauso que de castigo.

Pide el profesor una silla; manda que le acerquen un tintero, una regla, un compás, y doce ó trece niños corren, se empujan y se disputan el placer de ser los primeros en cumplir la orden. Si es novel en la enseñanza y desconoce el carácter de la niñez, acaso creerá que esto es debido á las grandes simpatías que inspira á sus alumnos, al vivo cariño de que es objeto; pero si está unos días ausente y presenta á su sustituto ó admite un auxiliar, se desvanecerán sus ilusiones, pues se convencerá de que lo hacen con cualquiera.

Si se aplauden estas competencias, se fomenta en la escuela el servilismo; porque no son los niños más dóciles ni los que más aman al Maestro los que se disputan la satisfacción de tomarle el bastón y el sombrero cuando viene de la calle, sino todos igualmente, tal vez de mejor gana y con más afán el que

el dia anterior no supo la lección, y piensa, sirviendo al Maestro, congraciarse con él y evitar el castigo.

Para no dar lugar á esto, los Maestros no deben mandar á los alumnos mas que las cosas relativas á la enseñanza y las que tienden á corregir sus defectos, y sólo en caso de necesidad suma, como el que hemos citado al principio, mandará otra cosa; entonces se dirigirá á uno solo, y le dará la orden.

De otro modo, pueden creer que sirviendo al director ó directora del establecimiento, adnlandole, anticipándose á sus deseos, se granjea su cariño, se evitan las justas reprensiones y los merecidos castigos; y jamás, jamás debo aquél consentir que se le considere como un tiranuelo, ni siquiera darse airés de amo; tenga presente que es nn padre ó madre amable de numerosa familia, un jefe equitativo que premia ó castiga, sin atender mas que al mérito ó á la culpa de sus subordinados.

Una hermosa niña, con sus pequeñas manos blancas como copos de nieve, sacude la orla del vestido de la profesora, que se ha ensuciado de polvo; ésta debe darle las gracias con afabilidad, pero gravemente, como haría con una persona desconocida; porque si aplaude su oficiosidad, si acaricia y besa á la pequeñuela, treinta manos más caerán sobre su ya limpio vestido.

Estos niños que, sin cariño, desean servir á un superior para congraciarse con él, son los hombres que después, al pretender un empleo, adulan al jefe cuya recomendación solicitan, le quitan las pelusillas de la ropa, y le tuman el bastón, el abrigo y el sombrero al entrar juntos en un café, y le limpiarían las botas si se lo mandase; son los que al llegar un magnate á la población, desenganchan los caballos y se uncen á su carroza; son, en fin, los que están dispuestos á todos los servilismos, á todas las bajezas y

á todas las degradaciones, y los que si un dia logran eneumbrarse al poder, aceptarán con orgullo y aun impondrán á los demás iguales humillaciones.

Tanto como encanta y commueve á las personas de buen corazón y elevados sentimientos ver al hombre rico, á la noble dama, tender su aristocrática mano al niño débil y hambriento, y sostenerle para que no caiga ó levantarle si ha caído, ó para apartar del arroyo al mendigo ciego y anciano, se irritan y sienten subir el rubor á sus mejillas cuando contemplan á un conciudadano disputando á los caballlos el honor de arrastrar á otro hombre, ora sea una notabilidad en la política ó en las artes, ora le haya colocado la Providencia sobre uno de los tronos de la tierra.

El niño ó la niña que se ha educado en los sentimientos de dignidad, pobre ó rico, noble ó plebeyo, necesitado ó no del ajeno favor, nunca olvidará que la personalidad humana es lo más alto y distinguido de la Creación; que su calidad de cristiano le eleva todavía más, haciéndole hermano y coheredero de Jesucristo, y que, como individuo de un pueblo culto, tiene derecho á todas las consideraciones, mientras con su intachable y honrado proceder se conserve dentro de la ley.

CAPÍTULO XI.

Instinto de sociabilidad, adhesión inconsciente.

El hombre creado para vivir en sociedad, necesitado, desde que abre los ojos á la luz hasta que se deposita en la sepultura su cuerpo inerte, del auxilio y cooperación de sus semejantes, siente el instinto de sociabilidad con más fuerza que ninguno de los animales; no obstante de ser común á muchos irracionales, pues vemos á las aves viajeras unirse para sus excursiones; á las langostas, á las abejas, á las hormigas y otros insectos formar agrupaciones; sabemos que los elefantes de Asia se asocian y eligen por jefe al macho de más edad, y que numerosas familias de castores forman un pueblo á la orilla de un lago; mas repetimos que el niño con más intensidad que otro ser alguno se ve impulsado á buscar otros individuos de su especie, y es que siente la necesidad de amar y ser amado, por más que no sepa darse cuenta de ello.

El infante experimenta una atracción vehementísima, no sólo hacia la madre ó nodriza, en lo cual pudiera tener parte el instinto de conservación, sino también hacia las demás personas de la familia, especialmente hacia la criada, niñera ó hermana mayor que más roce tiene con él, por llevarle largo tiempo en sus brazos.

Los padres que, por necesidad, por comodidad ó por capricho, entregan las criaturas á una nodriza que no puede abandonar á su marido y sus hijos, teniendo que llevar por consiguiente al mamoncillo á su morada, tal vez á una población distante, tal vez á un rústico caserío, suelen experimentar un sentimiento de profunda tristeza, mezclado de celos, al ver cuánto el niño ama á su manera aquella madre mercenaria, cómo agradece aquellos cuidados comprados, cómo prodiga sus caricias y sus sonrisas á la familia que la casualidad lo deparó. Este sentimiento, empero, no es racional, porque la atracción fortuita y momentánea que al tierno ser inspira aquella familia, no es mas que instintiva. Obsérvese, en corroboración de lo que decimos, que ninguna parte tienen en ello ni para nada tiene en cuenta la criatura las cualidades de las personas con quienes vive, ni siquiera sus dotes físicas: es una adhesión incondicional, adhesión que se extiende á la casa, á los muebles y demás objetos; es la fuerza del hábito de mamar de aquel pecho, reclinarse en aquel regazo, dormir en la misma cuna y en el propio lugar, y á la vista de idénticos objetos, todas las noches, hasta el punto de que muchos niños, si se cambia de casa ó les cambian á ellos de cama ó de cuna, ó simplemente se coloca ésta en distinto lugar del que se acostumbraba, están de mal humor, lloran y no pueden conciliar el sueño hasta que adquieran nuevo hábito ó costumbre, y deja de ser para ellos una novedad el cambio verificado.

Hemos visto una niña recién destetada que no se podía dormir si no tenía un pañuelo en la mano, con el cual jugueteaba hasta que la rendía el sueño, y otra algomayorecita, que para que no llorase y se durmiese tranquila era necesario que tuviese á su madre en la pieza inmediata, de modo que la pudiese ver desde la cuna; pero sin ocuparse en nada, aunque no

le dijese una palabra, pues si se ponía á coser ó á leer, la niña prorrumpía en llanto, creyendo sin duda que su mamá no le hacia caso.

Malo es dejar que los pequeñuelos adquieran algunos de estos hábitos, que después cuesta gran trabajo desarraigar cuando hay precisión de hacerlo; pero bastan los ejemplos citados y otros hechos que cualquiera puede observar, fijándose un poco en las costumbres de la infancia, para comprobar que no es un verdadero amor el que siente el párvulo por las personas, animales ó cosas que rodean su cuna, que es un apego instintivo é inconsciente, semejante al de los perros y demás irracionales domésticos respecto á los que los cuidan ó viven en su compañía.

El amor tiene siempre por base las cualidades, gracias ó bellezas que el que ama reconoce ó atribuye al objeto amado; pero la adhesión del niño es inmotivada, y como la yedra se ciñe lo mismo al tronco verde y hermoso que al viejo y carcomido, así á la artística verja del bello jardín, como al negro, ruinoso muro; él se encariña con el regazo que le sostiene, con los brazos que mecen su cuna y con esta misma cuna, sea de martil ó de mimbres, limpia ó sucia, y sonríe al rostro conocido del padre ó del marido del ama, aun cuando éste sea feo, adusto ó aun cuando fuése un bandido; pero si antes de que adquiera la facultad de juzgar, y sobre todo antes que en él se desarrolle la memoria, se le pone en contacto con las personas á quienes se quiere que ame toda la vida, aquellas primeras aficiones desaparecerán, sin dejar más huella que la que deja el barco al surcar la superficie de las aguas.

Se han visto, sin embargo, ejemplos de niños que, por no haber visto ni tratado á ningún individuo de su familia durante la lactancia, por ser muy diferente el país adonde se le conduce terminada aquélla, la habitación, los muebles, etc., se entristecen, lloran

continuamente, se niegan con frecuencia á comer, les cuesta bastante conciliar el sueño y á veces caen enfermos de gravedad, habiéndose dado casos en que un cambio tan radical les ha costado la vida.

Si la nodriza habita en una casa de campo ó en una habitación baja de villa ó aldea, con un gran patio enramado de plantas rústicas, casa bañada por el sol y donde el aire circula á todas horas, y se traslada al infante á un cuarto reducido de populosa ciudad, situado en estrecha calle, muy bonito, muy pintado; pero á través de cuyos cristales, ó aun abriendo el balcón, no se ve mas que la casa de enfrente ó á lo sumo un limitadísimo horizonte, si al chillar porque echa de menos los brillantes rayos del sol que le acariciaban desde muy temprano, la parra á cuya sombra se sentaba, la higuera á la cual trepaban sus hermanos adoptivos, le contesta una voz extraña y le toman en sus brazos personas desconocidas, no hay que maravillarse de que se entristezca y hasta se resienta su salud; por eso, siempre que sea posible, es conveniente que estos cambios de compañía y domicilio no se hagan de un modo brusco, sino paulatinamente, visitando antes á la criatura en casa de la nodriza la nueva familia que debe recibirla en su seno, llevándole después á ratos á la casa donde es preciso que viva en adelante, primero en compañía de la nodriza, después ausentándose ésta algunas horas, más tarde días enteros, hasta que, acostumbrándose á la compañía de sus padres y hermanos, concluya por no echar de menos nada de lo que hasta entonces rodeó su cuna y halagó su infancia.

La precisión ó la falta de prudencia en tales casos ha ocasionado funestos resultados, pues se ha visto niño que, separado súbitamente de la nodriza y su familia, y llevado á lejano país donde residían sus padres, á quienes no conocía, se negó á tomar el pecho de ninguna otra mujer.

Recurrióse entonces al biberón, y una robusta vaca porporcionaba abundante y rica leche que la criatura tomaba sin repugnancia; pero también sin alegría, lo mismo que la fécula y otros alimentos propios de su edad.

Nada era capaz de animarle ni hacerle sonreir; esquivaba las caricias de su tierna madre y de los demás individuos de su familia. Lloraba con frecuencia y languidecía del modo más lastimoso; llamóse un médico y declaró que la criatura no padecía ningún desarreglo en su organismo físico, y que únicamente una enfermedad moral, la nostalgia, era lo que minaba su existencia. En efecto; inútiles fueron los cuidados, las distracciones, los paseos, los juguetes; nada fué capaz de alegrar al niño, que fué enlaqueciéndose y sucumbió á la pasión funesta de que hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII.

Nostalgia.

Acaso se nos arguirá que no es de la primera infancia y de los instintos y sentimientos á ella inherentes de lo que debemos ocuparnos en un libro escrito expresamente para los maestros; pero hemos insinuado ya en otro lugar de esta obra que los Maestros son ó pueden ser padres, y las Maestras madres de familia; y aun cuando así no fuera, el artífice debe tener exacto conocimiento de la materia en que se propone trabajar; y como el niño en su parte física, intelectual y moral es la materia que se nos entrega para formar nuestras obras, esto es, varones justos y mujeres virtuosas, es necesario conoceerle con todas las tendencias que en él se insinúan; instintos que es necesario corregir ó fomentar, cualidades que generalmente le adornan y defectos que con frecuencia oscurecen la blanca lúnica de candorosa inocencia con que viene cubierto.

La nostalgia, según hemos visto en el capítulo anterior, es más bien que un defecto, una enfermedad, que se debe combatir, y que no siendo privativa de la primera infancia, sino peculiar de ciertos caracteres que pueden experimentarla en todas las edades

y estados de la vida, necesita estudiarse en la escuela para no confundir el niño ensimismado y terco por temperamento con aquel que llora ó permanece callado y ajeno á cuanto le rodea, porque su corazón está oprimido por la pena de hallarse alejado de cuanto ama, solo, en medio de muchas personas que le son indiferentes.

Si á esta criatura, por ejemplo un niño ó niña recién entrado en la escuela, se le reprende ó se le castiga, se conseguirá tal vez que disimulando su sentimiento reprima el llanto que le ahoga; pero como la causa de su disgusto no desaparece, sino que se agrava con la aspereza del trato, tarde y difícilmente se conseguirá que tome cariño á la escuela y afición á la enseñanza.

Este sentimiento doloroso, que sólo pueden experimentar las almas tiernas, no es capaz de comprenderle mas que el que le ha sufrido. La que escribe estas líneas, educada por una madre excesivamente sensible y cariñosa, se hallaba tan triste en los primeros días de su asistencia al colegio, que necesitaba hacer supremos esfuerzos para contener las lágrimas, y prestaba poca atención á las explicaciones de los Maestros, ocupada en contar cuántas horas y minutos faltaban para la salida; ni había en el mundo armonía más grata á su oido que la voz del criado que la llamaba para conducirla de nuevo al lado de aquella madre idolatrada, de aquel padre severo, pero amante de sus hijos, y del resto de la familia. Más tarde, habiendo pasado su primera juventud en un pueblo pequeño, rodeado de montañas y que presentaba, por consiguiente triste aspecto y estrecho horizonte, las vicisitudes de la existencia la arrancaron de aquel lugar donde había amado y sufrido, y se encontró en una capital de provincia, con un solo individuo de su familia, lejos de los demás parientes y amigos. En semejante situación, cuando la

nostalgia se apodera del alma, todo nos afecta, y se siente frío en el corazón al ver tantos edificios, calles y paseos que nada nos recuerdan, tantos semblantes indiferentes, oír tantas voces desconocidas... para abreviar, hasta el tañido de las campanas produce en tal caso un efecto doloroso, porque no es el timbre conocido y grato de las que está una acostumbrada á que la llamen á la oración.

Hay individuos, familias y hasta regiones en que tiene más fuerza este sentimiento; generalmente los habitantes de los países llanos, los de las costas que ven continuamente á sus amigos y conocidos emprender largos viajes y regresar de ellos, y los de poblaciones de mucho tránsito, son poco accesibles á él; en cambio, los de las regiones montañosas se enamoran de tal modo de su casa, y sucesivamente de su aldea, del monte sobre el cual está fundada, ó de la eminencia que la cobija, que todo otro país les parece triste comparado con el que les vió nacer.

He aquí cómo se expresa el elocuente tribuno don Emilio Castelar, dirigiéndose á los hijos de Galicia, una de las regiones españolas en que con más vehemencia se desarrolla este sentimiento.

«¡Galicia, que tiene la virtud milagrosa de sugerir la pasión por ella con tal ardor á sus hijos, que no cabiéndoles el corazón en el pecho y el amor en el corazón, una vez desarraigados del suelo natal, se mueren añorados y nostálgicos, prefiriendo á un palacio de reñas proporciones y á una vida de orientales placeres lejos, la muerte con todos sus horrores y el sepulcro con todas sus sombras, dentro del amorooso y tranquilo seno de su idolatrada é idolatrable madre tierra!»

Los que hemos sentido, pues, algo semejante á lo que con tan sublimas frases describe el eminentе orador de la democracia española, comprendemos lo que pasa en el alma de una criatura para quien el

hogar paterno es lo que Galicia para los gallegos y para nosotros el pueblo cercado de montañas; cuando le vemos con los ojos anegados en llanto y fijos en la puerta por donde ha salido la madre que por primera vez le ha acompañado á la escuela, procuramos inspirarle cariño y confianza, pero mucho cariño y mucha confianza, tanto, que caliente aquel corazoncillo, que siente frío lejos del paterno hogar, que endulce la amargura nostálgica de aquella alma tan tierna, y que trueque en sonrisa el llanto que estaba pronto á brotar de sus ojos.

Cuando esto hayamos conseguido, la niña se encariñará con la Maestra y las compañeras, y el niño con el profesor y los condiscípulos, como encariñados estaban con sus padres y hermanos, porque estos seres que necesitan amar y ser amados, abren su alma á la simpatía y el afecto, y su corazón se dilata á medida que se ensancha el círculo de los individuos que solicitan su amistad, ofreciéndole testimonios de la suya. Por supuesto, que á semejante edad los niños no saben discernir los derechos que tienen á su cariño y gratitud los padres, los Maestros, los hermanos, condiscípulos, amigos, etc., solamente experimentan un vago deseo de que se fijen en ellos, se les cuide, se les mimé; pero este instinto, que al fin se convierte en verdadera necesidad, si en determinados temperamentos puede llegar al egoísmo, en otros, cuya sensibilidad exquisita se modifique por medio de una prudente educación, es germen de generosos y nobilísimos sentimientos, de que sucesivamente nos iremos ocupando.

CAPÍTULO XIII.

Amor á la familia.

Bella es la rosa silvestre con su delicado matiz y suave perfume; pero no puede compararse á la nacida en los vergeles y cuidada por la solicita mano del jardinero, que le es tan superior en el hermoso colorido, en la profusión de sus pétalos y en lo exquisito de su fragancia. Precioso es el diamante en bruto; pero tan sólo un inteligente conocerá su valor, al paso que atrae todas las miradas y encanta con sus luces el que está abrillantado y pulido por la diestra mano del lapidario.

Así el corazón humano; así los sentimientos que germinan en la infancia, desarrollándose sin dirección, son florecilla que crece y se deshoja sin provecho y sin encantos, diamante envuelto en tosca arena; fomentados y dirigidos á un noble fin, producen la felicidad del individuo y contribuyen al bien general.

Un autor ha dicho que el amor era el egoísmo á duo, y esto es tan cierto, que al hombre verdaderamente enamorado suele importarle poco que la guerra ó la revolución estalle, que las desgracias amé-

nacen á su patria, mientras esté sereno el cielo de las pupilas de su amada y aparezca en sus labios la sonrisa. Digase lo mismo, y todavía con más razón de la mujer, cuyo amor es, si más concentrado, también más veemente, más exclusivo. Ampliando, pues, este pensamiento, diremos que el amor de la familia, exagerado y no limitado por otros no menos nobles sentimientos, constituye un grupito de egoístas, aislados en medio de la sociedad.

¡Hogar! ¡Familiar! ¡Objetos carísimos para el hombre, centro predilecto del cariño de la mujer! No pretendemos atenuar vuestra importancia: os la concedemos grandísima; porque sois un factor muy importante en la vida de los pueblos; pero el individuo de la especie humana, destinado á vivir en sociedad, debe sacrificar algo de estas santas afecciones en aras del bien general, como sacrifica siempre su propio bienestar en beneficio de la familia.

Dúlenos oír á un padre que, cuando se trata de contribuir á una obra de caridad, cuando se puede remediar una calamidad pública, inundación, epidemia, etc., cierra su gabeta, como cerrado está su corazón á los sentimientos tiernos y caritativos, y responde:

—Yo no puedo; todo lo necesito para mi mujer y mis hijos; primero son ellos.

Y nos duele precisamente, porque nos seduce y encanta el ver un padre amantísimo de sus hijos; y como, según expresión del Salvador Divino, *no de sólo pan vive el hombre*, creemos que se hace más por ellos dándoles un noble ejemplo de generosidad y desprendimiento, enseñándoles á remediar la miseria y á enjugar las lágrimas de sus hermanos, que guardando para ellos algunas pesetas más, que quizá se invertirán más tarde en un objeto de lujo ó en un juguete.

Para cultivar en los niños el sentimiento del amor

á la familia, se debe empezar por excitar la ternura y gratitud hacia los padres; pero hablando siempre más á su sensibilidad que á su inteligencia, tanto porque la primera está más desarrollada en los tiernos años, cuanto porque, tratándose de un afecto tan puro y tan sagrado, no hay que temer la exageración; pues por mucho que ame el niño á los autores de su existencia, ni los amará demasiado, ni corresponderá debidamente á su cariño y á sus sacrificios, á menos que los padres constituyan una de esas horribles excepciones que, inferiores á los irracionales, son verdaderos monstruos indignos de pertenecer á la especie humana.

Se acostumbra decir á los chiquitines:

— Has de querer á tus padres, porque son la imagen de Dios sobre la tierra.

Y con decir una gran verdad, nos parece que no es lo más propio para interesar su corazón y excitar su ternura; porque ni el amor ni ningún otro sentimiento se impone, y decirles que *porque son la imagen de Dios*, no es lo más propio; puesto que para dar idea de lo conocido, se le compara con lo desconocido, lo cual es ilógico á todas luces.

Al tratar del sentimiento religioso, demostraríremos lo vaga é imperfecta que es la idea que en los primeros años se tiene de la divinidad; de consiguiente, será más natural que, al hablar de Dios, se le compare á un padre en lo mucho que ama, en lo provido, indulgente y bondadoso, y también en que, cuando la justicia lo exige, castiga á los hijos, á pesar de su inmenso cariño.

Tampoco nos parece muy oportuno decir que los padres son acreedores á todo su amor porque les han dado la vida: primero, porque esto no se les puede explicar y han de tardar muchos años en comprenderlo, y segundo, porque á cada paso oirán á los mismos padres ó á cualquiera otro, leerán y aun se

les enseñará en una de las más bellas oraciones, que la tierra es un valle de lágrimas, que la vida es una serie de amarguras; y aun cuando á ellos se les presente grata y risueña, ven á los mayores sufrir, lamentarse, oyen que nadie se considera feliz y que á menudo se envidia la suerte del infante que sucumbe en la cuna.

No somos de los que todo quieren demostrarlo al alumno y manifestarle la razón de todos los hechos, porque esto conduce nada menos que á las ideas materialistas; es preciso, por el contrario, recordarles á cada paso que hay muchas cosas de un orden tan superior á la naturaleza humana y á cuanto puede de comprender la limitada inteligencia del hombre, como es superior el espacio inconmensurable á la mezquina morada en que su familia se recoge y los astros luminosos que esmaltan el firmamento á la escasa luz de las bujías que alumbran su habitación.

Con todo, ponderar al niño la gratitud que debe á su padre porque le ha dado la existencia, cuando quizá hará pocas horas que ha oido á ese mismo padre maldecir la suya, nos parece que ha de producir desastroso efecto.

Puede decirse á los niños la verdad, pero la verdad embellecida, poetizada de modo que se destaque de la relación que les hagamos ó del cuadro que pongamos ante sus ojos, aquello que convenga á nuestro propósito, que no es otro que su futura felicidad.

Hablémosles de los padres de esta ó semejante manera:

— Nuestro Eterno Padre, ese Señor que os ha dicho que creó el cielo y el mar, los bosques y las montañas, los pajaritos que cantan y las flores que os recrean con su perfume, os ha enviado también á este mundo, no para que terminaseis en él vuestra misión

como los pájaros y las flores, sino para vivir siempre, sin fin, en otro mundo infinitamente más bueno y más hermoso, en compañía del mismo Señor, de su Santa y piadosísima Madre, esa Virgen bella y adorable, y los ángeles del cielo. Al venir al mundo, erais tan débiles y tan incapaces de acción, y hasta de expresión, que hubieseis perecido de hambre, de sed y de frío, á no ser por el cuidado continuo de los padres.

¡Cuán cariñosa solicitud emplean éstos con sus hijos! ¡Con cuánta ternura le envuelve la madre en los pañales, le reclina en su regazo y le alimenta con la sangre de sus venas, convertida por la pronta naturaleza en blanca y dulce leche!

¡Con cuánto celo trabaja el padre para que no le falte al niño entonces ni después cuanto pueda contribuir á su comodidad y bienestar, proporcionándole, no sólo habitación, alimento, lecho, vestidos, sino placeres infantiles y bonitos juguetes!

Esto por lo que toca á vuestra parte material, que en cuanto al alma, también se necesita cubrir su desnudez, y así los padres os ilustran con sus consejos, os aleccionan con su ejemplo, adquieren libros en que bebáis á raudales la preciosa doctrina que brota de las puras fuentes de la sabiduría y no omiten diligencia para que viváis sanos y seáis instruidos, virtuosos y, por consiguiente, felices.

El hijo que no correspondiese á todos estos beneficios con gratitud; el que no tuviera para sus padres las más afectuosas atenciones y el mayor respeto, procurando complacerlos en todo, ayudarlos y no hacer una acción ni hablar una palabra que pudiese alegirlos ó solamente desagradarles, no sería digno de vivir entre las gentes honradas y de buenos sentimientos.

Otro día se pregunta á los niños si tienen abuelos, y se les dice que aquel anciano que ocupa la cabece-

ra de la mesa y se sienta en el antiguo y mullido sillón en la casa rica, y en el rinconcito del hogar de la familia pobre, previendo los males, aconsejando, reprendiendo tal vez ó quejándose de sus achaques; aquella viejecita que cruza sus trémulas manos y dirige al cielo su apagada vista, orando por la felicidad de la familia, son los padres de sus padres y que les han tributado los mismos cuidados que ellos á su vez han recibido, ayudando también á la educación física y moral de sus nietecitos.

Otra lección debe consagrarse á encarecer el cariñoso trato que hay obligación de dar á los hermanos, y la inalterable cordialidad que ha de reinar entre ellos, pues es imposible amar á los padres sin mirar con ternura á los que también son sus hijos, y cuyos disgustos ó altercados se sabe que han de serles sumamente dolorosos.

La primera y más santa amistad es la que nace en el hogar y entre los hermanos. Si el mayorcito soporta las impertinencias y las faltas del pequeño; si el último sigue dócilmente las advertencias y consejos del primero; si se identifican y unen, lo mismo en sus juegos que en sus estudios, tanto en sus alegrías como en sus disgustillos, es prueba de que en sus corazones se desarrolla el dulcísimo afecto del amor fraternal; cultívese entonces este bello sentimiento; mas si, por el contrario, se ve que entre los hijos de un mismo padre hay envidia ó malquerencia, si uno denuncia las faltas del otro, en lugar de disimularlas, castiguese con mano firme, aun más que si esto sucediera entre extraños; porque el niño que no es buen hijo y buen hermano, difícilmente será con el tiempo buen esposo, buen padre, buen amigo y buen ciudadano.

Rara vez los grandes criminales, ni los hombres viciosos, ni los infelices suicidas, han salido de una familia en que reinase la paz, la armonía, en que to-

dos sus miembros viviesen en santa unión; el recuerdo del hogar, con sus dulcísimas alecciones, retrae al hombre de lanzarse en pos de aventuras, que puedan comprometer la tranquilidad de los suyos y amargar la dicha de que gozan; y cuando las vicisitudes de la vida le lleven lejos de la familia, ó la muerte le arrebate los seres queridos, aquel recuerdo será el bálsamo que conforta y aliente su alma, y constituirá su constante anhelo el deseo de formar otro centro de amor y felicidad, de hallar otro oasis donde descansar de las fatigas y contrariedades de la vida, conservándose digno y honrado y ejerciendo las virtudes cristianas y sociales, para ser dichoso y comunicar su bienestar á los seres á quienes ama.

CAPITULO XIV.

Amistad, compañerismo, envidia, emulación.

Nada más común, no sólo en la infancia, sino también en la juventud, y muchas veces en edad más avanzada, que prodigar el nombre de amigo sin saber acaso los que lo usan si los individuos á quienes tan dulce título conceden son dignos de llevarle, si por su parte son capaces de sentir por ellos una amistad verdadera y hasta sin conocer la acepción de esta palabra.

La amistad es como un parentesco espiritual; *sangre del alma* le llama un escritor ilustre, y así como el parentesco corporal es fortuito y obligado, encontrándonos muchas veces con algunos que, si hubiera estado en nuestra mano, jamás los hubiésemos escogido, la amistad, por el contrario, es electiva, es voluntaria y sólo se contrae con aquellos que por la semejanza de carácter, de instintos, de inclinaciones, nos son simpáticos y nos sentimos como arrastrados á consagrarnos nuestro afecto. Sigue también con frecuencia que no existe entre los amigos semejanza de genio, antes bien se nota cierto contraste, siendo el uno débil y el otro dominante, ó bien uno reservado y otro expansivo; pero en tal caso, si el cariño es

reciproco, estas opuestas doles sirven para afianzar más su unión y hacerla más durable, estableciendo un precioso y grato equilibrio; mas, de todos modos, profanan el santo y dulce nombre de amigos las personas viciosas ó de mal corazón, porque este vínculo no puede existir más que entre los buenos. Los malos no pueden ser amigos entre sí, ni tener amistad con los buenos, porque la amistad impone deberes y concede derechos, y la persona de mal carácter no es capaz de cumplir los primeros y está dispuesta á abusar de los segundos, lo cual es causa de que indefectiblemente concluya el vínculo que no se formó con el desinterés y buen propósito que debiera.

No trate, pues, el padre ó el Maestro de ahogar en germen este hermoso sentimiento; pero riámonos al oír á los niños prodigar el nombre de amigos, designando con él á los condiscípulos, á los vecinos y hasta á aquellos que la casualidad ha puesto en contacto con ellos, y con quienes han jugado alguna vez.

Digaseles que eso no es amistad, si bien alguna vez ésta principia en la infancia y dura toda la vida; que solamente puede concederse la amistad á un individuo cuando el juicio se ha desarrollado y la inteligencia funciona lo suficiente para conocer las cualidades que le adornan y las circunstancias que en él concurren; pues de lo contrario, el niño ó niña inexpertos se exponen á encontrar una criatura de mal carácter ó de perversa educación, que con su ejemplo y consejos influya en su espíritu de un modo funesto, contrarrestando las corrientes bienhechoras de las personas encargadas de guiarle por la senda de la virtud y el deber. Otro peligro que se corre entregando una amistad sincera, una incondicional confianza y un cariño sin límites á quien apenas se conoce, es la de encontrar un individuo voluble y tornadizo, que á los pocos días reniegue de aquel afecto y diga con esa frescura é irresolución con que hablan los niños:

— Ya no quiero ser amigo tuyo.

Cuando esto sucede, si el desdenado es sensible, sufre un desengaño cruel, que no sólo le affige, sino que muchas veces influye en su carácter, tornándole, de cándido y expansivo, en receloso y desconfiado. Ahora bien; si es ligero y no le afecta la ingratitud é inconstancia del compañero, le contestará con indiferencia:

— Yo tampoco quiero ser amigo tuyo; lo seré de Fulanito, que me regala estampas.

Y así es como se acostumbran á cambiar de amigos como de juguetes, á no dar ninguna importancia á lo que la tiene grandísima ó, lo que es peor, á convertir la amistad en granjería.

Son compañeros, y así se hace entender á los niños, los que asisten á un mismo establecimiento de educación, que también se llaman condiscípulos; y de la misma manera, encontrarán más tarde compañeros de profesión, si ejercen alguna; de armas, si se dedican á la milicia; de clase, de taller, etc.; pero así como el amigo íntimo no tiene secretos para el que lo es verdadero, compartiendo con él sus penas y sus alegrías, aconsejándole lo que le conviene, no halagando nunca sus pasiones ni lisonjeando sus vicios; pero soportando sus defectos é imponiéndose cualquier sacrificio por él cuando la necesidad lo exija; el compañerismo no lleva tan lejos sus imposiciones: para ser un buen compañero, basta no hacer cosa alguna qué pueda redundar en desprestigio de la escuela, por ejemplo, ó de cualquiera otra agrupación ó sociedad á que uno pertenece; disimular las faltas de los demás individuos, mientras de ellas no resulte un daño general, y alegrarse cuando uno ó varios sobresalen por su talento, laboriosidad ó virtud, lo cual, lejos de afrentar, honra y enaltece á los que están unidos á ellos por un verdadero espíritu de compañerismo.

Los profesores de uno ú otro sexo pueden cultivar

perfectamente este bello sentimiento, estableciendo en la clase una noble emulación. Ante todo, deben mostrarse bastante severos con los delatores ó soplones, distinguiendo en cambio á los alumnos que por obligación tengan que dar parte al director ó directora de las faltas de los demás. Los instructores, precisados á participar al jefe del establecimiento la aplicación y cuidado ó la falta de atención de aquellos cuya enseñanza se les confía, y los inspectores, precisados á dar parte de las travesuras que tiendan á perturbar el orden, están revestidos de cierta autoridad, aunque subordinados á los profesores, de quienes son auxiliares; y así, sus denuncias no pueden atribuirse nunca á envidia ni malquerencia, sino al celo que despliegan en el desempeño del cargo que se les ha confiado.

Muy diferente es el niño que acusa al que está á su lado por la menor falta; la niña que lleva el chisme de que otra guarda en su cajón algunos cromos, flores ó un trajecito de muñeca; tal vez habrá invitado á la poseedora de tales baratijas á que las compartiera con ella, y el despecho de no haberlo conseguido le ha aconsejado la delación.

Altísimo origen, autoridad suprema, belleza incomparable tiene aquella máxima que muy á menudo debe repetirse á los niños: «Haz á otros lo que para ti deseas: no hagas á nadie lo que no quieras para ti.» Como esta sentencia, sobre ser tan sencilla, es la base del compañerismo, del amor, de la humanidad y de la equidad, ni por un momento debe el educador perderla de vista, como medio constante de desarrollar y dirigir estos sentimientos.

El niño trata de vengarse del instructor que dió parte de su mal comportamiento; y se le dice:

—¿Por qué le quieres mal? ¿Por qué deseas su daño? ¿Te gustaría que lo hiciesen contigo?

—No, señor—contestará el agraviado;—pero él también me acusó.

—La venganza es un pecado, y está prohibida por Dios; sin embargo, yo llamaré al instructor, y veremos si tienes derecho para estar quejoso de él.

—Usted, señorito, ¿por qué me dió parte ayer de que este niño había faltado?

—Porque mientras los otros leían estaba recortando papeles y perdía el tiempo lastimosamente.

—¿Le hubiera á usted gustado que cuando aprendía á leer hubieran hecho eso con usted?

—Cuando era tan pequeño como él, tal vez no, porque no sabia lo que me convenía; pero ahora agradezco que no me dejasen jugar, porque jugando no se aprende.—¿Ves, hijo mío?—dice el Maestro, el instructor ha obrado bien, porque ha hecho contigo lo que se alegra que con él hicieran, pero tú no obras bien porque no le amas y murmuras de él, y á ti te gusta ser objeto de cariño y no blanco de las murmuraciones de tus compañeros.

Otra de las cosas que mancha el alma de los niños, les quita la alegría tan natural en esa edad exenta de penas y cuidados, y altera la armonía en las escuelas y colegios, y hasta en las familias, es la envidia, ruin y bajo sentimiento que experimentan algunos á vista de las cualidades de los demás, de las alabanzas que se les prodigan ó de las distinciones de que son objeto.

Almas hay en quienes parece que este vicio es innato; caracteres apáticos, en quienes la voluntad no se ha desarrollado por debilidad natural, ó porque no se la ha educado convenientemente, no se creen capaces de aprender lo que otro aprende, de hacer la noble acción que otro ha practicado, de trabajar lo que un compañero trabaja, y les causa tristeza y disgusto que los demás lleguen adonde él no piensa llegar jamás.

La envidia, que no es ni puede ser nunca disculpable, tiene en ciertas ocasiones origen en la falta

de prudencia de los educadores; puesto que los padres y Maestros alaban muchas veces á los hijos ó educandos por sus dotes físicas ó por otras cualidades que no pueden adquirirse aunque uno se esfuerce para alcanzarlas, y de ahí el desaliento que se apodera de la niña de facciones vulgares y talle poco esbelto, al ver que su linda hermana es objeto de loselogios de propios y extraños; la tristeza del muchacho de limitados alcauces, que no puede con sus estudios alcanzar los premios y alabanzas que el de clara inteligencia consigue sin grande esfuerzo; el disgusto y la animadversión que el alumno y la alumna de familia pobre experimentan, cuando se ven desatendidos, mientras se dedican cuidados y atenciones á otros de familias á quienes sonríe la fortuna.

A imitación del Padre celestial, que derrama la luz de los astros y cubre los campos de flores y los bosques de sombra y verdor, para nobles y plebeyos, pobres y ricos, hermosos y feos, y aun para justos y pecadores, los jefes de familia ó de establecimiento han de extender su cariñosa solicitud, sus cuidados y desvelos, como sus recompensas y castigos á cuantos lo merezcan, con la posible equidad, sin que se concedan distinciones á la elevada aleurnia, á la riqueza, á la hermosura, ni siquiera al talento, elogiando y recompensando únicamente el buen comportamiento y la aplicación.

Como esto está al alcance de todos; sin que se necesite mas que quererlo con firme voluntad, el niño que, sin estudiar ni poner cosa alguna de su parte, manifieste disgusto porque á un compañero se le ha concedido el primer premio de aplicación; la niña que, siendo holgazana y dejada, se enoje porque se recompense la laboriosidad de las otras, son dignos de castigo, porque abrigan el bajo sentimiento de la envidia, experimentando cólera y despecho porque

otro llega donde ellos no tratan de llegar; y no tienen laudable deseo de rayar tan alto como pueda rayar cualquiera otro.

Emulación se llama este último sentimiento, que el educador debe fomentar por todos los medios que le sugiera su celo y buen deseo, porque es origen de buenas acciones y produce en la enseñanzas excelentes resultados.

Si, terminados los exámenes, al otorgar las primeras y más altas recompensas, se dijese ante los alumnos que las alcanzan y á los que se ven privados de ellas que se premia el talento, la clara comprensión, la viveza de imaginación, contestarían los últimos: ¿Qué culpa tenemos nosotros, si no poseemos estas cualidades?

Acaso no lo dirían en voz alta; pero murmurarian entre sí ó lo pensarían por lo menos.

Nada de esto sucederá, si se recompensan los esfuerzos, la atención constante, la docilidad y las buenas acciones, haciéndolo notar así y añadiendo:

—Hay premios para todos los que los merezcan; hoy los han ganado unos, mañana ú otro día ú otro año los ganarán otros; porque se alcanzan con el buen comportamiento, y éste no es patrimonio de nadie. La dulce satisfacción que los premiados experimentan debe hacerse extensiva á todos sus compañeros, porque con su ejemplo ven garantido un día de gloria para cada uno, puesto que todos aspirarán á imitarnos, y en semejantes asuntos querer es poder.

Así es como se despierta la emulación, y siá que los niños sientan celos ni envidia, se les anima á trabajar, á corregir sus faltas y á instruirse, ya que esto pueden conseguirlo todos, y compensar con estas positivas ventajas otros dones que acaso la Naturaleza ó la fortuna les han negado.

CAPÍTULO XV.

Compasión.

Reservamos para más adelante el tratar de la Caridad, virtud teologal, virtud sublime que, con ser tan sencilla en su fórmula, que, como dijimos en el capítulo anterior, está basada en el principio de no hacer á otros lo que para nosotros no queremos, es, sin embargo, tan meritoria y tan excelsa, que el propio Catecismo nos dice que con ella nos dirigimos á Dios, y que sin el divino auxilio no podemos alcanzarla.

Trataremos, pues, de ella como un complemento y como un resultado de la religiosidad; y ahora, sin elevarnos tanto en la escala de los sentimientos, nos ocuparemos de los meramente humanos, de aquellos que puede abrigar un alma de buen temple y bien dirigida, aun sin el poderoso influjo de la religión de paz y amor queafortunadamente profesamos.

Sabido es que la sensibilidad es una de las facultades del alma, y que, por consiguiente, en mayor ó menor grado la poseemos todos los racionales, si bien en la mujer se desarrolla más fácilmente y adquiere mayor fuerza que en el hombre, y en un

mismo sexo, es más bien patrimonio de los temperamentos nerviosos que de los linfáticos, sanguíneos ó biliosos.

Es cierto que todos los sentimientos de que hemos hablado hasta ahora son poco vehementes en aquellos individuos en los que la sensibilidad es casi nula; pero existen sin duda más ó menos desarrollados, porque la mayor parte son derivados de ciertos instintos comunes á todos los vivientes, sin exceptuar á los irracionales; mas los que en adelante serán objeto de nuestro estudio son privativos de la especie humana, puesto que si los brutos pueden experimentar sensaciones de dolor y placer, como nosotros, sólo el alma racional es susceptible de experimentar sentimientos.

Pertenece á esta clase el de la compasión, que trataremos de analizar.

Llámase compasivo al individuo que sufre con los dolores de otro, y cruel, al que se goza en ellos ó los mira con indiferencia; aunque esto último es poco menos que imposible, porque afectando tan poderosamente á nuestros sentidos la vista de un sér que se retuerce, se mesa los cabellos, se golpea en el paroxismo de un dolor físico ó moral, al oír los chillidos del que sufre horriblemente ó los lánguidos suspiros del que agoniza, es imposible que el espíritu no se altere en uno u otro sentido, y sólo un monstruo execrable puede experimentar en estos casos un sentimiento de placer.

No estamos de acuerdo con el elegante y correcto Fray Diego González, autor de *El murciélagos uleroso*, cuando dice:

«Que á todos nos dotó Naturaleza
De entrañas de fierza,
Hasta que ya la edad y la cultura
Nos dan humanidad y más cordura.»

No, no podemos creer, no concebimos que el Creador divino, todo amor y misericordia, haya dotado de feroces instintos á su predilecta criatura.

Opinamos, más bien, como el Padre Estella, cuando sienta este principio:

«Todo nace de fuente viva de amor; y todo lo que tiene sér, viene esmaltado de amor.»

La infancia no es cruel por instinto, como algunos creen; y si no se muestra compasiva, es porque no comprende el sufrimiento, porque no tiene idea de lo que no ha experimentado.

Como no comprende el dolor moral, tampoco se explica los sufrimientos físicos; pues el parvulillo, ó no ha padecido, ó no lo recuerda; y aun en caso de recordarlo, no sabe asociar la idea de la penosa sensación que experimentó cuando se dió un golpe ó le derramaron agua hirviendo sobre una mano, con lo que siente el pájaro cuando él le quiebra una pierna ó le clava un instrumento cortante.

Si no se le hace notar, lo mismo matará un pajarito que romperá un juguete, y le arrancará las alas á una mariposa que deshojará una flor ó rasgará un papel.

Es verdad que la avecilla lanza quejidos; pero ¿no hay también corderitos de jugar que balan, perros que ladran y muñecas que lloran?

Si después de hacerles notar que los chillidos del pajarillo son la expresión del dolor, que los animales no son insensibles, como las plantas y los muebles, y que sufren mucho más con sus juegos irreflexivos, y hasta brutales á veces, que el mismo niño cuando se corta ó se quema; si después de habérselo prohibido terminantemente, apoyados en tan justas razones, insisten en atormentar á indefensos e inocentes animalitos, entonces se puede decir que aquella criatura no es compasiva, pero no precisamente que sea cruel.

Entre muchos millares de hombres nace un Nerón ó un D. Pedro I de Castilla, y aun éstos, si bien san-

guinarios y feroces por temperamento, quizá hubieran modificado sus instintos, ó al menos no se hubieran desarrollado en ellos de tan violenta manera, si no hubieran mediado las circunstancias que respectivamente contribuyeron á ello.

Del primero cuenta la Historia que, cuando en su juventud, y al principio del reinado, le presentaron la primera sentencia de muerte para que la firmase, manifestó disgusto y dijo: «Ojalá no supiese escribir»; rasgo de piedad que, á no constar en la Historia, nos haría dudar de su autenticidad la certeza que tenemos de que el mismo emperador romano, arrastrado por los consejos y adulaciones de sus depravados ministros y amigos, llegó á ser parricida, incendiario y á decir que desearía que el género humano no tuviese mas que una cabeza para proporcionarse el placer de cortarla.

En cuanto al segundo, ¡cuán diferente hubiera podido ser su carácter si no se hubiera mecido en regia cuna ó si, vástagos y heredero de reyes, hubiese visto reinar la paz en su familia y en sus Estados!

Hijo de un padre violento en sus pasiones y de una madre vengativa, que le nutrió con los sentimientos de odio y venganza hacia la manzana de su padre D.^a Leonor de Gozmán y los hijos de ésta, sus hermanos bastardos, que á su vez le aborrecían, rodeado de guerras exteriores y de conspiraciones interiores, convirtiéose al fin en un monstruo de crueldad.

Algún historiador trata de disculparle, y nuestro contemporáneo Zorrilla, al frente de su drama immortal *El zapatero y el rey pone*, hablando del mismo D. Pedro:

«Osado y antojadizo,
Mató, atropelló cruel;
Mas por Dios que no fué él,
Fué su tiempo quién lo hizo.»

Con permiso del célebre poeta é insigne académico, no titubearemos en afirmar que fué él; el tiempo y las circunstancias pudieron ayudar, y, como hemos dicho al principio, sin ello quizá no hubiera llegado adonde llegó; pero con otro carácter, con el temperamento y la virtud de Wamba, hubiera buscado otro Pampliega donde terminar sus días tranquila y cristianamente, en vez de hallar la muerte en la tienda de Duguesclin, bajo el puñal fraticida de don Enrique de Trastamara.

Muchos han encontrado un argumento para asegurar que la niñez es cruel por instinto, precisamente en la misma costumbre á que alude Fr. Diego González en la bonita poesía de que hemos hecho mención.

En efecto; hemos visto muchas veces, en las tardes de verano, un grupo de chiquillos provistos de largas cañas, tratando de golpear con ellas y hacer caer un inocensivo murciélagos. Este animalito con sus alas membranosas y desprovistas de plumas, no pueden levantar el vuelo, ni le conviene, puesto que en las altas regiones atmosféricas no encontraría los mosquitos y otros insectos de que se alimenta. Pasan, pues, cien veces los pobres animales rozando con sus blandas alas las gorritas ó los cabellos de sus enemigos, sin sospechar la triste suerte que les aguarda cuando alguno de ellos recibe un cañazo y cae al suelo; pues en tal caso (y esto ya no lo hemos visto, porque no hubiéramos podido presenciarlo, pero nos lo han contado) los clavan por las alas á la pared y les queman el hocico ó les pinchan haciéndoles sufrir una muerte lenta y terrible.

Preguntad á uno de aquellos muchachos por qué ha contribuido á tan bárbara acción, y os contestará que porque es costumbre, porque todos lo hacen; y si le decís que en vano se excusa con la costumbre, con el ejemplo ó con la absurda suposición de que

el inocente cuanto feo mamífero alado es imagen del diablo, si argúis que el chico en cuestión ó todos ellos son enemigos de los animales y que se gozan en sus tormentos, lo negarán ellos ó las personas de su familia respectiva, diciendo que tienen en sus casas perros, gatos, gallinas, conejos ó cualesquiera otros animales domésticos, y que los niños en cuestión no les hacen ningún daño, antes bien los cuidan, los acarician y se encariñan con ellos.

Introdujérase el uso, cuando se cautiva un murciélagos, de ponerle en dorada jaula y obsequiarle y mimarle su poseedor y los compañeros de éste, y se vería por imitación y por deseo de superar á los demás esmerarse en traer á la vivienda del prisionero cintas y flores, como ahora tratan de excederse en inventar tormentos.

Pongan los padres y Maestros el mayor cuidado en que los educandos no presencien escenas de sangre, dolor y sufrimiento, que es lo que endurece el corazón y apaga los sentimientos compasivos.

Mientras no llega el venturoso día, suspirado por muchas personas ilustradas y filantrópicas, de que quede abolida la pena de muerte, cese al menos la brutal costumbre de llevar á los niños á presenciar tan horrible espectáculo, so pretexto de que teman la justicia humana que de un modo tan espantoso castiga á los delincuentes.

No, ni por un momento queremos que nuestras alumnas admitan la hipótesis de que pueden llegar á mancharse con el robo ó el asesinato, y si esto cupiese en lo posible, á pesar de su educación y de los buenos ejemplos que se les proponen, á otros móviles más elevados ha de obedecer, para evitar el crimen y la vergüenza que le acompaña.

Pertenecen al bello sexo las personas que educamos; pero lo mismo pensarfíamos si fuéramos educadores de individuos del sexo fuerte.

Mientras dure otra costumbre, que también quisiéramos ver abolida; mientras el Gobierno consienta el inmoral y bárbaro espectáculo de las corridas de toros, no se haga presenciar á la niñez la agonía de los infelices caballos y el suplicio del hermoso y noble animal, que no tiene más delito que haber nacido fuerte, y al que los hombres, valiéndose de la astucia, dan una muerte lenta y terrible.

En la culta ciudad en que escribimos ha desaparecido otro uso semisalvaje, cual es el de envenenar á los perros con estrignina, encargando á los dependientes de la autoridad municipal propinar esta mortífera sustancia á los que vaguen abandonados en la vía pública, que mueren revolcándose y retorciéndose en su agonía, rodeados de un corro de gente ociosa y de chiquillos. Donde todavía tengan lugar escenas tan atroces, alejese de ellas á los niños y no se diga que en este caso y los anteriores los muchachos, especialmente los varones, se acostumbran á ser valerosos; porque esto no es cierto en ningún sentido.

El valor, como hemos dicho en otro lugar, consiste en mostrarse sereno ante el peligro que no se puede evitar; pero el que contempla impávido cómo se priva de la existencia á un reo que suele ir medio muerto al patíbulo, atado, además, y rodeado de tropa; el que mira desde un palco ó desde el tendido (tal vez bromeando ó merendando) cómo la sangre empapa el redondel y los caballos patalean y el toro escarba la tierra enrojecida, bramando de dolor, y los que se paran en la acera para observar los estremecimientos del can que muere en el arroyo, víctima de horrible tósigo, como no corren el más remoto peligro, no se habitúan á él, aprendiendo solamente á mirar con indiferencia el ajeno sufrimiento, lo cual apaga en ellos el sentimiento de compasión.

Foméntese, por el contrario, en la niñez esta bella

cualidad; diciendo que las penas y los dolores físicos ó morales de nuestros hermanos han de interesarnos y conmovernos, y que debemos procurar evitarlos á costa de cualquier sacrificio; que respecto á los animales, Dios nos ha concedido derecho sobre ellos, y por lo tanto podemos emplearlos en nuestro servicio ó matarlos, según su especie, para alimentarnos con su carne ó aprovechar su piel ó su pluma; pero haciéndoles sufrir lo menos posible; cuéntense ejemplos en que resalte la adhesión de los irracionales domésticos al hombre, la protección que á su vez les dispensan las personas de buen corazón, hasta el punto de fundar sociedades con este objeto; dénselas (aun cuando no sea asignatura obligatoria en la escuela á que pertenezcan) algunas nociones de Zoología, para que, sabiendo la interesante historia de las aves, cuadrúpedos, peces y hasta de ciertos insectos, sientan por ellos interés y cariño, y así se modificarán los instintos que pudiéramos llamar crueles, trocándose en benignos y compasivos.

CAPÍTULO XVI.

Filantropia, humanidad.

La palabra *filántropo* tiene igual significado que *amante* ó *amador del hombre*, por ser derivada de *filos*, amante, y *antros*, hombre, vocablos griegos.

Debe explicarse á los niños que la filantropia viene á ser la caridad, menos perfecta; puesto que esta última, que es privativa de los cristianos, consiste en amar al hombre por amor de Dios, por ser su imagen, su criatura predilecta, como tal vez amamos á un niño ó á un joven, aun cuando no sea muy acreedor á nuestro afecto, por ser hijo de un excelente padre, dignísimo de todo nuestro cariño y respeto.

La filosofía, enamorada de la belleza de esta virtud, que es la esperanza y el consuelo de todos los tristes y atribulados, y que no tiene menos dulzuras para el que la ejerce que para aquel sobre el cual recae, ha querido apropiársela en cierto modo, ó por lo menos hacerla extensiva á todos los dogmas, á todas las creencias y á todos los individuos de la especie humana.

Este amor á nuestros semejantes llámase también humanidad, y por esta razón se llama humano al que se compadece de los males ajenos, é inhumano al que no se conmueve por ningún género de sufri-

mientos que en otros vea, ni hace ningún sacrificio por remediarlos.

Se desarrollan en los niños los sentimientos humanitarios, manifestando en su presencia sumo interés por todo aquel que sabemos sufre alguna tribulación; refiriéndoles, cuando pequeñitos, cuentos y anécdotas de ricos, nobles, personas favorecidas por la fortuna que, dejando las comodidades y el fausto de su casa, se dirigen á la cabaña del mendigo, al hospital, á la casa de beneficencia, asilo de los huérfanitos, y pasan horas mucho más dulees y tranquilas viendo como el hambriento satisface su necesidad, el enfermo se anima con sus consejos, el huérfano agradece sus caricias y todos á una le bendicen, que las que pasaría en sus salones, en un teatro ó en un baile de sociedad.

Cuando mayores, se les hace conocer lo mucho que se ha trabajado y se trabaja en bien de la humanidad; se les dice que hay personas que han sacrificado sus intereses, su salud y hasta su existencia, en aras de este ardiente deseo de ser útil á los demás; que mientras unos arrastran una existencia fría y egoista, rodeada de comodidades, pero sin gores morales, sin gratas emociones, atentos solamente á enriquecerse; otros fundan escuelas donde los niños de familias menesterosas reciban educación y enseñanza, asilos donde el párvido y el anciano que carecen de familia, pan y abrigo, tengan todo lo que podrían proporcionarles los parientes que la desgracia les ha arrebatado, hospitales donde los enfermos pobres encuentren alimentos, medicinas, ternura, asistencia y consuelo; que otros hombres de corazón generoso y clara inteligencia, leen noche y dia, arrancan los secretos á la Naturaleza y rasgan el velo que cubre las verdades de la Ciencia, y á fuerza de estudios y experimentos dan á luz invenciones de utilidad general; por fin, que otros más meritorios,

porque su heroísmo raya en lo sublime, sufriendo penalidades sin cuento, atraviesan los desiertos y abrasados arenales del África ó navegan hacia las inhospitalarias regiones polares, en busca de seres desgraciados, semejantes nuestros, que acaso en su bárbara ignorancia reciben con insultos y malos tratos al que iba á llevarles la civilización, la cultura y tal vez, con la luz de la fe, la eterna felicidad.

Cuando los tiernos oyentes se admiren de que haya hombres tan virtuosos, que de tal suerte se sacrifiquen por sus semejantes, recibiendo quizás la muerte de aquellos á quienes se proponían hacer buenos, dichosos e instruidos, se les dice que la humanidad, la filantropía, el amor al hombre acaso no bastaría para llevar á cabo tan heroicas acciones; que hay algo más alto, más sublime, más magnífico, que lo embellece y dora todo, como el sol hermosea el mundo y matiza las flores, y este algo, cuyo origen es divino, es la caridad, basada en el amor de Dios.

La humanidad es grande, la caridad excelsa.

La humanidad, como virtud de este mundo, flaquea y desfallece alguna vez; la caridad, como hija del cielo, se enardece con las contradicciones, vence los obstáculos y se aleva á la altura, como la llama perfumada y el humo puro del incienso que se quema ante al altar de la Divinidad.

CAPÍTULO XVII.

Provincialismo, patriotismo.

«El provincialismo es el patriotismo de la provincia». Así decía un elocuente orador, escritor secundo y gran político; pero que precisamente ha nacido en una de las regiones en que más se siente y se cultiva el amor exagerado á la provincia.

El numeroso auditorio que le escuchaba aplaudía frenéticamente, y la que escribe estas líneas tenía el gusto de oír al insigne orador y el disgusto de no estar de acuerdo con él ni con los que le aplaudían.

No; el provincialismo no puede ser más que el amor á una parte de la patria, y mayormente en una nación como la nuestra, que por su topografía, por su situación en el continente y por el modo como se ha ido formando de agrupaciones de gentes diversas en su origen, en su lenguaje y hasta en sus costumbres, parece que se nota más que en otra alguna cierta predilección por el reino (como decimos todavía) al cual pertenece el pueblo en que hemos visto la luz por vez primera.

Se nos dirá que la Providencia ha señalado los límites de nuestra hermosa y querida patria, entre las enhiestas cumbres de los Pirineos, colossal barrera que nos separa del resto del continente europeo, y

los mares que nos ciñen como otras murallas líquidas, ondulantes y azules, cuyas ondas amorosamente besan la arena de nuestras playas y con potente voz cantan las glorias de nuestros ascendientes. Pero ¿y Portugal?, ¿no forma también parte de este rinconcito de la tierra?

Repetimos que hay algo de condicional, de artificial, en la formación de nuestro país, algo que los siglos no han podido unir, ni la política ni el buen deseo de los gobiernos borrar; que si no existe en las clases ilustradas, está latente en las capas inferiores de la sociedad, y que, por lo mismo, es necesario que el que se dirige á los niños ó al pueblo, puesto que pueblo y niños se parecen en nuestro país en la falta de educación y sobra de impresionabilidad, les digan que el provincialismo no es el patriotismo, antes bien, estas dos palabras representan ideas refractarias entre sí.

No podemos menos de considerar el corazón como un foco de luz y calor que se llama amor, caridad, benevolencia; concentrado, no será nada de esto, será egoísmo; reducido á un pequeño círculo de parientes y amigos, acota los dulces efectos de tan noble sentimiento; limitado á la provincia, priva á los demás compatriotas del amor de uno de los suyos; difundiéndolo á los de toda la nación, une con íntimo lazo á los que viven bajo una misma ley, reconocen un solo gobierno, dan sus hijos para formar el ejército que á todos los defiende, su oro para el tesoro común y su voto para elegir los representantes de todos los pueblos y de las regiones todas.

El patriotismo propende á agrupar; el provincialismo á dividir.

Más cerca está Galicia de Lisboa que de Barcelona; más se parece su lenguaje al portugués que al catalán, y tanto por lo menos como al castellano, y sin embargo, á pesar de la falta de afinidad, de idioma,

carácter y costumbres, es preciso inculcar á los niños que tan españoles son los habitantes del Este como los del Occidente de la nación, ya que no de la Península.

¡Qué notable diferencia entre un andaluz y un vascongado! De seguro que, si son personas sin educación, ni se entenderán el uno al otro. El último quizá entienda mejor el *patois* de sus vecinos los franceses que el dulcísimo lenguaje andaluz, con sus brillantes imágenes, sus pullas chispeantes de gracia y su incomparable seductor acento.

Se admirará el sevillano de oír cantar el zoreíto del vizcaíno, como éste de las malagueñas, canto peculiar de los hijos del Mediodía, y sin embargo, todos son españoles, hermanos todos, comunes son sus intereses, comunes sus desgracias, como lo es el recuerdo honroso de nuestro gloriosísimo pasado.

Conviene, pues, hablar á los niños de las escuelas, sin exceptuar á la infancia del bello sexo, de la historia de nuestro país; no se nos diga que la Historia no es asignatura obligatoria en las escuelas clementales; no se tome, si no quiere tomarse, como una de aquellas que forman parte del programa escolar, y por lo tanto tiene su enseñanza un tiempo presijido diaria ó semanalmente; pero aprovechense los libros destinados á la lectura que contienen pasajes de los que más honran á nuestros antepasados; explíquese por vía de entretenimiento la vida de alguna ó algunas de las personas eminentes en armas, en letras, y sobre todo en virtudes, que han honrado nuestra nación; y cuando los muchachos se entusiasmen con la relación de la heroicidad de saguntinos y numantinos ó con el valor de Daoiz y Velarde, ó con la serenidad de nuestro contemporáneo Méndez Núñez, ó admiren el talento de Fray Luis de León, de Cervantes ó de Martínez de la Rosa; cuando las niñas sientan latir su corazón con el relato de las virtudes

de la Católica Isabel, ó admiren la sabiduría de Santa Teresa, recuérdeseles que todos eran españoles, y que debemos tener á grande honra pertenecer á una nación que tan altos personajes ha producido.

Dígaseles que es indigno de quien ha visto la luz en este privilegiado suelo, donde siempre ha brillado la hidalguia, la generosidad al lado del ingenio, ser holgazán ó desaplicado, dejando de contribuir al buen nombre y al lustre de la patria, y mucho más manchar este nombre y estos timbres de gloria con acciones reprobables; y que si la suerte los conduce á otro país ó los pone en contacto con extranjeros, se conduzcan de tal manera que bagan formar á los que los conozcan tan elevado concepto de nuestra patria, que puedan decir cuantos le traten: Si todos los españoles se parecen á este, á grande honra tendría el ser español.

También se puede hablar á los alumnos de nuestros hermanos del Nuevo Mundo, no sólo de las provincias españolas de Ultramar, sino de aquellas naciones que hablan nuestra lengua, países que hace cuatro siglos no estaban en relación con el continente europeo ni sospechaban siquiera su existencia, como aquí no se tenía noticia de la de aquellos habitantes del globo; y que, puestos en comunicación con el mundo antiguo, han aceptado su civilización y sus progresos, poniéndose al nivel de las naciones más cultas, y aun superándolas en cierto modo, conservando, empero, su independencia ó adquiriéndola en cuanto les ha sido posible. Ya comprenderán nuestros lectores que aludimos á esas repúblicas de América, tan jóvenes como ilustradas, á la del Río de la Plata, Uruguay, Chile, etc., en cuyo elogio se pueden extender los profesores, mencionando de paso la gloria que ha cabido á España de ser la primera nación que acogió los proyectos del

inmortal Colón, y que con su auxilio moral y material le puso en condiciones de revelar al mundo entonces conocido que existía una infinitud de seres que, puestos en contacto con ellos, recibirían sus leyes, sus costumbres, su ciencia, y les darían en cambio la savia de su exuberante vida y los tesoros de su virgen y fecundo suelo.

Otra idea es menester inculcar desde la edad primera, y es la de no desdeñar los objetos de nuestro país ni atribuir mayor valor á los del Extranjero, por el mero hecho de serlo. Vemos con frecuencia, y esto es más general en las mujeres que en los hombres, es trenar un traje, lucir una joya, adornar sus salones con objetos de arte, y decir: Esto me lo han traído de muy lejos; esto no se confecciona aquí; en caso serán imitaciones; pero yo lo he encargado á París, á Marsella, á cualquier parte, por no decir que es español. De lo que resulta que, conociendo nuestros industriales la vanidad de sus compatriotas, para halagarla y para vender mejor sus géneros, los disfrazan con rótulos extranjeros; conducta antipatriótica en unos y en otros, pues los vendedores debían decir: Esto se ha fabricado aquí, y puede competir con lo de otros países.

Y los compradores: Esto lo he adquirido aquí, porque en igualdad de circunstancias prefiero favorecer á mis paisanos y proteger la industria nacional.

Alábese lo bueno dondequiera que exista; imítense lo que de imitación sea digno; seamos imparciales para reconocer el mérito de lo q ne proceda de otros países; pero no reneguemos nunca del nuestro, que sería como renegar un hijo de sus padres, y tengamos por hermanos, tanto al habitante del fragoso Pirineo, como al que apaga su sed en las cristalinas ondas del Guadalquivir.

CAPÍTULO XVIII.

Sentimientos religiosos.

Dijimos, al tratar de la admiración que se podía sacar mucho partido de ella. Pues bien, mostrando á los niños la magnificencia de la Creación; enseñándoles algunos de los fenómenos naturales, llamándoles la atención acerca de la asombrosa máquina del universo; dándoles á conocer esa admirable cadena de la historia natural, que de la arcilla y la arena asciende al reino vegetal, dotado de vida, aunque no de movimiento; después al animal con sus infinitas, curiosas y admirables variedades, y termina en el hombre, ese rey de la Creación que encuentra pequeña y misera su morada, con todo y ser tan espléndida y tan sublimemente bella, le llevaremos de consecuencia en consecuencia, remontándonos de los efectos á la causa, á la idea de Dios, ya que no á su conocimiento, puesto que es imposible, al niño como al hombre y al ignorante como al filósofo, tener conocimiento de lo que es incomprendible.

Esta idea vaga, como no pueden menos de tenerla los pequeñuelos, es más bien que un juicio un sentimiento; no es la cabeza la que se entera de lo que es ó puede ser origen de tan grandes maravillas:

es el corazón que lo admira y lo ama, no lo explica, lo siente.

Aclarar estas ideas, dando á conocer á la infancia los atributos principales del Sér Supremo, especialmente aquellos que estén más al alcance de su inteligencia, no es tarea difícil para el educador, ya sea padre ó madre de familia, ya Maestro de primera enseñanza, ya trabajen todos de común acuerdo, que es lo más natural, lo más lógico y lo que produce mejores resultados.

No es difícil, porque las mismas preguntas de los niños, efecto de su alegre sorpresa y admiración al enterarse de las maravillas que nos rodean, nos llevan como por la mano á darles aquellas nociones que su inteligencia reclama y su corazón desea, y lo es ménos todavía porque esta noción de la divinidad reside ya en su espíritu, porque la adoración á un sér superior es un instinto privativo de la humanidad, pero común á toda ella, instinto que vive en el niño como en el anciano, en el joven piadosamente educado como en el que de incrédulo blasfema, en el indio del desierto como en el esquimal que habita junto al helado polo, y así en los tiempos modernos como en la más remota antigüedad.

¿Qué otra cosa es la idolatría sino esta noción perturbada y extraviada?

La criatura racional, tan superior al resto del reino animal como indica su figura, su posición, su cabeza erguida, su mirada que con frecuencia se dirige al cielo, tiene la intuición de que hay un sér infinitamente más sabio que cuanto existe, más grande, más perfecto y así es que los pueblos que se han visto privados de la divina luz de la revelación han adorado al sol, á las plantas, á los animales, ó han personificado y después endiosado las virtudes, que no son más que atributos de Dios, concedidos algunas veces á sus criaturas.

Otros han inventado las más bellas y poéticas ficiones, poblando los bosques de hadas y faunos, los mares de nereidas, los ríos de ninjas, que moran los primeros en verdes pabellones, las últimas en palacios de nácar y cristal.

En nuestros días, en que tanto se debe á la civilización cristiana, que ha dulcificado las costumbres y unido los pueblos con lazos fraternales, que ha inspirado á los sabios sus mejores libros, á los poetas sus más dulces cantares, á los arquitectos sus más grandiosas fábricas y á pintores y escultores sus más sublimes creaciones, hay personas tan obcecadas que pretenden en nuestro país y han conseguido en algún otro privar á los niños de las escuelas de la enseñanza de toda religión positiva, pretendiendo ¡insensatos! que basta hablar á los educandos de la moral universal, de que se debe amar el bien porque es bien, aborrecer el mal porque es mal, y obrar de esta manera y no de la otra *porque sí*.

Alguien dice que la débil y naciente inteligencia de los niños no está en estado de comprender los misterios de la religión, y que se ofuscan y aturden cuando de tales materias se les habla. Con este razonamiento, podríamos cerrar las ventanas de nuestros salones de clase e iluminarlos con gas ó petróleo, privando á las criaturas del puro y brillante resplandor del sol, porque no puede explicárseles la materia de que este astro está formado, ni el modo como se difunde su luz y su calor, ni pueden mirarle fijamente sin deslumbrarse.

Opinamos, muy differentlyente de estos audaces innovadores, que se debe fomentar en los alumnos de uno u otro sexo el sentimiento religioso, base de la moral más pura, y cuando conozcan algo del poder, de la bondad y de la sabiduría de Dios, de que hablan los cielos y la tierra, el bosque y el río, las aves y las flores; no enseñarles á cerrar los ojos para no

ver ni taparse los oídos para no escuchar el himno de la Naturaleza, sino ayudarles á admirar, á sentir, y decirles que aquel Señor de todo cuanto existe conoce á cada niño de por sí, le ama, le espera y se ha dignado revelarnos los medios de que debemos valernos para llegar á él.

Entonces nada más lógico que enseñarles el Catecismo, libro tan fácil de aprender y tan difícil de olvidar, cuando ha sido bien estudiado; tan pequeño en el volumen y tan grande en la idea; libro que cuando se tiene bien comprendido nos aconseja, nos dirige, nos fortalece, nos consuela... No comprendemos, no, como hay en nuestro país quien enseñe la moral sin el auxilio de este libro.

Repugna á la naturaleza humana, por ejemplo, el hacer un favor ó el abrazar con cariño y dar el ósculo de paz al que acaba de ofendernos, y así es que ningún filósofo de la antigüedad lo había prescrito ni enseñado. El agradecer un beneficio y amar al bienhechor, es justo; el perdonar una ofensa y amar al ofensor, es sublime.

Por eso dice Jesucristo: «A vuestros antepasados se dijo: amad á vuestros bienhechores; pero yo os digo: amad á vuestros enemigos, favoreced á los que os aborrecen, rogad á Dios por los que os calumnian y persiguen.»

Y el Catecismo, resumiendo, dice:

«No nos podemos vengar, antes bien hemos de volver bien por mal.»

Una hermosa niña recibe un golpe de un hermano ó de una compañera, é irritada se presenta á la madre ó á la directora del colegio pidiendo justicia.

Es verdad que ha saltado; el castigarle ó no es cuenta mía; pero tú debes perdonarle, dice el superior; y la niña cristiana, que todavía siente el dolor del golpe recibido, sonriendo al través de sus lágrimas, abre sus brazos y recibe en ellos al ofensor.

¿Qué razón hay para exigirle esta sublime abnegación?

Una muy sencilla.

Dios lo quiere, Dios lo ha mandado.

Y aquella niña no quisiera desobedecer á Dios, á quien ama, de quien es amada y de quien todo lo espera.

Un niño pobre, hambriento, pasa por una panadería ó por una frutería y toma algo para satisfacer su necesidad. Le ve el padre ó el maestro, y le dice que ha cometido una mala acción, que ha delinquido.

—Pero si había tanto, que ni siquiera lo notarán! —dice el niño.

—No importa, has obrado mal.

—Ellos son muy ricos, y yo pobre, y tenía hambre. Si yo tuviese tanta fruta, no me incomodaría porque tomase una manzana un pobre niño.

—Si te hubiese visto un guardia municipal, te hubiese puesto preso.

—¿Sí? Pero vamos, no lo ha visto.

—Pero te ha visto alguien que es mucho más que los municipales y la justicia humana: te ha visto Dios, y ya sabes que en uno de los mandamientos de su Ley santa prohíbe el hurtar y no exceptúa á los pobres ni fija el valor de la cosa robada.

Entonces baja el niño la cabeza y se confiesa culpable, porque las leyes humanas tienen mucho de condicionales y no poco de arbitrarias, y solamente la sanción divina hace que se acaten y respeten, sin que se intente burlarlas.

Al paso que la noción de la Divinidad, con su misericordia y su justicia, sus sabios preceptos y amorosos avisos, sus promesas de inefable dicha para los justos y amenazas de castigo para los rebeldes; hablése á los niños del Dios humanado, y aquella historia, la más sublime, tierna y sencilla, los conmo-

verá con sus detalles y los atraerá con los ejemplos de virtud que en ella se admirán.

Aquel Maestro Divino, que reprendía á los que apartaban de él á los niños, y les decía: «Dejad que los pequeñuelos se acerquen á mí.» ¿Cómo no ha ser simpático y querido de la infancia?

¿Cómo conservarán odio y deseo de venganza los muchachos á quienes se cuente que al llegar Judas al huerto de los olivos, y besar á Jesús para entregárselo, éste, que conocía su infame traición, le recibe con el dulce nombre de amigo?

¿Qué cosa más fácil en un Maestro que inspirar ideas de benevolencia á sus alumnos, refiriéndoles las palabras de perdón y clemencia que salen de la boca del Salvador, clavado en la cruz y padeciendo tormentos de muerte?

¿Qué figura más simpática y amable para niños y niñas que la Virgen María, hermosa cuanto modesta, Madre de Dios y esposa de un artesano, descendiente de reyes y no desdeñándose de coser, hilar, lavar los pañales y confeccionar la comida?

¡Mujer encantadora! Admirable en el templo de Salomón y admirable en la casita de Nazaret; admirable al pie de la cruz, y mucho más admirable en el cielo, donde ya no puede seguirla nuestra vista; pero nos la enseña la fe rodeada de celestiales resplandores, coronada de estrellas luminosas, apoyando sus pies en la blanca luna y cercada de ángeles purísimos que deshojan á su paso flores de exquisito perfume, entonan en honor suyo himnos sublimes y se acompañan con liras de marfil y oro.

Aunque el Maestro sea poeta y se deje llevar de su imaginación, no tema exagerar al hablar á los niños de la celestial morada, describiéndola con los colores más espléndidos, para hacerles más lisonjera la esperanza de alcanzarla. Jesucristo, cuando habla de ella á los judíos, la compara á un convite ó unas bo-

das, para manifestar el contento que allí reina, y el rey David, hablando en sentido profético, dice: «Ni el ojo vió, ni el oído escuchó, ni el olfato percibió jamás cosa que á esto pudiese compararse.»

Pues bien; si en el hogar y en la escuela se habla á la infancia de la vida futura, se les recuerda la presencia de Dios continuamente y en todas partes; si se los estimula con el ejemplo de Jesús y su Madre, y los demás personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, dignos de imitación, aunque menos perfectos que el modelo divino, el sentimiento religioso se desarrollará en ella, se robustecerá con los años y será la égida que los defienda del furor de las pasiones, la luz que los guíe en los escollos de la vida, su fortaleza en el infortunio y el móvil, en fin, de todas sus acciones.

CAPÍTULO XIX.

Caridad.

Dijimos en otra ocasión que, así como la filantropía es el amor del hombre al hombre, por ser un individuo de su misma especie, la Caridad es el amor del hombre á su prójimo, por amor de Dios, esto es, por ser hijo de Dios, imagen suya, su obra más perfecta y la que mira con mayor predilección, redimido por la sangre de Jesucristo y destinado á ocupar un lugar en el cielo, y además porque el Señor de todo lo creado nos ha dicho: «Amaos los unos á los otros, como os he amado yo.»

Si miramos en el hombre sus cualidades y los derechos que tiene á que por él nos impongamos sacrificios, encontraremosle tan débil, tan imperfecto, tan inclinado al egosmo y al orgullo, según hemos visto al tratar de los instintos y pasiones, que solamente una acertada educación y un constante ejemplo puede hacer que practique obras de virtud; tan olvidadizo de los favores y dotado de tan buena memoria para recordar los agravios, que frecuentemente hallamos personas de excelente corazón, adornadas de humanitarios y filantrópicos sentimientos, que derraman á manos llenas sus beneficios; pero que, á la vuelta de algunos años, herida su alma por la

ingratitud de sus favorecidos, por la amarga hiel de los desengaños y decepciones, cierra su corazón á la expansión y el cariño, como pliega sus pétalos la sensitiva, y acaba por entregarse á la fría y desconsoladora misantropía.

¡Qué he hecho yo en este mundo! dice el infeliz que tal desencanto ha experimentado. He sembrado beneficios, y he recogido ingratitudes; he hecho cuanto bien he podido, y mis sacrificios no han hallado recompensa en la tierra. La sociedad no merece, por cierto, que se obre tan generosamente con ella; ¡ni lo recompensa, ni lo agradece!

Y tendrá razón.

No hablaría, empero, de esa manera; no se expresaría con tanta amargura, si hubiera obrado á impulsos de la Caridad; porque como no miraría en el favorecido al hombre con sus imperfecciones y miserias, sino al hermano que Dios le manda amar y proteger; como que no buscaría la recompensa en la tierra, porque sabe que Jesús ha dicho que el que hace buenas obras y obtiene por ellas los aplausos del mundo, no tiene derecho á esperar la recompensa en otra vida, puesto que ya ha recibido en esta su galardón; lejos de desanimarse y afligirse con el mal pago que sus favores reciben, lejos de contarlo á los demás para que le ayuden á lamentarse, conformariáse cristiana y filosóficamente con lo que es natural que suceda, con lo que es efecto de la miserable condición humana, compadecería á los ingratos, y tendiendo el manto del perdón y el olvido sobre las faltas ajenas, pondría su esperanza en el Eterno Remunerador, en el que todo lo tiene presente y nada deja sin recompensa.

Preguntad á esos ángeles en forma humana que se llaman *hermanas de la Caridad* y son hermanas de todo el que padece; preguntad á alguna de ellas, cuando valerosa se lanza á los campos de batalla,

sin más coraza para resistir el mortífero plomo que su hábito, sin otro talismán que un pequeño crucifijo; preguntadle si al levantar la cabeza del soldado herido, y apoyarla en su casto seno, y lavar sus heridas pronunciando al propio tiempo en su oído palabras de consuelo, y hablándole de Dios para que muera resignado, espera algo de aquel infeliz que dentro de poco será un cadáver frío ó que, si se salva, no sabrá nunca el nombre de su bienhechora, y os mirará con cándida sorpresa.

Insistid para indagar la causa del interés, del cariño con que cuida á aquel hombre desconocido, y os dirá: «Cumplio con mi deber; si gracias á mis cuidados no muere, conservaré un hijo á sus padres y un soldado á su patria; si muere cristianamente, ganaré un alma para el cielo.»

Ved á su compañera, destinada al asilo de esos infelices niños á quienes su propia madre abandonara, y observad los tesoros de ternura que prodigan á los pequeños seres privados de otro amor, que, no sabiendo lo que significa el dulce nombre de madre, y careciendo del derecho de pronunciarle, le sustituyen con el de *hermana*, y á la hermana llaman en sus cuitas, en sus caídas, en sus enfermedades.

Ved á esa mujer que reúne la pureza de afectos de la virgen, á la abnegación de la madre, ora sentada durante las largas noches de invierno al lado de la cuna de un tierno enfermito, prodigándole toda clase de cuidados, ora rodeada de criaturas enseñándoles con inagotable paciencia.

Decidle qué se propone alcanzar por recompensa de aquellos afanes, y os dirá que sólo aspira á que aquellos infelices sean honrados, instruidos, y sobre todo virtuosos; que ella no necesita ningún galardón en la tierra; que si Dios acepta sus servicios, se los recompensará superabundantemente en otra vida.

Y lo mismo os responderá el misionero, que arro-

tra todo género de peligros y privaciones para ir á llevar á sus hermanos de allende los mares la luz del Evangelio, y el hermano de San Juan de Dios que sirve y cuida con cariñosa solicitud á enfermos incurables, de faz repugnante, miembros raquíticos, tal vez cubiertos de asquerosas llagas; y aquel hombre, quizá robusto, hermoso, bien educado, le llama *hermano mio* y le insta afectuosamente para que se deje limpiar y curar, recibiendo más de una vez insultos y reproches del imbécil ó del enfermo exasperado por sus sufrimientos.

Y os dará una contestación semejante el monje de San Bernardo, que sale precedido de sus inteligentes y leales perros en las oscuras noches de invierno, cuando una terrible nevada cubre el suelo y el frío penetra hasta la médula de los huesos, para sacar de entre la nieve al viajero sepultado en ella, devolverle la vida, si aun es tiempo, y si no darle cristiana sepultura.

¡Oh! la Caridad, la sublime Caridad es la única que puede obrar tales milagros.

No es difícil inclinar á los niños á ejercerla, ya describiéndola el Maestro con toda su belleza y atractivo, ya ponderando su importancia y pintándola como el signo característico, no sólo de los buenos cristianos, sino de las almas elevadas.

San Pablo la describe admirablemente en un bellísimo pasaje, que se puede leer y comentar ante la infancia:

«Aun cuando yo hablara—dice—todas las lenguas de los hombres y aun el lenguaje de los mismos ángeles, si no tuviera caridad, vengo á ser como un metal que suena ó como una campana que retumba. Cuando tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase de una parte á otra los montes, no teniendo caridad,

nada soy. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada. La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora, la caridad no tiene envidia, no obra temeraria ni precipitadamente, no se ensobrecce, no es ambiciosa, no buseca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, complácese, sí, en la verdad.»

Desarróllase en los niños este nobilísimo sentimiento con la lectura de buenos libros, con la relación de ejemplos en que brille la abnegación, el amor al prójimo, en una palabra la caridad; pero todo será inútil si los padres y Maestros no autorizan con sus obras la doctrina que predicen. Si el padre y la madre, en presencia de los hijos, lamentan la ingratitud de un mal amigo y proponen vengarse, ó á lo menos no favorecerle en lo sucesivo, arrepintiéndose de haberlo hecho hasta entonces; si la murmuración es el pasto de sus conversaciones; si el Maestro distingue con su aprecio al hijo del magnate y mira con indiferencia al del pobre bracero, que no tiene con qué compensar las fatigas del educador; si en sus castigos se trasluce el espíritu de venganza, más bien que la corrección paternal; si deja comprender á los alumnos que la sed del luero, y no el deseo de formar hombres útiles para la sociedad y futuros ciudadanos del cielo, es el móvil de sus acciones, entonces si que su voz será como un metal que suena, como dice el Apóstol en el párrafo que hemos citado, y los niños más precoz es instruidos le considerarán como un cómico que lleva estudiada una hermosa relación.

Vean ellos que la caridad inspira las obras y las palabras del Maestro, que para nada tiene en cuenta su medro personal ni la satisfacción de sus pasiones, y les inspirará respeto y deseo de imitarle.

CAPÍTULO XX.

Impiedad.

Las preciosas y salvadoras creencias de que acabamos de tratar, es posible que sufran rudos combates en cuanto los niños, especialmente los varones, abandonen el recinto de la escuela y pasen á continuar sus estudios en otra clase de establecimientos en que, considerando á los jóvenes ya educados, nadie se ocupe de cultivar el sentimiento moral, y si sólo de comunicar los conocimientos que los padres deseen que adquieran.

No menos peligro correrán de flaquear en su seno naciente y en sus convicciones los que pasan á trabajar en un taller ó en una fábrica; porque tanto entre los jóvenes estudiantes como entre los compañeros de trabajo, encontrarán gran número de esos desdichados que, rindiendo culto á una moda ridícula, habiendo mal estudiado y peor comprendido las obras de ciertos filósofos, hacen alarde de no abrigar fe ni creencia religiosa, y se llaman á sí mismos despreocupados.

¡Error gravísimo! ¿Qué mayor ceguedad, qué obcecación más lastimosa que la de ocultar sus convicciones y sentimientos por congraciarse con cuatro tonuelos que se imponen á los demás?

Porque estas convicciones y sentimientos los tienen, no hay que negarlo.

¿Quién es el niño que no ha aprendido á rezar cuando apenas sabia articular las palabras? ¿Quién no ha escuchado de los labios de una tierna madre sencillas oraciones, poéticas leyendas, tradiciones santificadas por la fe de las familias? ¿Cuál no ha robustecido esta fe en la escuela con los consejos del Maestro? Existe, pues, el sentimiento religioso en el alma de esos pobres adolescentes; pero no se quieren singularizar, quieren seguir la moda, se dan vergüenza de confesar lo que creen, lo que saben y lo que esperan, porque se burlarian de ellos y les llamarían *preocupados*, fanáticos, educados á la antigua....

Preciso es prevenir al adolescente, y aun al tierno niño, para salvar el escollo moral que le amenaza. Si desde la escuela ó desde el hogar de la familia, donde existe una atmósfera tibia y agradable, hubiese de salir un débil jovencito, una delicada doncella, á la calle ó al campo, donde el frío viento, la lluvia y el granizo hubiesen de azotar su rostro, la madre ó el Maestro los abrigarían cuidadosamente, teniendo en cuenta lo desprevenido y falto de prudencia que á semejante edad es el individuo; si hubiesen de pasar de la compañía de gente honrada á un camino en donde fuese inminente el riesgo de encontrar ladrones, se lo advertiríamos, para que no se dejase sorprender, y scremos negligentes cuando de peligros morales se trata?

Es, pues, necesario prepararlos para que no pierdan el calor suave y dulcísimo de la caridad, para que no les roben los preciosos tesoros de la fe y la esperanza. Es preciso no ocultarles los riesgos que van á correr, antes manifestárselos con franqueza.

Después de darles una lección de moral cristiana, basada en una explicación del Catecismo ó de la His-

toria Sagrada, se les dice:—Tal vez, cuando salgáis de aquí, encontrareis algún ignorante presumido de sabio, ó acaso satisfecho con su ignorancia, que os diga que estas verdades, que con tanto gusto é interés os inculcamos y con tanta atención vosotros escucháis, no son tales verdades; que los deberes que la religión impone no son más que cosas inventadas para cohibir á los jóvenes y á los niños; pero que los muchachos de talento y despejados se ríen de tales imposiciones. En tal caso ¿qué responderéis vosotros?

Naturalmente que esta pregunta no se dirige á los niños ó niñas de corta edad, ni se da esta voz de alerta hasta que ya el peligro se aproxima; con todo, es fácil que los alumnos respondan:

—No sabriamos qué decir.

Acaso alguno que quiera ser franco dirá:

—Yo ya he oido algo de eso, pero no he hecho caso.

—Has hecho bien—se le dice—pero ¿no has contestado nada?

—¿Qué habría de contestar?

—Cuando tales absurdos escuchéis, preguntad dónde los han aprendido. De seguro que os dirán que otros jóvenes se los han enseñado, que los explicaban en una reunión de personas que ellos creen instruidas ó que lo han hallado en un libro; reunión á que sus padres no los han acompañado, libro que su Maestro no ha puesto en sus manos. Contestad vosotros.—Pues, á mi me han comunicado las verdades que creo, me han impuesto las leyes que acato mis padres y mis Maestros, y estas personas, que son las que más nos aman en el mundo, ¿nos habrian enseñado el error y la preocupación?

Otro dia, después de hablarles de la asombrosa máquina del mundo, de explicarles algunas de las propiedades de los cuerpos, algunos fenómenos, como el de la atracción y el de la repulsión, que son la

base del sistema del universo; después de haberles hecho notar que sólo á un poder y una sabiduría infinita era dable haber dispuesto tan admirable armonía en el universo, puede sorprenderse á los alumnos con esta pregunta:

—¿Y qué diríais si yo os asegurase que hay hombres que se atreven á negar la existencia de ese poder, de esa sabiduría, en una palabra, la existencia de Dios?

—Sólo asegurándolo usted lo creeríamos—dirá quizás alguno—porque parece imposible.

—Estarán locos—añadirá tal vez otro niño.

—Ellos se juzgan muy cuerdos y muy instruidos, y se burlan de los demás que creen en lo que nosotros creemos.

—¿Pues quién dicen que ha hecho todo cuanto existe?

—Dicen que nadie, que se ha hecho solo.

—¿Sabé usted qué pienso señor Maestro?

—Veamos.

—Que dirán eso, pero no lo creerán.

—Tú estás en lo cierto, hijo mío. Muchas personas, cuya fe no es muy sólida, cuyos sentimientos religiosos no están convenientemente arraigados en el alma y fortalecidos con las prácticas piadosas, oyen hablar á gentes que tienen más de necias que de malvadas, las cuales hacen alarde de incredulidad; y en presencia de tales incrédulos, ó que fingirán serlo, el de fe tibia calla, y si le preguntan por sus creencias, se sonroja y las confiesa tímidamente, como si fuesen una afrenta.

Todavía así es objeto de sarcasmo de parte de los que se creen sabios y despreocupados, y otra vez, si á tanto llega su cobardía, por seguir la moda y no ser una nota discordante en aquel concierto de impíos, fingirá abundar en su opinión, aunque luego, en lo íntimo de su conciencia, pida perdón al Señor

poderoso y clemente á quien en público niega, y así se forma una atmósfera falsa y convencional, que afortunadamente dista mucho de ser lo que parece.

Los que niegan á Dios, hijos míos, se llaman ateos; pero dicen los teólogos que esos son ateos solamente en la teoría, puesto que en la práctica no existen, ya que no hay hombre tan ciego e insensato que en el fondo de su alma no reconozca que hay un Sér superior á él, que le colma de favores constantemente, si bien alguna vez le deja sentir el peso de su justicia. Si hubiera entes tan desgraciados, como ellos mismos se singen, que no creyesen en Dios, ¿á quién se volverían cuando el infortunio desgarrase su alma y los dolores físicos torturasen su cuerpo?

Creedlo, queridos míos: el ateísmo es una mentira y esto es una felicidad.

Ved cómo se explica D. Antonio de los Ríos Rosas, uno de los mejores oradores de nuestro siglo, gran político y profundo filósofo: «El que más desobedece los preceptos religiosos, tiene sentimientos cristianos, y en su conducta obedece y sigue el espíritu del Cristianismo; renegando de Dios, lo obedece; renegando de la verdad revelada, la sigue. Si eso no fuera así, la Europa ya estaría disuelta y habría llegado á los últimos límites de la anarquía. Con la indiferencia que la roe, si no fuese cristiana con el sentimiento, aun cuando sea impia con la cabeza, ¿qué sería de nosotros? ¿Qué sería de los pueblos á quienes regimos? ¿Qué sería de la Humanidad?»

—Entonces—dirán los niños—esos hombres no serán tan malos como parecen.

—No tanto para si mismos como quieren parecer; pero serán funestísimos para los demás, por el veneno del mal ejemplo que vierten en torno suyo y contamina muchas veces á cuantos los tratan.

—Nosotros—observarán ellos—no los creeremos, no les haremos caso.

Hareis perfectamente, y mucho más en confesar con sinceridad vuestras creencias; si insisten en sus desaciertos, encogeos de hombros; si se ríen de vosotros, despreciadlos. No disputéis como personas mal educadas, pero no les déis la razón, y huid de ellos como también de otra clase de impíos, de quienes decía San Juan de la Cruz que «mientras con sus palabras confiesen que hay Dios, con sus obras lo niegan; pues ninguna cosa hacen más ni menos creyéndolo, de lo que harian si no lo creyesen».

No sigáis el ejemplo de unos ni de otros; guardad en vuestro corazón el tesoro de vuestras creencias y obrad de acuerdo con ellas; así seréis amados y respetados, no sólo de los que participen de vuestras opiniones y reconozcan vuestro mérito, sino hasta de aquellos que aparenten despreciarlos.

Fortalecidos los niños con tales instrucciones, prevenidos con estos consejos, no es fácil que se dejen sorprender por las máximas disolventes que hoy se propalan, ni que se contaminen con la impiedad de que son víctimas muchos hombres de nuestros días, verdaderamente, y por muchos conceptos, desgraciados.

CAPÍTULO XXI.

Superstición.

Para prevenir á los niños contra las disolventes doctrinas de que hemos hablado en la lección anterior, al mismo tiempo que para que no se preste su conducta á la burla de personas verdaderamente ilustradas, sin impiedad ni fanatismo, así como para que su fe y su religiosidad sean perfectas, libres de las tinieblas de la superstición y la ignorancia, es preciso combatir en ellos aquellas preocupaciones y errores que existen en muchas familias, que acaso las criaturas han mamado con la leche, y combatirlas de frente sin contemplaciones, pero de un modo prudente, para no poner en ridículo á los padres de familia, que generalmente son los que las han inspirado.

Un alumno debe ingresar en la escuela el 1.^o de mes; este dia es martes, y los padres dicen delante de él:

—Esperaremos al 2, porque el 1.^o es dia aciago.

Una niña tiene que empezar una labor costosa y delicada; los materiales están preparados, la alumna arde en deseos de ensayarse en aquel primoroso trabajo; pero su madre le ha mandado que lo demore

porque no le gusta que en viernes se comience ninguna obra.

La Maestra, que no tiene derecho para reprender á los padres, ni aun indirectamente, se encoge de hombros y dice:

—Pues bien, obedezca V. á su madre, querida mía.

El mismo ademán ha hecho el profesor, esperando el miércoles para recibir el nuevo alumno.

Uno y otra, sin embargo, aguardan que llegue la ocasión, y al explicar á los pequeños, por ejemplo, la división de la semana, añadirán estas ó semejantes palabras:

—Los seis días llamados laborables, son exactamente iguales, todos buenos para empezar ó concluir cualquier trabajo; sólo el domingo es el que se diferencia de los demás, debiendo los cristianos consagrarse al descanso y á la oración. Cuanto se diga respecto al martes y al viernes, carece enteramente de fundamento, y porque estoy convencido de ello trato de preveniros contra semejante idea. No me digáis que algunos tienen la costumbre de no emprender en ellos cosa alguna: lo sé y la respeto en quien de antiguo la haya contraído; pero como no tiene razón de ser, quisiera que vosotros no la adquirieseis, porque os podría, cuando mayores, hacer demorar un viaje ó otros asuntos interesantes, poniéndoos además en ridículo á los ojos de las personas instruidas.

Dios no puede reprobar que se trabaje en martes ó viernes, y como es él solo árbitro de los destinos de la Humanidad, no permitirá que tenga un fin funesto lo que dentro de su santa ley y contando con su auxilio se comienza.

Acaso tenga origen la supuesta influencia del martes en la preocupación de los gentiles, que habían consagrado este dia al dios Marte, divinidad que

presidia las guerras, y por consiguiente funesta deidad; en cuanto al viernes, los cristianos recordamos que en semejante dia murió nuestro Redentor; pero si bien este acontecimiento fué terrible y doloroso, no tiene nada de nefasto, antes bien fué el origen de nuestro consuelo y de nuestra esperanza, puesto que sin este sacrificio, previsto y voluntario, por otra parte, la Humanidad no se hubiera reconciliado con su Criador ni hubiese tenido acceso en el reino de los cielos.

«En viernes y martes, ni te cases ni te embarques», dice el refrán vulgar.

Y en apoyo de esto, tal vez habréis oido referir, en una noche de invierno, al amor de la lumbre, un cuento ó sucedido de un viaje comienzado en martes por una embarcación que naufragó á los pocos dias; de un matrimonio celebrado en viernes, uno de cuyos contrayentes tuvo una muerte desgraciada y prematura. Todo esto es muy posible; pero tambien es probable que estos lamentables sucesos hubiesen ocurrido de igual suerte casándose y embarcándose en cualquiera de los cinco dias restantes de la semana; solamente que entonces no habría que echarle la culpa á la mala elección del dia, y nadie se acordaría de semejante cosa.

Con el mismo fin debe procederse respecto á varios otros errores que es menester ir desarraigando de la infancia, para que la generación llamada á suceder á la actual no participe de ellos, y así, en un plazo breve, desaparezca de nuestra sociedad hasta el recuerdo de tales preocupaciones, indignas de un pueblo cristiano e ilustrado.

Tampoco puede ser mas que de origen pagano el considerar de funestísimo agüero el volcarse la sal en la mesa por torpeza de un comensal ó de un criado. Las naciones gentiles acostumbraban tener, ó mejor dicho imaginar, dioses penates que prote-

gian á los pueblos, y dioses lares que prestaban su protección á las familias. A estos últimos, suponiéndolos colocados en la mesa y en sitio preferente, les ponían una copa que solía contener vino, agua, sal, etc., y cuando la copa se volcaba, creían los supersticiosos que era señal de que los dioses ó genios tutelares, á quienes se ofrecía, estaban indignados por alguna falta de la familia, no aceptaban la ofrenda y por ende les retiraban su protección.

No menos infundado es el considerar como funesto presagio el sentarse trece personas á la mesa de un banquete, preocupación que quizá tiene origen en el recuerdo de la Cena Eucarística, como si precisamente en aquella mesa, á la cual se sentaban trece personas, no hubiera tenido lugar la institución del más sublime y glorioso Saeramento, ó como si la prisión, sufrimientos y muerte de Jesús, acontecimientos sucesivos e inmediatos de aquella cena, hubiesen dependido de la circunstancia fortuita del número de comensales y no hubiese sido un hecho anunciado por Dios en el Paraíso, vaticinado por los profetas y aceptado por el mismo Salvador, que se ofreció en holocausto, hecho que se hubiese realizado del mismo modo, si hubiera tenido á bien elegir solamente once apóstoles, en cuyo caso hubieran sido doce alrededor de la mesa.

Familias hay, é individuos, no sólo entre la plebe, sino en otras clases más elevadas y que por su posición podían haber recibido una educación que desvaneciera tantos errores, que se asustan si oyen cantar un gallo á deshora, recordando sin duda el que cantó en el momento en que San Pedro acababa de negar por tercera vez á su Señor y Maestro, conforme el mismo Jesús le había anunciado.

Ni ahora, ni entonces, ni nunca el canto del ave vigilante tiene nada de siniestro, y no fué su sónora voz la que amedrentó al débil apostol, sino su con-

ciencia alarmada con el recuerdo de su falta, predicha por el mismo Señor á quien ofendía, negando su trato y comunicación con él.

El Divino Maestro, en el lenguaje pintoresco y parabólico que tanto place á los orientales, se dignó decir: *antes que eante el gallo me negarás tres veces*, como si dijera, *antes de la media noche*, porque á semejante hora acostumbran cantar los gallos, si antes un ruido cualquiera ó un brusco cambio de temperatura no los despierta. Sin embargo, lo más seguro é infalible es que anuncie con su vibrante voz los primeros albores del día.

Hay, pues, mujeres tan medrosas que se asustan cuando el gallo canta durante una larga velada de invierno, creyendo que anuncia alguna desgracia en la familia, sin considerar que las desgracias alcanzarían á todo el vecindario, pues generalmente cuando una de dichas aves deja oír su voz, le contestan todas las que la oyen, bien así como los centinelas de los fuertes militares responden al *alerta* de sus compañeros.

La que escribe estas líneas ha oido en su infancia á una criada de su casa proponer muy seriamente que matasen un hermoso gallo, que era el adorno y la alegría del gallinero, porque había cantado á las diez de la noche, á lo que contestó la prudente madre de familia:

—Los gallos no son profetas; pero si lo fuesen y anunciasen desgracias, anunciadas quedarían aun cuando sacrificases al inocente animal.

Las fábulas del paganismo; las tradiciones cristianas extraviadas ó adulteradas por la imaginación del pueblo; los cuentos inventados para entretenér al vulgo, y tomados por ciertos y elevados á verdades dignas de crédito por la ignorancia, forman un tejido de invenciones ridículas que mucha parte de la gente de nuestras aldeas, y aun algunos habitantes de

las ciudades, confunden lastimosamente con los dogmas de fe.

Además de lo dicho, hay quien tiene cuidado de dejar consumir las velas que han alumbrado á un cadáver, porque creen que, si se apagan, el resto debe servir indefectiblemente para otro individuo de la familia; hay también persona que cuando se rompe un espejo asegura formalmente que es indicio de algún accidente funesto, y no falta quien al percibir el zumbido de un abejorro se apresura á enterarse del color del insecto, porque está persuadido de que, si es negro, es portador de infiusta nueva, y si de colores, anunciador de alegres sucesos.

A desterrar tan absurdas creencias deben tender nuestros esfuerzos, queridos compañeros, persuadiendo á los niños de que cuanto más pura y viva sea su fe, menos crédito deben dar á tales patrañas.

Sólo Dios penetra los arcanos del porvenir, y ¿se dignaría comunicarlos á los gallos y á los insectos? ¿Castigaría con la muerte al que contrajese en martes el sacramento del matrimonio ó al que apagase la vela que alumbró un difunto, cuando nada de esto ha prohibido en su ley santa, cuyos preceptos están dictados por la más sublime sabiduría, la misericordia y el amor?

Inspiremos, pues, á la niñez el sentimiento religioso, libre del error y la superstición, y sembraremos una semilla destinada á producir abundante y sano fruto.

CAPÍTULO XXII.

Niños autómatas y niños voluntarios.

—Mi niña es un modelo de docilidad—dice una madre de familia.

—¡Ay, señora! dichosa usted; mi chiquitín es un diablillo, que si no se sale con la suya, llora y patalea en términos que no se le puede sufrir—contesta otra.

—¿Y qué hacen ustedes entonces?

—¡Qué hemos de hacer! Darle lo que pide; porque si no sería cosa de berrnar tres horas seguidas.

—¿Por qué no se lo dan ustedes desde luego, si al cabo, después de tomar un berrinche y dar á ustedes un mal rato, ha de lograr su deseo?

—Eso le digo yo á su padre; de modo que en adelante pienso darle gusto á la menor insinuación; porque, si al fin ha de ser, vale más que no crea que se nos impone sino más bien que accedemos porque tal es nuestra voluntad.

—Pues, hija mía, en casa no obramos así: basta que la niña quiera una cosa, para que no se haga.

—¿Y no llora? ¿Y no la pide con insistencia?

—No, señora; porque sabe que sería inútil.

—Dios mío! ¡Qué suerte tienen ustedes!

Ahora bien; ¿qué le parece al lector del modo de

raciocinar de estas madres? ¿Alguna de las dos sabe educar la voluntad de su hijo?

Quien tenga siquiera idea de lo que es educación, no titubeará en contestar negativamente.

Llámense, por lo general, niños voluntariosos los que manifiestan sus deseos de un modo franco y decidido, que se convierte en soberbio e imperioso cuando se ve contrariado. Pero ¿se deduce de esto que los que se encuentran en el caso de la niña que hemos citado carezcan de voluntad? De ninguna manera.

La facultad conocida con este nombre, la facultad de querer ó no querer, es común á todo ser racional. No odian los niños, pero aman más ó menos; unos objetos les agradan y otros les son repulsivos; hacen unas cosas con gusto y otras á regañadientes, como suele decirse.

Cohibid esta voluntad, aherrojadla, y existirá potente, aunque oculta, y llegará dia en que se desborde, como la masa de agua contenida por un dique, la cual, al romperle, inunda el pueblo ó la campiña.

Si al infante desde sus más tiernos años se le priva completamente de libertad; si al pedir alguna cosa se le niega sistemáticamente, diciendo que los niños no deben pedir nada, que basta que lo pidan para que no se les dé, pues sus padres ya saben lo que les conviene y se lo darán sin necesidad de que ellos lo indiquen; si se le obliga á comer lo que le repugna (siempre que no se note en el educando tendencia á la golosina); si constantemente se le avisa y reprende, diciendo:

—Eso no lo hacen los niños bien educados; eso no lo quieren papá y mamá; te castigaré si lo haces.

Entonces el resultado será diferente, según el temperamento y el grado de inteligencia del niño ó niña, pero igualmente funesto.

Cuando las débiles piernecitas del párvulo apenas pueden sostenerle, las madres, aun las más ignorantes, con ese instinto particular de que Dios las ha dotado, los ponen en pie breves momentos; despues, durante más tiempo, algo más tarde, los ensayan en mover los piececitos, hasta que al fin andan por toda la casa, sostenidos y vigilados por ella al principio, solos y sin trabas cuando pueden y saben hacerlo.

Si por temor á una caida los llevasen siempre en brazos, quizá sus piernas débiles y entumecidas llegarian á paralizarse, ó acaso el niño dotado de natural robustez ó agilidad, pero privado de práctica y ejercicio para trasladarse de un lugar á otro, aprovecharia la ocasión cuando estuviese solo y echaria á andar á cuatro pies ó como pudiese, con peligro de darse un golpe ó de arrojarse por un balcón ó por la escalera.

El niño á quien se priva de iniciativa, se convierte en un autómata ó en una máquina. Si su inteligencia no está muy desarrollada y su temperamento tiene algo de linsático, no se tomará la molestia de pensar ni de desear nada, puesto que los demás piensan y quieren por él, y su voluntad será tan débil como las piernas del parvulillo mimado del ejemplo anterior. Pero estas voluntades débiles, estos seres pobres de espíritu, acostumbrados á sufrir imposiciones y á obedecer siempre, cuando les falta la autoridad benéfica y protectora de los padres y Maestros, buscan instintivamente un guía, un apoyo, alguien que les imponga su voluntad y tome por ellos la iniciativa, y Jay de ellos si al entrar en el mundo encuentran amigos viciosos que los arrastren al mal! porque sin fuerza para oponerse, les seguirán dócilmente, aun cuando los lleven al precipicio. Si no tienen quien los subyugue, serán esclavos de sus propias pasiones, pues su débil y nula

voluntad no sabrá vencerlas, y ya sabemos que la mayor valentía, la más señalada victoria es vencérse el hombre á sí mismo.

Otros niños de juicio precoz, imaginación viva y carácter irascible, de temperamento robusto y vigoroso, desean con ardor aquello de que se les priva, tratan de obtenerlo con súplicas, se ponen después furiosos, y si ven que así consiguen su objeto, apelean constantemente á los mismos extremos, porque saben que el resultado es seguro. Estos niños son los llamados voluntariosos. Ahora bien; si los que pueden concederles el paseo, el juguete ó la golosina que pidan, muestran igual obstinación en negarla que ellos en obtenerla, sobre todo si se les castiga para obligarlos á callar, irán perdiendo el hábito de mostrar con violencia sus deseos, porque adquirirán el convencimiento de que luchan con un carácter tan tenaz como el suyo, pero que tiene de su parte la fuerza; también tiene la razón, mas esto no se suele tomar nadie la molestia de demostrarlo á sus subordinados, y menos cuando son niños, que se cree que no lo entenderán. Las rabietas van siendo menos frecuentes, y al fin cesan por completo; el educador se da á sí propio el parabién por la curación moral de su alumno, cuando el mal existe, aunque oculto, y el niño no está curado, porque no está convencido de la injusticia de sus exigencias. Se ha creído hacerle dócil, y se le ha convertido en hipócrita.

Estos pequeños seres, enfrenados por el rigor, suelen tascar el freno con frecuencia, y sin renunciar á la realización de sus deseos, la aplazan; de suerte, que cuando por casualidad deja de vigilárseles se entregan con ardor á la satisfacción de sus caprichos, y cuando son enteramente dueños de sus acciones, su voluntad, coalenida hasta entonces, pero no educada, semejante á un fogoso potro que ha roto las

riendas, se lanzará á toda clase de aventuras sin más ley que la pasión.

Le es fácil á un Maestro conocer cómo ha sido tratado un alumno en el hogar paterno, en lo relativo á esta parte interesante de la educación. Deje á uno en la escuela solo, y mándele estudiar algunas páginas de un libro. Si es verdaderamente dócil, y está convencido de que los pequeños tienen deberes que cumplir por su propio bien y por complacer y obedecer á sus superiores, estudiará seguidamente ó levantando la vista del libro durante breves momentos, y cuando sepa la lección, el que le observe sin ser visto (porque el alumno es necesario que se juzgue solo), le verá cerrar el volumen, apareciendo el placer en su semblante; el de ánimo apocado, leerá un momento, y después dejará el libro y se pondrá á llorar; el verdaderamente voluntarioso, no le abrirá siquiera y se tenderá en un banco ó se entregará á sus habituales travesuras.

En otra ocasión, déjese también solo á cada uno de por sí y sin que se crea vigilado, poniendo antes á su alcance, fingiendo un descuido, dulces, fruta, cromos ó otra cosa que les llame la atención: el primero, cediendo á la curiosidad propia de los pocos años, se acercará, se enterará de lo que hay, pero lo dejará intacto; el segundo mirará de reojo, pero no se atreverá á tocarlo por temor de no poder resistir á la tentación; el tercero se lanzará ávidamente sobre los objetos, comerá algunos ó se los pondrá en el bolsillo, resuelto, si lo notan y es reprendido, á no hacer caso, y si es castigado, á tomar un berrinche de los que acostumbra.

Para enseñar á los niños á usar y no abusar de su albedrio, es necesario que los padres y Maestros les concedan una libertad más aparente que real, no precisamente para cumplir ó no sus deberes, para satisfacer ó no sus caprichos, sino para llenar los

primeros en una ó otra forma, para privarse de los segundos voluntariamente y no por verse materialmente imposibilitados de satisfacerlos.

La pereza es uno de los vicios más frecuentes en la infancia, y hasta en la juventud: si se fomenta, el niño ó la niña se convertirá en un holgazán incorregible, si se combate con la fuerza y con el castigo, si el niño ó la niña se acostumbra á que todos los días se le llame repetidas veces, se le amenace ó castigue para dejar el lecho, no sabrá levantarse sin estos enojosos preliminares; obedecerá por fuerza, y cuando pueda aprovechará la ocasión para entregarse al sueño en las más hermosas horas de la mañana.

Procédase, pues, en este caso con prudencia, haciendo entender al niño ó niña perezosos que el día es para trabajar y para gozar de la vida, y solamente las horas de la noche están destinadas al descanso; que cuando las avesillas del campo abandonan sus nidos, al rayar el alba, y las bestias de los bosques sus madrigueras, sin que nadie les obligue á ello, no ha de ser tan inferior el sér racional á los demás vivientes, que, solamente obedeciendo á una fuerza superior, cumpla con un deber que la Naturaleza impone.

Concédaselles que es dulce gozar por la mañana del suave calor del techo, y que cuesta un poquito de trabajo el dejarle; pero digaseles también que este pequeño sacrificio, si lo es, lo han hecho antes que él las muchas personas que se oyen transitar por la calle, los vendedores que pregonan sus mercancías y el mismo padre, madre, hermano ó criado que diariamente le llama, y por lo regular no una vez sola. Digaseles que no hay victoria sin lucha, ni premio que no suponga algún trabajo ó contrariedad.

Si todas estas reflexiones son inútiles; si después de haber prometido el niño que en adelante se le-

vantará al primer aviso, no lo hace, no es que sea terco y voluntarioso, es al contrario, que en él el vicio de la pereza es más fuerte que su voluntad. Recúrrrase entonces al medio de estimular esta última sin violentos castigos; entre la madre y diga: La niña (por ejemplo) había ofrecido levantarse y no lo hace, indudablemente estará enferma, llevémonos la ropa y dejémosla descansar. Probablemente la supuesta enferma dirá que no lo está, murmurando alguna excusa; háganse los desentendidos, y cierren la puerta de la habitación.

Dormida ó no, pasará un rato tranquila la perezosa; pero cuando oiga que todos los demás están levantados, y más si llega á sus oídos el alegre rumor de los platos y cubiertos, que se produce con motivo del almuerzo, mientras ella empieza á sospechar que van á ponerla á dieta, salta lista de la cama, llega hasta la puerta y pide á grandes gritos su ropa, protestando de su presunta enfermedad; se le hace esperar un rato, y después se le devuelven los vestidos, y se le da un ligero desayuno, participándole que ya no es hora de ir al colegio y que se ha pasado aviso á la directora. Esta le recoge algunos billetes de premio, le impone otro castigo ó simplemente la reprende por haber dado lugar con su desidia á que se la creyese atacada de alguna dolencia, siendo así que Dios le concede el beneficio de la salud.

Esta reprensión podrá dirigirse sin testigos; pero amenazando que si se repite el hecho se alejará su conducta delante de las demás compañeras.

Otro día se echa mano de un nuevo recurso: se deja entrever á los niños la perspectiva de una gira campestre, y se les advierte que el que tenga la costumbre de no madrugar, se quedará en casa. Una mañana se le dice á la perezosa que aquel dia es el destinado para salir al campo; ella no lo cree, y no puede vencer su pereza ó supone que la esperarán,

y se vuelve del otro lado, aguardando que en todo caso volverán á llamarla; pero pasan las horas, y nadie parece; por fin se levanta, y le llama la atención el silencio que reina en la casa; busca á su madre y hermanos, pero no ha quedado en la habitación mas que una criada, con el encargo de acompañarla á misa y hacerle la comida, los demás, viendo que no se levantaba, no han querido esperarla, y han salido como lo habían prometido.

La niña llora; pero conoce que la segunda lección, aunque dura, es merecida.

¡Qué vergüenza experimenta por la noche, cuando sus hermanos le cuentan lo mucho que se han divertido, y le echan en cara que culpa suya es si no ha disfrutado como ellos de la vista del bosque, de las montañas y no ha saboreado una alegre comida que se sirvió debajo de frondosos árboles!

De seguro que este escarmiento será más eficaz que si la hubieran levantado por fuerza, le hubiesen dado algunos golpes y, al fin, la hubiesen llevado á divertirse como á los otros niños dóciles y madrugadores.

Una cosa semejante puede hacerse con un niño que no tenga afición al estudio ni valor para estudiar sin gana. Se le dice que, como nadie puede estudiar por él, aun cuando tuvieran deseo de hacerlo, es necesario que haga un esfuerzo, que se olvide de los amigos y de los juguetes, y con una atención sostenida sobre el asunto de que trata el libro, que es lo que se llama aplicación, se fije en él hasta comprender el párrafo ó párrafos que se le han señalado; que el premio será, por de pronto, una diversión cualquiera para el próximo domingo.

No estudia el muchacho, ó estudia mal; se pregunta al Maestro por sus adelantos durante la última semana, y responde que han sido nulos; entonces ha llegado el caso de que los padres, con inflexible

severidad, le nieguen toda clase de diversión el dia festivo. Que no haya para él paseo, ni teatro, ni circo, ni feria de juguetes; y cuando se queje de esta privación, deben decirle:—Tú lo has querido; nosotros lo sentimos, y más que por ahora por el porvenir; porque esto no es más que un aviso de lo que te sucederá después; ahora ha sido el prudente rigor de un padre, que desea tu bien, el que te ha apartado de esos lugares de solaz y recreo, donde van á descansar los que han cumplido con sus deberes; pero después, como que si no aprendes no llegarás á ser un hombre de carrera, ni un industrial instruido, ni un artesano hábil, la sociedad ilustrada y laboriosa te eliminará de su seno por holgazán e ignorante, y tu propia falta de recursos se opondrá á que disfrutes de las diversiones á que se entregan los que saben proporcionarse una holgada subsistencia. Ratifique el Maestro estas afirmaciones, y si el niño tiene algo de pundonor, serán más eficaces que cualquiera otra clase de castigos.

No se crea, empero aconsejamos que á los niños dóciles, aplicados y que reunan la mejores cualidades se les premie concediéndoles cuanto desean, no. La satisfacción de todos los deseos y de todos los caprichos engendra la saciedad, y cuando llega este caso, nada hay nuevo para el que en edad tan tierna ha poseido lindos trajes, preciosos juguetes y ha saboreado exquisitos manjares, de suerte que lo que á otros niños les causa vivísima alegría, es mirado por ellos con absoluta indiferencia. Además, llegará dia, aun para los hijos de familia opulenta, en que ni el cariño de sus padres ni su fortuna puedan proporcionarles lo que deseen, y jay de ellos cuando experimenten los primeros desengaños de la vida!

Es, pues, de la más alta importancia acostumbrar á al niño á ceñir y limitar sus deseos.

CAPITULO XXIII.

Veracidad y sinceridad.

Las dos cualidades cuyo nombre sirve de epígrafe á este capítulo, suelen confundirse cuando se trata de calificar á una persona, y aun cuando se quieren inculcar ó prescribir á los niños y á los jóvenes, siendo así que en realidad son cosas muy distintas y que pueden existir la una sin la otra.

Ambas son innatas en el sér racional; ambas existen en el alma virgen e ineauta del niño, pues el parvulillo inocente que nada tiene que ocultar ni que temer, no miente nunca. De éstos es de quienes dice el apóstol San Juan, en su magnífico libro del *Apocalipsis*, capítulo 14: «No se halló mentira en su boca, porque están sin mancha ante el trono de Dios.»

No es necesario, pues, enseñar á los niños á no mentir: bastaría no enseñarles á mentir; y aunque alguien se alarme protestando de esta advertencia y diciendo que ningún padre, madre, hermano mayor ni educador alguno puede aconsejar al niño que minta, le diremos que se equivoca, que no podría en razón ó mejor dicho, no debería hacerse, pero se hace.

¿Qué cosa hay más frecuente que cometer una criatura cualquier faltilla, por ejemplo comer alguna cosa

que se haya dejado imprudentemente á su alcance, romper el vasito que se le había dado para beber ó hacer alguna otra cosa todavía más inocente, y decir la niñera, la hermana ó la misma madre: «No lo ha hecho el niño, no; lo ha hecho el perro; ¿verdad, hijo mío, que lo ha hecho el perro?» y aquella criatura, cuyos puros labios no saben aun pronunciar palabras, mienten con el ademán, haciendo signos afirmativos y señalando con el dedito al animal, que sabe él muy bien que no ha hecho semejante cosa.

No se contentan con esto los imprudentes guardianes del chiquitín, sino que suelen añadir:

— Ya le pegaremos al perro.

Y el mismo párvulo hace seña con la mano de castigar ó amenazar al pobre animal; esto, cuando hay á mano perro ó gato, que cuando no, se acusa á un hermanito, ó á cualquier otro niño ó niña, con cuyo inconsiderado sistema, no sólo se destierra de su espíritu la sinceridad y la veracidad, sino que se le inclina á la injusticia y á la calumnia.

Grecen los niños; van á la escuela, y como se les ha enseñado á achacar á los demás las faltas que ellos han cometido, solamente por el egoísmo de no ser castigados, no reparan en disculparse atribuyendo á otro compañero la culpa de haber manchado un libro, volteado un lintero ó estropeado una labor, si es una niña.

No; jamás se les debe aconsejar ni siquiera iniciar la idea de que pueda decirse una cosa por otra; mientras no comprendan el significado de las palabras verdad y mentira, no pronunciarlas siquiera delante de ellos; pero nunca decir nada contrario á lo que ellos han visto ó han oido.

En cuanto empiecen á tener uso de razón, guardarles de la compañía de personas mentirosas, y cuando el mundo, es decir, el trato y la experiencia

les enseñe que se puede decir una cosa y pensar otra, ó relatar un hecho de un modo distinto de como ha sucedido, ó negar la verdad; afean en su presencia semejante proceder, obrar los educadores con el mayor cuidado de no darles este pernicioso ejemplo y decirles que la facultad de hablar nos ha sido concedida por Dios para decir lo que sentimos, lo que pensamos ó lo que hemos visto ú oido; que cuando esto se hace á tiempo y bien (porque no siempre hay necesidad de decirlo todo), hacemos buen uso de este dón de la palabra; cuando se habla de más sin necesidad y sin ser preguntado, se hace un reprehensible abuso; pero cuando se dice lo que no es cierto, es contrariar el objeto que tuvo el Señor al otorgarnos este hermoso privilegio, y si lo que se dice, no siendo cierto, recae en perjuicio de otro atribuyéndole faltas que no ha cometido, entonces la mentira es mucho más grave y pecaminosa, y se llama calumnia.

Alguien aconseja, para que los pequeñuelos no echen mano de la mentira, prometerles que cuando hayan hecho alguna cosa mala y la confiesen sinceramente, no se les castigará; pero esto en absoluto es inaplicable, sobre todo en las escuelas y colegios, y sólo podría llevarse á efecto en las familias, y aun en criaturas cuya conducta fuese poco menos que intachable; lo demás sería alentar el mal comportamiento, ofreciendo la impunidad con la sola condición de confesar la falta.

Si después de confesada se castiga, se falta á lo prometido, se engaña á los niños y se les da un mal ejemplo; si repetida se deja impune, los alumnos llegarán á perder el temor al castigo y dirán con la mayor frescura que han hecho una picardihuela, lo cual los convierte en desvergonzados y procaces.

No, no debe decirse *confiesa todo cuanto hagas, que si no dices mentira ni tratas de ocultar tus faltas, no te castigardán*; lo que debe decirse es:—Obra de tal

manera que no tengas que ocultar nada ni recurrir á la mentira para disimular tus hechos. No hagas nada que no se pueda decir, nada que temas que se sepa, y así podrás decir la verdad cuando te pregunten, sin avergonzarte de tus actos ni merecer por ellos censura ni castigo.

A esto contribuye eficazmente el sentimiento religioso; pues si el niño tiene la convicción de que el Eterno Juez, que ha de premiar ó castigar sus acciones las ve y observa desde el cielo, obrará de un modo tan recto como le permita su infantil criterio y lo imperfecto de la humana naturaleza; considerando aun en medio de sus juegos y travesuras, que si le es posible engañar á sus padres y Maestros, no lo es ocultarse á las miradas de Dios.

Los niños de imaginación muy viva, mienten á veces sin malicia y sin que de sus falsedades resulte daño de tercero, es decir, que se fingen en su mente un suceso en que ellos han representado el principal papel, y lo cuentan con tal profusión de detalles y con tal colorido, que cualquiera cree que dicen verdad. Otras veces el hecho es cierto, pero no han pasado las cosas á gusto del pequeño narrador, y entonces las refiere del modo que debieran haber acontecido ó que le gustaría á él que hubiesen acaecido; pero suele suceder que al presfarle las galas con que su imaginación lo embellece todo, se deje un cabo suelto, ó que una pregunta inesperada le turbe, y se enrede sin saber por dónde salir.

De ninguna manera puede entonces aplaudirse su ingenio; antes asear su proceder, puesto que trata de engañar á sus oyentes, prevaliéndose de su credulidad y del buen concepto en que le tienen los que no dudan de su veracidad. Es preciso decirles que las cosas deben referirse como son en si, ó no referirse; que aunque la verdad no sea tan bella como el cuento que él se ha forjado, aquella es sólida

y firme como una estatua de bronce, y lo otro efímero y falso como una figura de oropel.

A estos embusterillos, inventores de bromas, se les puede contar la fábula del pastor, y decirles que cuando de veras vino el lobo y se le comía las ovejas y corderos, no hacían caso de sus gritos los otros pastores, acostumbrados á que siempre demandaba auxilio sin necesidad; y que una cosa semejante les sucederá á ellos, si llegan á cobrar fama de mentirosos, que aun cuando se arrepientan de haberlo sido, y digan verdad en adelante, siempre tendrán derecho á dudar de sus palabras, no sólo los que hayan sido engañados por él, sino los que sólo por referencia conozcan su afición á mentir.

La clase de criaturas que hemos descrito suele ser sincera, es decir, que si inventa una mentira y se le descubre, el niño se confiesa vencido, se sonroja ó llora; pero no recurre al silencio ni á otra clase de subterfugios para ocultar esta ó otra falta.

Hay, por el contrario, niños y niñas que carecen de sinceridad, lo cual es deplorable en un educando, que no debe tratar de disimular nada ni ocultar cosa alguna á sus padres y Maestros, á fin de que éstos, leyendo en su interior como en un libro abierto, puedan conocer sus defectos y cualidades, para corregir los unos y premiar y fomentar las otras.

No se trata de decir en público (cosa que más arriba hemos aludido): se ha cometido una falta grave (en un colegio de niñas, por ejemplo), han roto una manteleta ó arrancado la flor ó el lazo de un sombrero; la que confiese ser autora del hecho no la castigare, como la castigaría si por otro conducto lo averiguase. Eso jamás.

La directora llamará las niñas de una en una, les afeará su proceder en caso de haberlo hecho, las exhortará á decir la verdad, declarando los móviles que á ello la han impulsado y si ha tenido cómplices ó

no, asegurándole que la ingenuidad atenuará su falta si es ella la culpable, y que el negar la verdad la agravaría, pues Dios, á quien no es posible engañar ni ocultarle cosa alguna, sabe que al otro pecado, escondido á las miradas de los hombres, pero no á sus divinos ojos, se añade el delito de la mentira.

Si la autora de la fechoria es sincera, dirá: «Yo pensaba que no era tan malo como V. dice», ó bien: «Creí que no se descubriría»; pero si no lo es, se encerrará en un impenetrable silencio, ó dará respuestas evasivas, y ni con halagos ni con amenazas se podrá obtener de ella la confesión de su falta.

La sinceridad, que á veces perjudica á los adultos, atendido el estado de la sociedad y dado que frecuentemente se trata con personas de mala fe que explotan el candor de los demás, es encantadora en los niños, pues los que la conservan son como el arroyo que deja ver las limpias piedrecillas sobre que se deslizan sus cristalinas ondas, ó los verdes tallos de la hierba que brota en su seno. Allí penetra sin obstáculos la mirada del educador, y ve los gémenes de la virtud y del vicio.

A estos solamente hay que encargarles que hablen poco, y sobre todo que delante de personas extrañas no hablen mas que cuando se les pregunte, y aun entonces que se concreten á decir lo más preciso; si esto no se les inculca, si se les permite despacharse á su gusto diciendo cuanto piensan, se convierten en lo que llama cierto autor francés *enfants terribles*, y son los que dicen al entrar una visita: «Mamá, qué sea es esa señora», ó bien, cuando hay huéspedes ó invitados: «¿Por qué comemos hoy tantas cosas buenas? ¿Por qué ha sacado V. esos cubiertos ó esa vajilla?

Es necesario reprender esas imprudencias e inculcar bien á los niños que no se debe decir jamás lo

que no es cierto; pero que se puede y se debe callar muchas veces lo que lo es.

Hay personas que son verídicas sin ser sinceras, que estudian cómo pueden ocultar la verdad sin mentir de un modo explícito; pero esto creemos que no debe aconsejarse ni enseñarse á los educandos, porque llegarían á cometer un abuso, siendo los padres y Maestros las primeras víctimas de sus estudiadas mentiras que parecen verdades, ó verdades que ocultan una mentira.

Cuéntase de un santo religioso que, estando en la puerta del convento, vió pasar un hombre azorado, que le dijo precipitadamente:

—Padre mio, la justicia me persigue por una equivocación, y le aseguro á V. que soy inocente; le suplico por amor de Dios que no diga V. que he seguido este camino; y continuó su rápida carrera.

Poco después llegaron los perseguidores, y saludando respetuosamente al fraile, preguntáronle si había pasado un hombre de tales y tales señas.

—Por aquí no ha pasado—dijo gravemente el religioso, y como gozaba merecida fama de santidad, ni un momento dudaron los alguaciles de que el reo había tomado otro camino; por lo tanto, rogándole dispensase si le habían molestado, retrocedieron.

Ahorn bien; ¿había mentido el santo varón?... No por cierto; porque mientras decía *no ha pasado por aquí*, introducía la mano derecha, como por casualidad, en la manga del brazo izquierdo, movimiento muy natural y nada costoso por lo ancho de las mangas de su hábito. Nada más cierto que el presunto reo no había pasado por dentro de la manga; pero este cuento se ha sabido demasiado, y se ha plagiado tanto, que cierta señora muy timorata decía á su doncella, jovencita bien educada y á quien ella había enseñado á no mentir:

—Si viene visita, dirás: *No estás la señora.*

—¿Pero ya V. á salir?—interrogó la muchacha.

—No; pero no tengo gana de recibir visitas.

—Así me ordena V. que mienta.

—No; porque como yo no soy Dios que está en todas partes, puedes pensar en tu interior: no está en este pasillo, ó no está en la iglesia, mientras no digas terminantemente *no está en esta rasa*, no mentirás.

No podemos aprobar este proceder ni aconsejamos que con el ejemplo se muestre á los niños y á los jóvenes, porque con semejantes salvedades ó reservas mentales no es posible distinguir lo verdadero de lo falso. Lo que tiene de más perjudicial la mentira es que con ella se engaña el prójimo; pues si éste queda engañado, ó se le hace concebir una idea ilusoria ó se le da una noticia falsa diciendo verdad, la conciencia del que lo hace no puede quedar tranquila, porque el resultado es igualmente funesto; y solamente en casos de suprema necesidad, y por evitar un mal mayor, es cuando creemos puede echarse mano de este recurso.

CAPÍTULO XXIV.

Paciencia.

Los antiguos habian inventado una diosa que tenia el don precioso de curar todas las enfermedades, de calmar los sufrimientos fisicos, de adormecer los más violentos dolores; así es que la humanidad doliente volvia los ojos hacia esta divinidad consoladora, esperando de su benéfica mano el alivio de todos los males. Llamábase Panacea y suponíanla hija de Esculapio, dios de la Medicina.

Nosotros conocemos la verdadera Panacea, la que, si no cura los males del cuerpo y los del alma, ayuda á soportarlos, los hace suaves y llevaderos, en vez de agravarlos con exageraciones. Esta medicina preciosa, que si no es una divinidad, es hija del cielo, es la virtud de la paciencia, tan necesaria á toda la Humanidad, que dondequiera que pongamos al hombre, en la cabaña ó en el palacio, en el poder ó en la servidumbre, en la sociedad ó en el retiro, no puede prescindir de ella, como lenitivo de las penas y sufrimientos, compañeros inseparables de nuestra misera condición.

¿Necesitan los niños la paciencia?

Indudablemente; porque todo el cariño de los padres, toda su riqueza y su poder, dado caso que

posean estas ventajas, no es capaz de evitarles las molestias de la dentición primero, y después las demás enfermedades y dolores físicos, y las infinitas contrariedades de la vida, que empiezan en la cuna y terminan en el sepulcro.

El parvulillo no es ni puede ser paciente, porque no tiene reflexión; pero es necesario moderar los impetus de su ira con prudencia y calma, y sobre todo con el ejemplo.

Ya se ha dicho el mal resultado de golpear un mueble, por ejemplo, cuando el niño ha tropezado con él, porque es enseñarle á desahogar su ira, á descargar su venganza contra algún objeto, y cuando aquella criatura sea mayor, hará víctima de su cólera á un ser racional, ó no podrá sufrir física ni moralmente sin descargar sus furores sobre algún objeto, rompiendo á veces muebles ó cachivaches, que él propio tenía en grande estima, y, cuanto hay á mano, prorrumpiendo en destemplados gritos, blasfemias y maldiciones.

Los chiquitines lloran por diferentes causas: unas veces su llanto es la expresión del sufrimiento, sea por un dolorcillo que les alarma, sea por un golpe ó caída; otras, no es verdadero llanto, puesto que no vierten lágrimas, y sólo produce su garganta un rumor monótono y pesado que no tiene más objeto que llamar la atención de los mayores para que se ocupen de ellos, y, por último, suele ser la expresión de la cólera porque no se les atiende, porque aquel mismo sufrimiento físico los irrita y exaspera, ó porque les han quitado un objeto ó no les dan lo que se les antoja.

La persona encargada de una criatura nunca debe desatender su llanto, pero tampoco darle á conocer que se apura mucho por él; si tiene alguna necesidad, satisfacerla, si sufre, aplicarle los remedios oportunos con tranquilidad y calma, diciéndole al

mismo tiempo: «Calla, hijo mío, ten paciencia», para que oyendo sonar en sus oídos esta dulce palabra cuando padece, comprenda desde el principio de su vida que la paciencia es la compañera inseparable del dolor, y al mismo tiempo su consuelo.

Si el parvulillo gimotea por vicio y por capricho, hay que decirle: «Ya te oigo, ya, pero no te hago caso; no necesitas nada, y yo no puedo ocuparme de de ti; calla y ten paciencia»; y darle ejemplo de esta virtud, no incomodándose porque él lloriquee, sino reprendiéndole con templanza y esperando á que se cansé y calle, convencido de lo infructuoso de sus imperlinencias.

Ni en este caso, ni mucho menos cuando se entregue á la cólera crispando los puños, hiriendo el suelo con los pies ó revolcándose en la alfombra ó los ladrillos, y aun arañándose la cara (como hacen algunos), jamás pegarle, porque el dolor que se les produce, por leve que sea, los irrita mucho más, y porque ven que la persona á quien toma por modelo se enfurece como él y golpea y hace daño, cosa que también haría él, si su fuerza material fuese suficiente. Acaso sucede que el pequeño, lleno de ira e ignorando el respeto que debe á los superiores, levanta también la mano y golpea, aunque sea á su propia madre; vuelven á pegarle y se traba una lucha que tiene más de aparente que de real, pero inmoral y repugnante á todas luces.

Estas pataletas de los niños deben procurar calmarlas los padres ó educadores, primero con caricias y halagos; si no ceden, reprendiendo suavemente y diciéndoles que si continúan de aquel modo no los querrán ni les darán nada; si son capaces de entenderlo, se les amenaza con que se pondrán enfermos, los tendrán que llevar á la cama y no podrán comer ni jugar, y por último, se les deja abandonados á su impotente cólera, fingiendo no hacer caso; pero pegarles cuan-

do están en tal estado jamás nos ha parecido prudente, aunque lo hemos presenciado más de una vez.

Este ejemplo de calma y moderación debe continuar en la escuela, donde los niños tienen ocasión de empezar á ejercitarse su paciencia, ya venciendo las dificultades que ofrece el estudio, ya permaneciendo sujetos más tiempo del que acostumbraban, ya soportando los defectos de sus compañeros, y las niñas en particular, para aprender y ejecutar las primeras labores, pues cuando han adelantado más, la práctica las hace menos difíciles, y por otra parte los trabajos son más variados y ofrecen más amenidad.

El Maestro grave, reposado y tranquilo, no entusiasmándose con el buen comportamiento de un niño ni irritándose con los defectos de otro, no prodigando elogios exagerados ni dicterios, debe ser el mejor modelo de la paciencia que quiere enseñar á los alumnos.

Una de las ocasiones en que es preciso mostrar esta virtud es en la aplicación de castigos. Muchas veces el profesor es el agraviado, y es también el que tiene que castigar el agravio, y en este caso es preciso tener suma prudencia para que la pena que se aplique no revista á los ojos de los niños carácter de venganza.

Se les ha de hacer comprender que las personas que los educan están tan altas con respecto á ellos, que no pueden ofenderse de sus desobediencias, de sus faltas de respeto, ni aun de sus burlas, si á tanto se atreven, que estas cosas las sienten por los mismos alumnos, que no adelantan en su educación tanto como sería de desechar; pero que lo toman con paciencia, y haciéndose cargo de su falta de reflexión, están dispuestos siempre á perdonar.

El hombre colérico, la mujer cuyos nervios se excitan con facilidad, no son buenos para maestros.

Hemos conocido personas que se enfurecen por

las más pequeñas contrariedades; porque una llave no gira con facilidad en la cerradura, porque no pueden deshacer un nudo, porque se les rompe el hilo cuando cosen ó les cae alguna gota de tinta en el escrito. Estos mismos, si les duelen las muelas ó los callos, ó les molestan los sabañones, maltratan con cualquier pretexto á los individuos de su familia y á los criados, todos los cuales, si el paciente tomará de otra manera sus sufrimientos, sentirían por él compasión, cuando, gracias á su mal carácter, sólo les inspira miedo.

Desde la más tierna edad es preciso corregir estos arrebatos, y el Maestro que se entregase á ellos carecería de autoridad para extirparlos en sus alumnos.

Un niño llora y patea porque le oprime la bota ó el zapato; otro está de mal humor y da un golpe á su vecino porque no acierta con la solución de un problema de Aritmética; una niña se muestra enojada porque ha enredado una madeja; el profesor ó profesora, con inalterable calma, exhorta al primero á tener paciencia, diciéndole que el acostumbrarse á sufrir un poco nos hace agradables á los ojos de Dios, fortalece el cuerpo y el alma y nos prepara á fin de que soportemos mejor los sinsabores que de seguro nos esperan en el decurso de la vida. Al que llevó su rabia hasta el punto de hacer daño á otro, es preciso reprenderle y decirle que no es descargando su cólera sobre su compañero cómo resolverá el problema, sino volviéndole á empezar, para ver si ha olvidado algún dato, ha tomado uno por otro ó ha equivocado la operación; á la de la madeja, que cuanto más se aturda y se enfade dando tirones, rompiendo un cabo y tomando otro, menos la desenredará, y á todos ellos que es necesidad y falta de juicio el irritarse por cosas que no tienen remedio.

En los establecimientos de enseñanza y bajo la

dirección de sabios maestros, que con sus consejos y ejemplo animen á los discípulos, se hace el ensayo de una virtud tan indispensable en esta vida como el alimento que nos nutre y el aire que respiramos.

A ella se deben los adelantos en las ciencias, que sin la constancia en el estudio y los continuos experimentos fuera imposible conseguirlos; la perfección en las artes, que sólo se alcanza con repetidos ensayos y continua práctica; la mujer la necesita para las labores y demás ocupaciones domésticas, tan minuciosas y monótonas algunas de ellas. Sin la paciencia no hay paz en las familias, porque todos los individuos de la especie humana, cuál más cuál menos, tenemos defectos que debemos soportarnos mutuamente; sin ella, las enfermedades se agravan, la pobreza se hace insoportable y la riqueza enojosa por las súplicas e importunidades del que carece de ella; el trabajo se halla penoso y la ociosidad abrumadora. Sin ella, se rompen las amistades, porque el hombre iracundo ni puede inspirar afecto y simpatía ni experimentarlos, y si alguna vez siente amistad, no es duradera, porque no puede sufrir los defectos de su amigo ni tolerar que otro le reconvenga, aunque sea en broma ó cariñosamente.

CAPÍTULO XXV.

Amor al trabajo.

Hemos dicho al tratar de la educación de la voluntad, que los niños suelen ser perezosos, y que les cuesta trabajo dejar por la mañana el lecho, tanto al que duerme en mullido colchón de plumas, como al que descansa en un pobre jergón de paja; pero esto no se opone á que amen la actividad y el movimiento; es tan sólo que desearían prolongar el dulce sueño que hasta aquella hora han disfrutado, porque la necesidad de dormir mucho se impone de un modo imperioso en los primeros años; mas tenemos dos pruebas de que no es que apetecan la quietud y el reposo: es la primera, la repugnancia que tienen muchos á reeogerse temprano, siendo á veces más difícil reducirlos á que se vayan á la cama, especialmente si tienen con quien jugar, que lograr se levanten por la mañana; y la segunda, que en cuanto han conseguido sacudir el sueño y saltar del lecho, sin transición alguna, se entregan al movimiento, de suerte que muchos saltan y brincan hasta en los momentos en que los están vistiendo.

Apénas terminada esta operación, para ellos larga y enojosa como la del lavado y peinado, si hay varios niños en una casa ó tienen ocasión de reunirse con

los del vecindario, se entregan con ardor á juegos ruidosos y turbulentos, y si se les dejara no se acordarian de que hay libros en el mundo, ni de que hay escuelas ni colegios, ni siquiera pensarian en el desayuno, si la necesidad de reparar sus fuerzas con el alimento, no menos imperiosa en aquella edad que la del descanso, no les avisase de un modo más apremiante que las advertencias de la madre ó de las criadas.

En cuanto á las niñas, el instinto de la maternidad, según unos pedagogos, el de la imitación, según otros, las inclina á otros juegos, si menos violentos, no menos activos; pues se reducen á levantar su *hijita*, su muñeca, vestirla (para lo cual suele ser preciso desnudarla primero), lavarla, aunque sea con una toallita enjuta, y arreglar su pequeño ajuar, disponer una comidita, en sus cacharros, con los desperdicios de la comida que pide á las criadas, ó con pedacitos de pan ó de bizcochos, y otros mil quechaceres domésticos; á todo esto, si son dos ó tres, hablarán todas á un tiempo, y si una sola, simulará un diálogo entre madre e hija, ó echará una repulsa á su muñeca, prodigándose las mismas advertencias y consejos que á ella le dirigen sus padres y superiores. Entretanto, lo mismo que sus hermanos, se olvidará de sus libros, de la labor que tiene empezada en el colegio y hasta del desayuno verdad, que se está enfriando.

El educador que observa esta actividad y no la aprovecha, se parece al agricultor que, viendo pasar inmediato á su propiedad un río caudaloso, ó por lo menos un bullicioso arroyo, en vez de sangrarle y dirigir una parte de aquel rico fluido hacia sus tierras, las dejase sin regar y se cruzase de brazos mientras sus plantas se marchitaban y perecían por falta de humedad.

Si, padres de familia; si, profesores de primera

enseñanza, nuestros queridos compañeros, ese movimiento, esa inquietud que nos marea, es el agua bulliciosa del arroyo; ese ruido que nos ensordece es el plácido murmullo del líquido secundante: aprovechemos esa actividad, dirijamos ese movimiento, encauzemos el agua para que sazone y riegue las plantas.

Hágaseles comprender á los niños y á las niñas que entre el juego y el trabajo no hay más diferencia sino que el último está metodizado y produce resultados excelentes, y el primero lleva en si el desorden y el cansancio sin reportar provecho.

Los muchachos que juegan al toro, por ejemplo, experimentan grandísima fatiga corporal, cuando no sufren lesiones más ó menos graves; digase lo mismo de la pelota y otros ejercicios semejantes; si toman gusto al trabajo escolar, se entregarán á él con igual ardor que á los juegos; y no se nos diga que la escritura, el dibujo, etc., son ocupaciones sedentarias, que cansan la vista y la mano, mientras quedan inactivos los demás miembros, y que por eso les causan tales ocupaciones.

El que haya observado á la niñez con atenta mirada, habrá podido notar que, según su carácter y educación, y hasta según el estado, físico y moral, en una misma criatura, unas veces se cansan de todo, tanto de la lectura por ejemplo, como del juego, y así cuando éste es ruidoso y violento, como cuando es sedentario; mientras otros, ó los mismos en ocasiones dadas, no se cansan de nada, llegando hasta la tenacidad y costando gran trabajo, duras reprensiones y acaso algún cachete el arrancar de las manos del niño el mamarracho que está pintando, la cometa que está construyendo, ó de las de la niña el vestido de la muñeca que se empeña en concluir.

El primero dibuja más horas allí que en la escuela, y dice que no está cansado; la segunda pasará

quizá toda la tarde del jueves confeccionando el vestidillo, y á la tarde siguiente coserá ó bordará alguna cosa útil, cambiará dos ó tres veces de ejercicios y todavía le parecerán largas y pesadas las horas de clase.

¿Por qué esto? Porque la pintura del paisaje que había de servir para la cometa ó para cualquier otro juguete, era voluntario, como el coser el vestido de la muñeca, y lo del colegio es impuesto.

Quitesele, pues, el carácter de imposición; demuéstrese á los niños, más con las obras que con las palabras, un día y otro día, y sin que una expansión (en un momento de mal humor) lo desmienta, que sólo su interés nos guía al exigirles que empleen su actividad en el estudio y el trabajo; que esto les reportará bienes sin cuenta, al paso que un Maestro que goza buena reputación ó que se propone adquirirla, no la perderá el uno ni dejará de conseguir su objeto el otro por uno ó varios discípulos desaplicados; que no es la rutina, ni la comodidad de los profesores, ni mucho menos el deseo de mortificiar á los alumnos, lo que hace que haya un tiempo fijo y determinadas horas destinadas á cada asignatura; que esto lo exige el sistema de enseñanza y la distribución del tiempo y trabajo adoptado en el establecimiento, y que cuando ellos hayan adquirido el hábito de estar útilmente ocupados, y se decidan por una carrera, arte ó oficio, podrán dedicar á él más ó menos horas, é interrumpir con más ó menos frecuencia sus tareas, según la índole de las mismas, las exigencias de la demanda ó el estado de salud y robustez del que á ellas se dedique.

Entretanto, aménicense cuanto sea dable las explicaciones orales, que también la elocuencia escolar tiene su mérito y su atractivo, consistiendo aquél principalmente en la sencillez; variense y alternense los ejercicios de diversa índole, y, como hemos dicho

en otra ocasión, procúrese, cuando sea posible, que tenga el establecimiento un gimnasio, ó por lo menos un jardín, donde el ejercicio muscular sustituya á otros en que descansa el cuerpo y funciona la inteligencia; y procúrese que los niños vean que su trabajo no es estéril; los varones ocupándose tan pronto como puedan en la composición y redacción de documentos, resolución de problemas, etc.; las hembras, además de esto, en labores de varias clases, procurando aun en las de utilidad, que siempre deben ser preferidas á las de ornato, que no haya aquella monotonía y rutina que cansan á las que no tienen una constancia á toda prueba, lo cual es muy raro en esa edad.

Si un niño ó niña es indolente, animesele con el ejemplo de otro que no lo sea; no en presencia de aquel que se pone por modelo, pues éste podría engreirse más de lo que conviene á su educación y adelantos; pero no hay duda que el mostrar á un alumno un escrito correcto y esmerado, una libreta de problemas bien planteados y resueltos ó un cuaderno de limpios y bonitos dibujos, hechos por otro de su misma edad y del propio establecimiento, es un estímulo más poderoso que las mejores exhortaciones, lo mismo que el poner ante los ojos de una niña la camisa cosida, el pañuelo bordado, el precioso muestrario de tapicería de la compañera que se sienta á su lado. No se trata, no, de avergonzarlos, ni mucho menos de excitar su envidia, sino, muy al contrario, de decirles que aquel es el resultado de la aplicación y el asiduo trabajo; que hasta allí puede llegar el que ponga de su parte estudio, paciencia y buen deseo, pues si las facultades mentales, el desarrollo intelectual ó la natural habilidad no son iguales, es cuestión de tiempo y nada más.

Las historias están llenas, y los muchos libros que para la infancia se han escrito, abundan en ejemplos

de jóvenes que, de los bancos de las aulas, han pasado á ocupar los puestos más eminentes, ya en el orden sacerdotal, ya en la cátedra, ya en la milicia y hasta en el gobierno del Estado, sin que para esto haya necesidad de que sus padres sean nobles ni posean bienes de fortuna, sino que, perteneciendo á humilde clase y mecidos en pobre cuna, lo deben todo al estudio y al trabajo.

También pueden citarse ejemplos de mujeres laboriosas que han librado á su familia de la ruina y la miseria, ya dedicándose á la noble profesión del magisterio público, ya dando lecciones de labores, música, etc., ya ejerciendo un arte ó oficio; de otras que, criadas en la opulencia y habiendo perdido su fortuna, se han dedicado con la mejor voluntad á coser, bordar y hasta á los quehaceres domésticos, y finalmente, hay infinitas, aunque su propia modestia impide que se puedan citar sus nombres, las cuales hacen verdaderos milagros de economía, logrando que con los escasos rendimientos de pequeñas propiedades ó con el fruto del trabajo de un solo hombre, secundado y ayudado por ellas, viva una familia numerosa con cierto desahogo relativo.

¡Qué bellos modelos para ofrecer á la vista de los educandos de uno ó otro sexo! ¡Cuán útiles reflexiones pueden añadirse al terminar la lectura ó el relato de cada uno de estos pasajes, para santificar el trabajo, fuente de riqueza, escabel para alcanzar honores y panacea para desterrar los vicios!

No queremos, empero, ni podemos terminar este capítulo sin advertir á nuestros compañeros, especialmente á los Maestros noveles, que ninguna de las virtudes que se quieren prescribir á los niños se presta tanto á ser imitada como la laboriosidad, y ninguna tampoco es más fácil que se desautorice en tanto sobre ella se predique, si el que la ensalza no la practica.

Los niños tienen más perspicacia de la que generalmente se les supone; y si el Maestro no da ejemplo de puntualidad en la asistencia á la clase, si anticipa con frecuencia la hora de salida, si aprovecha cualquier pretexto para conceder vacaciones, si mientras ellos escriben ó dibujan se pasea por la clase, departiendo con sus auxiliares ó leyendo un periódico (si no tiene con quién hablar), ó entra á fumar ó á descansar á la habitación inmediata; si la maestra deja para el día siguiente las camisas que hay que cortar ó hilvanar, y recibe visitas en la escuela y les da conversación, ó toma un abanico, los niños y niñas pensarán que el trabajo será una cosa muy digna de elogio, pero que el descanso es más dulce, puesto que sus profesores le prefieren.

El buen Maestro, el que deseé cumplir, no puede estar ocioso en la escuela; pero no basta esto, es necesario que los niños crean que tampoco desea estarlo, que no le arredra la fatiga, que está encariñado con la profesión que ha elegido.

CAPITULO XXVI.

Afición á los placeres.

Cuéntase del célebre fabulista Esopo que, anciano ya y jorobado, por añadidura, pero conservando aquel carácter festivo y aquel humor chistoso que le hacia revestir con formas agradables las más severas lecciones de moral, estaba un día rodeado de muchachos y participando de sus pueriles entretenimientos, tan alegre y jovial como cualquiera de sus compañeros de diversión.

Pasaba cerca de allí un ateniense; paróse un momento á observar el juego del anciano y los niños, y encogiéndose de hombros con un movimiento mezcla de desprecio y compasión, dijo:—¡Ya echochea el infeliz! Y se disponía á continuar su camino, cuando saliendo Esopo de entre los chiquillos que le cercaban, tomó el arco de otro de los circunstantes y se le presentó al ateniense, diciendo:

—¡Oh tú, mortal dichoso, que en tu lozana juventud conservas toda la fuerza y vigor de la inteligencia! ¿Podrás decirme qué significa este arco tal cual está en este momento?

El arco tenía la cuerda floja. Sorprendido el interrogado, miró al frigio y después al arco que le entregaba, le examinó detenidamente y se le devolvió

diciendo que no hallaba nada de particular ni entendía lo que aquello significaba.

—Pues significa—respondió Esopo—que el dueño de este arco, con buen sentido y obedeciendo á la costumbre, ha aflojado la cuerda; cuando necesite cazar ó defenderse de sus enemigos, la pondrá tirante, y si lo estuviese siempre, el arco no podría resistir la tensión y él ó la cuerda estallarían; por eso dejo la cuerda de mi ingenio en esta grata libertad, para que esté dispuesto á servirme cuando le necesite.

Quedó confuso el contrincante de Esopo, y todos los espectadores prorrumpieron en calurosos aplausos.

Ahora bien; si hasta en la edad madura la expansión y el esparcimiento deben alternar con las ocupaciones, ¿cuánto más en la infancia, adolescencia y juventud?

El dolor es inseparable compañero de la vida, y los placeres son la compensación, siquiera sea incompleta, de los dolores. Los primeros, lo mismo que los segundos, pueden ser físicos y morales; claro está que en los de la última clase, por su espiritualidad y pureza, no cabe abuso de ningún género; no así en los primeros, que por esta razón deben limitarse.

La Naturaleza, ó mejor dicho, su Autor Divino, con la bondad que brilla en todos sus actos, dispuso que las funciones más necesarias para la vida fuesen también las más placenteras; así, al satisfacer el hambre y la sed, se experimenta un placer tanto más intenso cuanto más apremiante y viva era la necesidad que se sentía; cuando el sueño y el cansancio nos abrumen, experimentamos un dulce bienestar al reclinarnos en un blando y cómodo lecho, y cuando se han pasado largas horas trabajando en un reducido aposento, causa la más grata impresión el ver de

nuevo el cielo, sentir el calor del sol y respirar el aire del campo,

Querer privar á la infancia de la propensión á la alegría, es querer una primavera sin lozanía ni verdor. Dios, que cubrió los prados de bellísimas flores y pobló los bosques de canoras aves, dió á la infancia risas, y gratas ilusiones á la juventud. El padre ó Maestro que, convertido en filósofo huraño, se fastidia porque se siente falto de apetito, mientras la gente moza come á dos carrillos, en una merienda campestre; el que aquejado por tristes recuerdos ó físicos sufrimientos, se irrita al observar la hilaridad y algazara de los muchachos, ó es un tirano, ó tan flaco de memoria, que no se acuerda de que ha sido niño. Conviene, pues, no negar á la infancia la satisfacción y goce de los placeres, sino limitarlos, manifestarles que pueden convertirse en dolores y enseñarles que hay otra clase de goces verdaderos, flores sin espinas, que ni causan jamás hastío ni pueden originar perjuicio de ningún género.

Para demostrar lo primero, puede decirse á los niños que el que, teniendo apetito y verdadera necesidad de comer, encuentra ocasión de satisfacerse de dulces, pasteles ó fruta (cosas todas muy del gusto de la gente menuda), coma con exceso, experimentará por de pronto un vivo placer; pero éste se convertirá bien pronto en dolor de estómago, náuseas ó aeaso en una enfermedad gástrica que le hará sufrir durante mucho tiempo. Se les dice igualmente que si, saliendo al campo en un día de verano, se sofocan y experimentan sed y calor, y descubriendo un abundante manantial de agua fresca, sacian su sed y después se sientan á la sombra de un árbol, donde el viento de la tarde oreé el sudor que baña sus miembros, encontrarán de inmediato un dulce alivio; pero es fácil que contraigan una pulmonía ó otra grave dolencia.

En apoyo de lo segundo, se les puede decir que en el estudio, en la adquisición de conocimientos útiles, en la resolución de problemas de Aritmética, Algebra ó Geometría; en los experimentos de las ciencias físicas, y además las niñas en la confección de ciertas labores, se encuentra verdadera delicia, un placer intelectual purísimo, que ni inspira hastío ni puede perjudicar al más delicado organismo.

En efecto; ¿no pueden considerar los niños como una grata diversión el producir, por ejemplo, un foco de luz eléctrica e iluminar con él una habitación, á la que previamente habían privado del resplandor del sol? ¿No es un triunfo para uno de ellos resolver un problema numérico ó adivinar un geroglífico?

¿No queda complacidísima una niña cuando ha hecho una rosa ó una pasionaria, que en la delicadeza y suavidad de sus pétalos, en la finura y viveza de sus matices, puede competir con las naturales; al sacar del molde una bellísima pera ó un orondo melocotón, al terminar el decorado de un jarrón ó un plato que ella misma ha modelado?

No todos los niños son capaces de experimentar estas dulces emociones, lo sabemos; pero si en todos se cultiva y se estimula este instinto de inteligencia aguda y delicada, esta laudable emulación de saber lo que otro sabe y llegar adonde llegan los demás, de mil habrá uno que se entregue sin gusto á esta clase de ejercicio y los ejecute forzada y torpemente, como de cada mil hombres hay uno á quien no agrade y complazca la música (1).

(1) Es, en nuestro concepto, utilísimo el ejercitarse á los niños en lo que podríamos llamar *gimnasia intelectual*, esto es, en la solución de charadas, geroglíficos, logogramas, fuga de consonantes, etc., escogiendo á este fin pensamientos ó temas sencillos, á la par que morales y educativos. Lo consideraremos como un medio de fijar la atención de la niñez y de instruir deleitando; pero en nuestro país cuantas publicaciones dedicadas á la niñez, que por este y otros

Otro orden de placeres, el más elevado, es el de los goces morales. En cuanto el niño tiene uso de razón y empiezan á desarrollarse sus instintos afectivos, comprendo vagamente que hay algo que no es comer, beber ni jugar, y que, sin embargo, es bueno.

¿Qué criatura que haya pasado el día privada de la compañía de su madre, si se verifica la llegada de ésta al ponerse á cenar el manjar más de su gusto, no dejará plato y cuchara al oír su voz, y volará al encuentro de la madre para colmarla de caricias?

¿Qué niña de nuestras escuelas, mayor de cinco ó seis años, que tenga su padre ausente de la patria, si le preguntamos qué preferiría al llegar á su casa, si encontrar una fuente de pasteles, yemas y merengues para merendar á su sabor, ó hallar al padre que le salía al encuentro, no optaría por lo segundo?

Dirán acaso los niños á quienes se hable de esta clase de placeres, que estos no puede uno proporcionárselos cuando quiere; les diremos que tienen razón, que la felicidad, las alegrías no son muy frecuentes en la vida, pero que contribuyendo á la dicha y al bien de los demás, ó aliviando sus males, también se goza; y que la niña que se priva de una golosina para que con su importe compren sus padres pan y lo den á otros niños hambrientos; la que, acompañada de su mamá, va á llevar sus vestiditos usados á otra niña, que no tiene con qué cubrir su desnudez; la que, en lugar de comprar un juguete, lleva lo que éste importaría á una vecina enferma y desvalida, y recibe en cambio sus bendiciones, viendo correr sus lágrimas de gozo y gratitud, experi-

medios hubieran contribuido á su educación. han visto la luz, han alcanzado tan escaso éxito, que á pesar de los louables esfuerzos de redactores y editores, no han podido sostenerse, mientras en la vecina república y en otras naciones periódicos de índole semejante cuentan largos años de próspera y floreciente vida.

menta un placer moral, un bienestar, una alegría inefable; y por este estilo los proporcionan siempre las buenas obras y el cumplimiento de nuestros deberes.

En cuanto á diversiones, es bueno que los niños no tengan noticia mas que de aquellas que conviene disfruten, ó si la tienen, que sea solamente de oídas. Lo que no se conoce no se desca.

Hemos visto con frecuencia, tanto en Madrid como en Barcelona, invadidos los cafés por un enjambre de criaturas de corta edad, que juegotean por entre las mesas, á veces muy lejos de los autores de sns días, que ni siquiera los ven, entretenidos el uno en hablar de política y la otra de modas y otras frivolidades, y nos hemos dicho:—Pues señor, ¿no estarian mejor estos angelitos en la cama?

En efecto; que se reunan los niños á la luz del dia y al aire libre; que jueguen en la plaza de Oriente, de Madrid ó en la plaza Real, de Barcelona, siempre vigilados por los padres, ayos ó criadas, santo y bueno; pero en el café, donde la atmósfera está viciadísima por las emanaciones de la respiración, de la combustión y del penetrante olor de las bebidas alcohólicas, donde el suelo no está tan limpio que no sea fácil un resbalón y la consiguiente caída, ni las conversaciones son todas tales que las puedan oír ellos sin peligro de su candorosa inocéncia, de ninguna manera.

Ya que en nuestro país hay hombres que no van á la iglesia con la frecuencia debida, los hay que nunca frecuentan los públicos paseos; pero no hay uno solo que no vaya al café ó al casino, ya que en estos centros pasan la mayor parte de ellos más horas de las que debieran y algunos más que en su casa, y esto tanto los de la aristocracia, como los de la clase media y la proletaria; la mujer, por lo común más dócil, y siempre más obligada al cuidado

de sus hijos, vaya enhorabuena al café, si tal es su gusto y tiene con quién dejar los niños en casa; mas si no tiene á quien encargar su custodia, quédese con ellos.

Los juegos en que se corre, se canta á coro, etc., los bailes infantiles (no hablamos de esas reuniones en que, con la excusa de los niños, se reúnen los que no lo son á las altas horas de la noche, y reina el lujo é impera la etiqueta) los juegos de prendas y otros que contribuyen al desarrollo intelectual, tanto como al físico, nos parecen diversiones aceptables, lo mismo que escuchar cuentos que tengan un fondo moral y una forma amena, y no sean absurdos ni inveterosímiles. También es recomendable la costumbre que existe en muchos establecimientos de educación, de hacer representar á los niños dramas ó comedias infantiles, convirtiendo en actores á los de más imaginación y mejor memoria, y en espectadores á los demás.

Don Gabriel Fernández, de grato recuerdo, profesor de las escuelas públicas de Madrid, fallecido hace algunos años, dejó una pequeña galería dramática infantil, recomendable por su exquisita moralidad, su sencillez y belleza. Otros autores han seguido sus huellas, y los señores Bastinos han reunido una verdadera colección de obras de este género.

Pero tanto como aplaudimos esta culta distracción, que puede inclinar á los pequeños al cumplimiento del deber y á que admiren las acciones heroicas, censuramos la costumbre de llevarlos diariamente, ó con mucha frecuencia, á los públicos espectáculos, tanto ó más nociva que la de hacerlos pasar la noche en el café. La atmósfera no es más pura en el teatro, y los dramas ó tragedias, suponiendo que no sean inmorales (que es bastante suponer), causan terrible impresión en el ánimo de las criaturas, que sin saber por qué ni cómo ven como

matan á un hombre ó se suicida una mujer. Las zarzuelas absurdas y sin argumento que hoy están en boga, cuyo único mérito consiste en las decoraciones (que ellos no entienden), y las piececitas festivas, nada les enseñan, y gracias todavía que no les enseñen cosas que no deberían saber; los bailes son lúbricos por lo general, y en resumen creemos que se debe ser muy sobrio en hacer asistir á los educandos á las funciones teatrales.

Repetimos que lo que no se conoce no se desea, y que la niñez no es exigente en el género de sus diversiones. Como es nueva en la vida todo es también nuevo para ella, y un paseo al aire libre, una frugal merienda, que se come alegramente hallándose sentados sobre la yerba, tiene para ellos más atractivo que una función de gala en el teatro Real ó en el Liceo; y si el sitio no es ameno, si las perspectivas no son encantadoras, no importa; ellos tienen la amenidad y el encanto en su mente y en su corazón. Sus pocos años, su inexperiencia de los males de la vida es el prisma de bellísimos colores que todo lo alegra y hermosea. Dejadlos que jueguen en la estrecha callejuela de una aldea, y reirán y chillarán con cualquier pretexto, con el de una sabandija que corre por la pared ó de un perro que cojea.

El hacer participes á los niños de los espectáculos y demás diversiones propias de la edad adulta, incluso la lectura de novelas, engendra la saciedad, y después nada les place, nada les recrea, siendo causa de que veamos frecuentemente en nuestras calles y paseos un *René* de quince años, cuyos rasgos de sisonomía revelan el cansancio y el desaliento.

Faltan hablar de los juegos de naipes y otros parecidos. La lotería, la aduana, etc., juegos en que á veces se entretienen las familias, permitiendo tomar parte en ellos á los niños, tienen la ventaja, lo mismo que los de *treinta y una* y otros de cartas, de

que se acostumbren á contar y á discurrir al mismo tiempo (suponiendo cultura y buena educación en los mayores), de que adquieran la costumbre de jugar con desinterés finura y galantería; ¡mas ay! el inconveniente que á esto se opone, es tan grave, que supera á las citadas ventajas.

¡Desgraciado el joven que habiendo empezado á jugar por pasatiempo se aficiona al juego, afición que con el tiempo convierte en pasión, en vicio lo que era entretenimiento! Descuidará sus obligaciones, perderá un tiempo precioso y quiera Dios que no sacrifique en aras de esta pasión tiránica, la fortuna de su familia y, lo que es peor aún, su fama de honradez y probidad!

CAPÍTULO XXVII.

Imaginación.

Aun cuando se ha convenido en considerar esta facultad como una de las de la inteligencia, la Pedagogía moderna le reconoce tanta afinidad y relación tan estrecha con la sensibilidad, que se puede decir tiene más de afectiva que de intelectual (1).

En efecto; el individuo que siente con mayor vehemencia, tiene mayor fuerza imaginativa: generalmente la mujer más que el hombre; en un mismo sexo, el joven más que el anciano, y en un mismo individuo, la imaginación está excitadísima, funciona y levanta su vuelo á incomprendible altura cuando le embarga un vivo sentimiento de dolor, de alegría, de temor, de esperanza, de amor, de odio ó alguno

(1) Entre las más respetables autoridades contemporáneas de nuestro país nos ha parecido notar alguna contradicción en la materia, pues mientras el cyndito D. Pedro de Alcántara García habla de la fantasía ó imaginación (en su *Teoría y práctica de la Enseñanza*, tomo III, página 349) como de una facultad puramente intelectual, hemos oído afirmar al no menos eminentísimo pedagogo D. Matías Salleras que considera dicha facultad como un eslabón que une la pura afectiva ó sensible del ser humano con la intelectual ó pensadora, siendo difícil marcar la línea divisoria entre la sensibilidad y la imaginación.

de tantos otros como se enseñorean del corazón humano.

La madre que acaba de perder al hijo idolatrado, al paso que siente su corazón desgarrado, se imagina el mundo como un vasto desierto; cuando, si la imaginación fuera una facultad intelectiva, que no se afectara por la pena que le ocasiona la cruel pérdida sufrida, le presentaría el universo poblado de seres, su casa con otros hijos ó esperanza de tenerlos, y á semejanza del juicio y la reflexión que no se exaltan ni ofuscan con la lugubre imagen de un negro porvenir, le diría que tal vez aquel hijo hubiera sido un desgraciado ó acaso un criminal, y la muerte le ha librado de la desdicha ó la deshonra.

El amante feliz, que está próximo á realizar su unión con la mujer que adora, mientras siente su corazón inundado de gozo se finge un porvenir espléndido y risueño, un horizonte sin la más tenue nube, una vida sembrada de flores, de perfumes y placeres purísimos; y es que la imaginación, tomando parte en la alegría que inunda su sér, ha vestido la futura existencia de los cónyuges con las ricas galas de que siempre dispone, cuando la fría razón le diría que para los amantes, como para los esposos, juntos ó separados, la existencia tiene flores entre abrojos, días tranquilos y días azarosos, horas alegres y horas de amargura.

Considerando, pues, esta facultad como participante del sentimiento, en el cual se inspira, y de la inteligencia, á la cual ilustra y enriquece con su magia y galanura, no podemos menos de consagrarn en este libro algunas páginas á su educación; y por considerar que una de las principales diferencias que existen entre el hombre y la mujer consiste en la mayor influencia que en ésta ejerce la fantasía, pensamos ocuparnos separadamente del cultivo de

esta preciosa facultad en cada sexo, dedicando los últimos capítulos á tan interesante materia, ya que en la educación y dirección de los sentimientos propiamente dichos hemos prescindido de la mayor delicadeza con que siente la mujer, y por consiguiente la niña, y la mayor fuerza y energía con que se revelan en los muchachos, hombres futuros, ciertos instintos y pasiones.

La ilustración de nuestros compañeros y compañeras, el estudio y las observaciones diarias suplirán la deficiencia de nuestros ligeros apuntes, tanto en la materia que nos ocupa como en las demás. Aprovecharemos, sin embargo, las páginas que nos resta escribir en este tratadito, para manifestar cómo se puede y se debe educar la imaginación en cada sexo y en cada grupo de sus individuos; en cuáles es preciso estimularla, impulsarla, avivarla, y en cuáles conviene detener su vuelo.

CAPÍTULO XXVIII.

Cultivo de la imaginación en los niños.

No es difícil para un Maestro algo experimentado distinguir cuáles de entre sus alumnos están dotados de una imaginación activa y cuáles no, y conocer el partido que puede sacar de esta facultad en los primeros, y los medios que debe emplear para desarrollarla en los segundos.

Los muchachos de temperamento nervioso, los que por su falta de salud ó desarrollo físico han recibido una educación afeminada, tienen generalmente más desarrollada esta facultad (siempre en proporción de sus años) que el juicio, la memoria, etc., y los signos exteriores de esta clase de individuos son miradas vagas y distracciones frecuentes, síntomas que muchas veces perseveran hasta en la edad adulta.

Don Luis Roca Florejachs, esclarecido poeta, gloria de la bella literatura catalana, caía frecuentemente en distracción tan profunda, que se hablaba en su presencia de cualquier asunto interesante sin que diera señales de entenderlo, permaneciendo con la vista fija en un punto cualquiera, en donde nada veía seguramente, hasta que su esposa ó sus amigos le tocábamos ó pronunciábamos su nombre en voz

alta, como si se tratase de despertar á una persona dormida; y entonces experimentaba un movimiento nervioso, un verdadero sacudimiento, y volvía su apacible rostro, fijando en el interlocutor una mirada inteligente y animada, como pidiendo indulgencia por su distracción.

La muerte arrebató á nuestro malogrado amigo en edad harto prematura, tal vez abrasado por la llama de su fantasía, como estalla una vasija de cristal cuando contiene un gas violeutamente comprimido.

Cuando no se manifiestan de un modo tan ostensible los efectos de la imaginación, ésta existe sin duda, pero no exaltada ni enfermiza; se revela su influencia en los niños en sus juegos ingeniosos, en sus conversaciones vivas y animadas, y en su afición á escuchar y referir cuentos. Si escriben, prefieren los ejercicios de redacción á la copia ó á la escritura al dictado; si se les entrega una pizarrilla ó están delante de un encerado para escribir cantidades (á las que suelen ser poco aficionados), al menor descuido del Maestro ó instructor dibujarán con el pizarrín ó el clarión una casa, un pájaro, un árbol, un carro con su caballo ó una locomotora con humo y todo. Suele salir un mamarracho, pero ellos ven ó creen ver lo que han pretendido pintar; cuando esto suceda, es tan contraproducente aplaudir al alumno, como reprenderle ásperamente, puesto que si el hecho en sí no es censurable, lo es la falta de obediencia y el desorden que se introduce en una escuela cuando, en vez de dedicarse todos al trabajo que se les encarga, se entretienen á su capricho en cosas que no pertenecen á la enseñanza que se da en el establecimiento, ó que corresponden á otra edad ó constituyen diferente asignatura.

El decirle al pequeño pintor que aquello es muy bonito, que se ve que tiene afición al dibujo y la pintura, ó aun cuando no sea mas que sonreírse ó

hacerlo notar á otra persona dando muestras de aprobación, mientras se cree que el interesado no lo observa, es fomentar su desobediencia; pero prohibirle en absoluto y para siempre el dar rienda á sus aficiones, es desanimarle si el niño es tímido y dócil, y excitarle á la rebelión si es algo discolo; porque en todas las edades, y particularmente en la niñez, nada como la privación aumenta el deseo.

—¿Qué es eso?—pregunta el profesor al que ha dibujado un barco que más bien parece una cesta.

—No me acordaba de las cantidades que han dictado, y por no estar sin hacer nada he pintado esto...

—Pero bien, ¿qué es eso?

—Dice que es un barco—dirá otro niño.

—Pues no lo parece—responderá el Maestro.—¿Y cómo ha de parecerse á un barco, si no tiene usted, niño, ninguna noción de dibujo? ¿Recuerda usted cómo son los barcos?

—Sí, señor, como si lo estuviera viendo.

—¿Y se parecen á esto?

—No mucho.

—Ni mucho ni poco.

—No lo he sabido hacer mejor.

—Ni tampoco es necesario, porque ahora estamos en clase de Aritmética... Si no ha entendido usted el problema que se ha dictado, copie el de otro compañero y resuélvale como pueda, que si recuerda usted lo que se le ha enseñado, esto lo puede hacer tan bien como cualquiera otro; pues al decir que cuatro y cuatro son ocho, el mejor matemático del mundo no osará contradecirle. Más adelante, si tiene usted afición al dibujo ó á la pintura, aprenderá; pero entretenerse en eso sin maestro y sin modelo, es perder tiempo.

Esta llamada al orden y á la realidad de la vida, le recordará su deber de alumno dócil y aplicado, sin cortar los vuelos á su imaginación.

Sucederá otro dia que, al decir á los alumnos que escriban una frase para analizarla, los de imaginación casi nula escribirán una vulgaridad relativa á lo que pasa en la escuela, á las cualidades, uso y distribución de los enseres y objetos que los rodean; los que quieran remontarse un poco más y desconsullen de sus conocimientos, la copiarán de un libro, mientras los de brillante imaginación redactarán una frase bonita, en la que regularmente habrá flores fragantes, arroyuelos que murmuran, y acaso no faltará la pálida luna y las lucentes estrellas; pero en cambio faltará el complemento directo de una oración ó habrá que ir á buscar el atributo de otra cinco ó seis líneas más abajo de la en que está colocado el sujeto.

A los primeros se les dirá que ya que sus ojos no ven más allá de las paredes del establecimiento, podían haber recurrido á su memoria, que seguramente les hubiera presentado, si no oraciones ya hechas, ideas con que poder formarlas; á los que han copiado los párrafos de un libro, se les dirá que ningún mérito hay en ello, y que han manifestado pobreza de ingenio y de imaginación no discurriendo nada de lo mucho que sucede en el mundo ó que puede suceder, y á los que han atendido más á la belleza de las palabras que á su colocación, prodigando, por ejemplo, adjetivos que dificultan la comprensión, se les dice:

— ¿Qué ha escrito V. aquí?

— Ya lo leeré yo, señor Maestro.

— Yo también lo leo, pero no entiendo bien la idea.

— Mire V., he querido decir esto ó aquello.

— ¡Ah! ya. *Lo ha querido V. decir*, pero no lo ha dicho, y ha de saber V., niño, que las gentes cuando leen ó oyen hablar, ni todas saben, ni siempre están de humor de adivinar geroglíficos, y gustan de que se les hable claro, para que puedan entenderlo sin

dificultad. Los adornos, las galas que embellecen el lenguaje, son cosas accesorias; lo indispensable es la claridad.

Si hubiere uno, entre tantos, que redactase una frase inventada por él, en que á la corrección del lenguaje que denotase la rectitud del juicio, se uniese la galanura con que le embellece la imaginación, á este alumno se le aplaudiría prudentemente, y su trabajo se propundría por modelo á los demás; pero esto sucede raras veces en las escuelas de primera enseñanza.

Hemos citado este ejercicio porque es uno de los más á propósito para poner á prueba las facultades intelectuales de los niños; pues aquel en que impera la memoria, escribe lo que ha aprendido; si el juicio se impone, traslada al papel lo que ve y oye, lo que observa; si la imaginación domina en el alumno, inventa, crea, y si es una nulidad, coge un libro y copia como hemos dicho.

Estas observaciones facilitan en gran parte la tarea del Maestro, pues sabe á qué atenerse para cultivar y estimular aquellas de que carezca el alumno ó que se insinúen menos en él, y si se trata de la que es objeto de este capítulo, contenerla cuando sea necesario.

En efecto; si bien á los muchachos no puede perjudicarles tanto como á las niñas el excesivo desarrollo de esta facultad, hay individuos en quienes, en vez de un acicate que la despierte, conviene emplear un freno que la sujete; y á éstos es á los que, según hemos indicado, precisa ponerles el contrapeso del juicio, de la reflexión y ejercitártlos en las ciencias exactas, cuyo cálculo frío y rigurosamente exacto, no da lugar á ninguna clase de exageraciones.

Dícese generalmente que el poeta nace, y lo mismo podría decirse del músico, el pintor y el escultor, es decir, el genio es el que nace, ó mejor dicho, se en-

carna en el hombre; y así el que está destinado para brillar en el cielo del arte, tiene un modo de sentir y de pensar especial, lo cual es causa de que desde su niñez presente ciertas particularidades, ciertos rasgos de carácter que le hacen acreedor al dictado de excéntrico. El padre ó el Maestro á quien toque en suerte educar uno de estos seres privilegiados, debe emplear todavía mayor cuidado en su enseñanza; si posible fuese, no deberían abandonar nunca su tutela, porque esos genios, esos grandes hombres, son generalmente niños grandes toda su vida, y no suelen brillar por su juicio ni por su ejemplar conducta. No citamos nombres, ni queremos agraviar á nadie, pero recórrase la Historia, y se verá que los grandes artistas no han sido por lo regular malos para los demás, han tenido un corazón tierno y compasivo, pero no han sido buenos para sí mismos y han sucumbido á los extravíos de la imaginación ó al choque de las pasiones.

Por el contrario, los hombres de imaginación casi nula, ni son buenos para cultivar las bellas artes, ni las artes decorativas, ni aun en las mecánicas podrán brillar y distinguirse, contentándose con copiar servilmente los modelos que se les presenten. Si se dedican al foro, á la política, al periodismo, etc., sus discursos y sus escritos serán fríos e incoloros, su conversación carecerá de atractivo; hasta la parte material de la escritura, por más que sea correcta, no tendrá la belleza de que es susceptible, ni en la lectura oral podrá interpretar debidamente las obras dictadas por la imaginación y el sentimiento.

Ni aun al hombre que tiene que pasar largas horas inclinado sobre la dura tierra, perjudicará el desarrollo moderado de la facultad de que nos ocupamos; antes le hará grato, ó al menos llevadero, su trabajo, pues mientras cava ó mientras ara y el sudor baña sus miembros, se distraerá entonando algún aire de

su país, al que ajustará la letra de una de esas canciones populares, ora intencionadas y epigramáticas, ora llenas de melancolia y de ternura, siempre bellas e ingeniosas; ó dejará volar su fantasía, que le representará aquellos campos cubiertos de una verde alfombra, y más tarde de doradas espigas, cuyo peso dobla los endeble tallos y cuya madurez reclama la hoz del segador.

Si la suerte le llama al servicio de las armas, los propios placenteros cantares distraerán lo largo y penoso de las jornadas, y cuando, en noche lóbrega y tempestuosa, se halle de centinela, olvidará su soledad y las molestias de su situación, trasladando su mente al pueblo que le vió nacer y al día en que, terminado el tiempo del servicio, regresará á su hogar; se verá estrechado por los brazos de su padre, sentirá en sus mejillas el calor de los besos de su madre, mientras, ruborizada y conmovida, le tiende la mano la tierna doncella con quien poco después se unirá con el santo lazo del matrimonio.

Acaso un pedrisco aniquele el sembrado del labrador y un balazo destruya las esperanzas del soldado; pero entre tanto, el uno no ha sentido el cansancio de su penoso ejercicio, y el otro, velando en la muralla, ha pasado uno de los más deliciosos ratos de su existencia, arrullado por los mágicos eusueños de la esperanza, porque, como dice el malogrado poeta D. Enrique Gil,

«Jamás la vida
igualó los placeres del soñar.»

CAPÍTULO XXIX.

Cultivo de la imaginación en las niñas.

Es indudable que en la generalidad de las mujeres el corazón domina á la cabeza, que es precisamente lo contrario de lo que sucede con los hombres; muchos filósofos, especialmente los antiguos, atribuyen este hecho al temperamento especial del sexo débil, á su modo de ser, mientras otros lo juzgan hijo de la diversa educación que recibe.

Nuestra experiencia nos ha enseñado una verdad, que casi nos atreveríamos á sentar como inconcusa. á saber:

Que en absoluto no tienen razón los que sostienen ninguno de los dos extremos, y que hasta cierto punto la tienen unos y otros.

Que la mujer, más nerviosa, más delicada, más débil por temperamento que su compañero, tiene que ser más accesible á las impresiones morales, más susceptible de experimentar los sentimientos de placer y dolor, es evidente; que su imaginación, que, como hemos dicho en el capítulo anterior, se exalta y alucina con la fuerza del sentimiento, ha de estar más frecuentemente excitada, es lógico también; pero que la educación y enseñanza que se le da contribuye á producir este resultado, es innegable.

Dos hermanos de diferente sexo, de igual temperamento y dotados ambos de exuberante imaginación, pertenecen á una familia de escasos recursos. Al varón, ya lo hemos dicho, se le exhorta á que aprenda previamente lo indispensable, y se le hace concebir la esperanza de que más tarde cultivará las bellas artes, para las que manifiesta disposición; y en efecto, como tiene que dedicarse á un oficio, arte ó carrera para ganarse la vida, ó sus padres hacen un esfuerzo supremo, ó no falta una corporación, un protector ó varios que le costeen maestros, modelos, libros, etc., para que llegue á ser un pintor, un músico ó un escritor notable; mientras la niña de fijo, si está en una población pequeña, y probablemente si habita en una ciudad, aprenderá solamente las materias que comprende la primera enseñanza, y no se dará más desalogo á su fantasía que el de lucir sus facultades en la confección de una labor ó en los matices de un bordado, y gracias que la fortuna de sus padres le permita este lujo, pues acaso se tendrá que contentar con coser y remendar las prendas de primera necesidad para sí y su familia.

Su imaginación quisiera levantar el vuelo, y ora se extasia con los acordes de la música, ora emborriona papel queriendo escribir versos ó prosa poética; pero se le dice que ella no necesita ser artista ni escritora, que le basta ser mujer de su casa, que es como si al niño le dijesen que le basta aprender á ser hombre de bien.

No, no hasta para vivir, para atender á las necesidades materiales y para satisfacer las exigencias del corazón saber coser, limpiar la casa y hacer la comida. El ser mujer de su casa no ocupa tiempo, ni para ello funciona la imaginación ni ninguna otra facultad de la inteligencia.

Se le repite á la muchacha, que nació con alma de

artista, que no debe tener más aspiración que la de gobernar su casa, complacer á su marido y cuidar de sus hijos; pero en nuestra sociedad metalizada y egoísta, ¿tiene la seguridad una doncella sin bienes de fortuna, que no se distingue por su instrucción y que acaso no brille tampoco por su hermosura, de encontrar un marido á quien complacer, que le entregue fondos para distribuir, casa para gobernar, y que la haga madre de los hijos que habrá de cuidar?

Y si se ve burlada en esta esperanza, ¿en qué empleará aquella actividad de que la había dotado el cielo? Acaso en leer novelas, que acaben de exaltar su imaginación, comparando lo prosaico y monótono de su vida con las aventuras, con los amores y demás sucesos con que el autor amenizó su libro para distracción de los desocupados.

El sentimiento religioso, del que en lugar oportuno hemos tratado, y que debe cultivarse con más esmero todavía en las niñas que en los niños, puede comunicarle alguna resignación, puede llenar las lagunas que ha dejado su educación deficiente e incompleta; pero exaltado, la llevará á encerrarse en un claustro; y como estas imaginaciones vehementes suelen representarse como vocación lo que no es más que un arrebato momentáneo, es posible que la vocación no exista, que la joven no pertenezca al escaso número de almas piadosas que aman la vida contemplativa, y á quienes basta una estrecha celda y la vista del reducido horizonte que se alcanza desde el jardín del convento.

Si este sentimiento religioso se infiltra más y más en su alma, si su fantasía, desprendida de este mundo, se lanza á otra vida inmortal y sueña con el glorioso destino reservado á las almas puras, delicadas, que voluntariamente han renunciado á los gores terrenos, será dichosa, porque sus éxtasis, sus delicios, bastarán para llenar su existencia;

mas ¡ay de ella si, alucinada, engañada por una falsa vocación, conoce su lamentable error demasiado tarde, si solo echa de ver su alucinación cuando ya se han cerrado tras ella para siempre las pesadas puertas del convento, cuando ha dado un eterno adiós á la sociedad, á la familia, al amor y á la amistad!... Entonces aquella propia imaginación será su tormento, presentándole con brillante colorido, con magia encantadora, la libertad y la dicha que se disfruta fuera de aquel recinto, que considerará como una dura cárcel.

Supongamos ahora que, resignada con su suerte, quede en la casa paterna, ejercitándose en las ocupaciones domésticas. ¡Cuánto sufrirá comparándose con el hermano artista, elogiado, admirado, tal vez mimado de la fortuna, porque dichosamente pasó ya aquel tiempo en que el arte y la miseria eran inseparables compañeros! ¡Ah! Dios había puesto dos focos luminosos en aquella familia, y mientras el uno ha sido colocado en lugar preferente para que ilumine toda la casa, han escondido el otro *debajo del clemín*, según la gráfica expresión del Salvador divino. Así, al paso que el varón ilustra y enaltece la familia, la mujer es una carga, un estorbo en el hogar, porque para gobernar la casa y coser la ropa hay bastante con una, y cada hermano elegirá su esposa.

Demos ahora de barato que la joven en cuestión sea solicitada para el matrimonio, y que lo sea por un hombre que satisfaga sus aspiraciones, que ella viva feliz en su nuevo estado y que Dios le conceda el más precioso título para la mujer, la maternidad.

Aun entonces, el cultivo de su imaginación sería el complemento de su dicha; porque si se hubiese dedicado al dibujo, á la pintura, á las labores de adorno, ó aun cuando fuese al canto, á la música ó á las bellas letras, esta parte de ornato de su educación, satisfaciendo una aspiración de su espíritu, habría

endulzado su carácter, habría comunicado mayor encanto, más suave atractivo á sus maneras, sin perjudicar en nada al cumplimiento de su misión de mujer de su casa; pues la que tiene talento y corazón, sabe emplear á tiempo sus habilidades, y se levanta del piano cuando el niño llora, ó no toma la pluma ni los pinceles cuando un enfermo necesita su asistencia.

Pongamos á la mujer de imaginación en todas las situaciones de la vida: supongámosla casada con un hombre de negocios, con un político, con uno, en fin, de estos que son *huéspedes en su casa*, como suelen decir sus mismas esposas, y que Dios no haya bendecido su unión dándoles hijos que alegren y embellazcan el hogar, abandonado tantas horas por el esposo.

Pobre ó rica, con criados ó sin ellos, aquella mujer pasará largos días de tristeza entregada á los más dolorosos pensamientos; porque las faenas manuales á que se entrega no distraen, no ocupan su pensamiento y dejan libre su imaginación, que le presenta con los más negros colores el cuadro de su aislamiento y soledad.

Llega el marido, y la que se cree desgraciada, abandonada, víctima del desamor, la que tal vez se ha entretenido en afilar el puñal de los celos y hundidole en su corazón, si es bastante prudente para no prorrumpir en quejas y reconvenciones, dejará comprender su situación, que se revela en la palidez de su semblante, en las huellas de las recientes lágrimas, en su voz quejumbrosa y general abatimiento; lo cual es contraproducente, pues si risueña y amable no ofrecia bastante atractivo para retenerle á su lado, mucho menos permanecerá en el hogar no encontrando en él la alegría y la tranquilidad.

No somos tan optimistas como D. Pedro de Alcántara García, hombre de talento privilegiado y de

gran corazón, que acaso juzga á los demás por sí mismo: creemos que, en la generalidad de los casos, el hombre que tiene afición á estar en la calle, en el café, en el casino político ó dondequiera que sea, fuera del hogar, no modificará sus gastos e inclinaciones, por más que la esposa embellezca su habitación con las más preciosas obras de arte; pero en lo que no tenemos duda es en que, empleada ella en el dibujo (en una de sus múltiples aplicaciones), sentirá deslizarse las horas, no tan alegres como en compañía del marido, pero menos tristes que entregada á sus eavilaciones; si posee la música, sus dulcísimas armonías serán el consuelo de sus dolores; si es literata, nunca estará sola, porque sus libros la pondrán en comunicación con las generaciones pasadas, hallará en ellos pasto para su inteligencia, consejos á que arreglar su vida y consuelos cuando se crea desgraciada.

De modo que, soltera ó casada, dichosa ó infeliz, con fortuna ó sin ella, la mujer que ha recibido del cielo una imaginación exuberante, la verá convertida en un don funestísimo, si no se la educa convenientemente. Si se trata de poner un dique á esta preciosa facultad, romperá los obstáculos, cual desbordado torrente, y entonces se convertirá en la verdadera *loca de la casa*, á quien se había pretendido encarcelar y ha forzado sus prisiones; abandonada á sí misma, es fácil también que se extravie; y este mismo don será un verdadero tesoro, cuando se emplee en el cultivo de una ó varias de las bellas artes, que puede convertir á dicha mujer en un sér privilegiado, ora emplee sus facultades en proporcionarse una decorosa subsistencia ó ayudar á su familia, ora las ejercite por gusto, haciendo las delicias de los padres ó el esposo, ora se limite á sacar partido de ellas solamente como distracción ó recreo.

RESUMEN

Hemos procurado en los anteriores capítulos explanar las ideas que nos ha sugerido el estudio constante del carácter y disposiciones de la niñez: abrigamos el convencimiento de que en el gran libro de la experiencia, en que cada dia se encuentra una nueva lección que aprender, se adquiere más conocimiento de la Pedagogía que en los tratados de los más eminentes escritores, en todos los cuales abundan las ideas luminosas, las teorías más bellas; pero que muchas veces es difícil, cuando no imposible, reducir á la práctica.

Dícese comúnmente que los médicos entienden poco de curar las enfermedades de la infancia, y que una madre tierna y cariñosa que observa, estudia y hasta adivina los sufrimientos de su chiquitín, es el mejor médico para él, superando á los mismos especialistas.

Lo mismo puede decirse con respecto á los profesores de primera enseñanza y á los pedagogos teóricos, cuando de higiene del alma se trata. Un J.-J. Rousseau, que no tuvo hijos, ó al menos no los tuvo jamás en su compañía, podía ser un filósofo eminente, un sabio, un profundo conocedor del corazón del hombre; pero el más modesto educador de la niñez conoce mejor que él los misterios del corazón del ni-

ño, asiste á su desenvolvimiento, ve cómo se desarrollan aquellas deformidades morales que se llaman vicios, pasiones ó sentimientos malévolos, que unas veces llega á tiempo de curar y otras no, porque mil circunstancias concurren á inutilizar sus esfuerzos.

Tenemos una fe ciega en el buen resultado que en general producen los sencillos procedimientos que hemos indicado para combatir los malos instintos y favorecer el desarrollo de los buenos, y decimos *por lo general*, porque hay ocasiones en que, ó el carácter especial del niño, ó la ignorancia ó malicia de su familia, ó el roce con muchachos sin educación, produce el más deplorable resultado.

¿No es verdad que en la primera infancia aquellos chiquitines de quien hemos hablado, tan cuidados, tan mimados de sus madres, que adivinan y previenen sus enfermedades, y ellas mismas las curan, cuando no han acertado á prevenirlas; no es verdad, decimos, que en un momento dado, por una circunstancia fortuita, pueden contracer una enfermedad incurable ó sufrir una caída que disloque sus tiernos miembros ó los deje informes y estropeados para toda la vida?

Pues lo mismo sucede en el orden moral; así es que de una escuela en que reine la disciplina más perfecta, en que un Maestro prudente y celoso, con un buen sistema de enseñanza, obligea los mejores resultados, es posible que salga uno ó varios niños viciosos, inmorales y hasta dispuestos á no retroceder ante el crimen.

¿Puede culparse al Maestro? ¿Puede achacarse aquel fracaso á lo defectuoso de sus procedimientos? De ninguna manera, si la mayoría de los alumnos salen honrados y benévolos.

¿Qué sabemos? Acaso una mala compañía, la lectura de un mal libro, una conversación imprudente que se tuvo en su presencia, el consejo de una per-

sona de mala índole, que le incitó á despreciar las máximas y advertencias de sus maestros, los han pervertido. Eso en el caso de que no tengan padres, como desgraciadamente hay algunos, que los envíen á la escuela únicamente para que adquieran la instrucción; pero que se rían en presencia de los niños de la educación moral y religiosa que reciben.

Con semejantes padres ó con otros, buenos, pero indolentes, ¿no está expuesto siempre el pobre muchacho, y con más razón la niña, á sufrir un golpe moral que sea para su inocencia lo que para el cuerpo del parvulillo la caída de que más arriba hemos hablado?

En comprobación de la inmensa influencia que ejerce en la niñez cualquier circunstancia que acaso se juzgará insignificante, vamos á citar un ejemplo:

Una niña de corazón tierno y de exuberante imaginación, que había aprendido á leer en edad muy temprana, y á quien retiraron pronto de la escuela, se entretenía con frecuencia en la lectura de un antiguo libro que encontró por casualidad, ó que acaso le había servido para aprender á leer, llamado *El Amigo de los niños*.

Aquel libro, que encierra la moral más pura, refiere un bellísimo ejemplo de amor filial que puede resumirse en los términos siguientes:

En tiempo del emperador Octavio Augusto, en Roma, una mujer quedó viuda y sin recursos, pues aunque tenía tres hijos ya mozos, éstos no ejercían profesión alguna ni habían aprendido oficio.

La escasa herencia del padre se terminó en breve, y la familia se vió reducida á la miseria, lo cual alligó más á los jóvenes por su madre que por si mismos, y desconsolados por no poder aliviar su triste suerte, discurrieron adoptar un medio, por costoso que fuese, para librarse de la pobreza.

Habíase promulgado un edicto del emperador ofre-

ciendo una gran cantidad al que presentase á la justicia un ladrón, y deseosos los hermanos de aprovechar esta coyuntura para llevar algún dinero á su pobre madre, determinaron que uno de los tres se fingiese ladrón y los otros dos manifestaran haberle sorprendido y haberse apoderado de él.

Echaron suertes para saber cuál había de hacer de delincuente, y tocóle al menor, que aceptó resignado su destino.

En efecto; sus hermanos le ataron y le presentaron al juez, el cual le tomó declaración y mandó conducirle á un calabozo. Poco después los hermanos solicitaron del carcelero que les permitiese hablar breves momentos con el reo, á lo cual accedió éste, mediante una pequeña gratificación; pero se quedó oculto presenciando la entrevista.

Reinó en este acto la más cordial expansión; el preso rogaba á los otros que si se le condenaba á muerte ó á destierro, consolasen á su madre. Así lo prometieron, y temiendo dar que sospechar si duraba mucho la conferencia, se separaron, colmándole antes de fraternales caricias, y abrazándole estrechamente repetidas veces.

Sorprendido el guardián de ver á un delincuente tan intimamente unido con los delatores, pues aunque no llegaban á él las palabras veía las muestras de cariño que mutuamente se prodigaban, dió parte al juez de la causa de aquel inconcebible suceso. Llevado de nuevo el presunto reo á prestar declaración, confiesa que ha robado; pero al preguntarle acerca de ciertos detalles y al pedirle noticias relativas á los que le habían delatado, y negar que se conociesen anteriormente, el magistrado le dice que falta á la verdad, el mancebo se turba, se echa á llorar y se ve precisado á relatar cuanto había acontecido.

Llegado el caso á oídos del emperador, deseó cono-

cer al heroico muchacho, tomó bajo su protección á los tres hermanos y señaló á la viuda una pensión para que pudiera vivir desahogadamente, sin que sus hijos se impusieran tan costosos sacrificios.

Inflamado el corazón de la tierna lectora, y exaltada su imaginación con este interesante relato, admiraba y hasta envidiaba á los jóvenes en cuestión, y hubiera deseado un motivo semejante para sacrificarse en aras del amor filial, deplorando que las actuales leyes y costumbres no dieran lugar á tales heroicidades; ignorando la pobre criatura que en todas partes y en toda sazón pueden hacerse prodigios de generosidad y abnegación, si más ignorados, no menos penosos y meritorios.

Apenas llegada á la juventud, la émula de los manecbos romanos perdió á su padre, persona de modesta posición y que por lo numeroso de la familia de que era jefe no había podido hacer ahorros para el porvenir; también una triste viuda necesitaba el apoyo de sus hijos; pero los demás hermanos y hermanas, unos por su corta edad, otros por no estar en condiciones de subveuir á sus necesidades, y otros por no hallarse dotados de la admirable fuerza de voluntad de nuestra heroína, ello es que secundaron muy poco sus esfuerzos. Allí no hubo que echar suertes para saber quién había de ser la víctima, y el sostenimiento de la familia cargó sobre la joven, que animosa y resignada aceptó el sacrificio.

¡Cuántas veces, según nos ha manifestado después en el seno de la confianza (pues la contamos en el número de nuestras más leales amigas), nos ha contado que en las interminables noches de invierno, cuando trabajaba para ganar uu pedazo de pan para sí y los suyos, recordaba el ejemplo del libro, que seguramente había influido en su generosa determinación; pues no se casó ni abandonó á los suyos

hasta que todos estuvieron colocados, y aun después de cambiar de estado, continuó siendo el ángel tutelar de la familia.

De alguna otra sabemos á quien la lectura de ciertos libros ha inducido á cometer grandes locuras. En efecto; además de las novelas, en que escritores pesimistas se complacen en conceder á la protagonista de su libro gracias físicas, talento, finura y todos los encantos imaginables, para después lanzarla en el abismo del deshonor, hay otros libros en que se relata la historia de mujeres célebres por su talento, su posición social ó sus relaciones de parentesco ó de otra clase con hombres eminentes; pero la conducta deja mucho que desear en punto á moralidad, y estos libros inspiraron á la joven en cuestión e inspirarán á otras muchas graves desaciertos.

Ahora bien, si una simple lectura produce á veces tan trascendentales resultados, ¿cuánto más han de influir en el carácter moral de los jóvenes de uno y otro-sexo las conversaciones, los ejemplos de amigos y parientes, cuando tengan la desgracia de encontrarlos tales que sus exhortaciones y ejemplos contradigan lo que se enseña en las escuelas?

Y cuando el desgraciado niño y la pobre niña pertenezcan á una familia degradada, embrulecida, acaso entregada á los vicios y que, contenta con que el tierno vástagos se le parezca, no cuide de mandarle á la escuela.

¿Quién educará los sentimientos de estas criaturas? ¿quién dirigirá sus instintos e inclinaciones? ¿quién formará y de qué manera su carácter moral? Horrozza el pensar en el porvenir que aguarda á estos seres destinados á la miseria, á los vicios, al crimen tal vez.

Cuando vemos vagar por las calles de una populosa ciudad mendigos de uno y otro sexo, vendedores de fósforos ó periódicos, músicos, danzantes y cantores

de ocho, diez ó doce años, el corazón se nos opriñe de dolor, al considerar que el paradero probable de los niños es el presidio, y el de las niñas una casa de prostitución.

¡Pobres criaturas! tal vez ángeles inocentes todavía, que no tendrán quien les tienda una mano salvadora, ni quien les enseñe el camino de la verdad y la justicia. Liernos arbollitos que, si se doblan á impulso del viento de la miseria ó el mal ejemplo, no tendrán un brazo firme y robusto que los enderece; antes bien, hallarán quien los abata hasta hundirlos en el polvo y en el cieno.

Sí; porque si el muchacho tiene hambre y roba un pan, le pondrán en la cárcel, donde aprenderá á robar relojes y dinero. Sale de allí amaestrado en esta lucrativa industria, que nadie le ha dicho que sea criminal, antes bien la gente del oficio le ha persuadido de que es un modo de reparar las injusticias de la suerte; la ejerce con más ó menos habilidad, hasta que sufre una condena que le pone en contacto con criminales endurecidos, que acaban de lanzarle en el camino de la perdición, haciéndole desgraciado en el tiempo y en la eternidad.

¿Y las niñas? ¡Ah! corramos un velo sobre el cuadro de la desdicha que probablemente les espera, que puede ser aún más horrible que la de sus compañeros de vida callejera.

No; el Estado no debe ni puede consentir que ningún individuo quede privado del beneficio influjo de la educación.

Cuando alguno de esos padres, verdaderos monstruos, cien veces peores que las fieras, golpea cruelmente á uno de sus hijos ó le priva de alimento, la justicia le castiga debidamente. ¿Y no será más punible el que niegue á los tiernos seres que la Providencia le confiara, la educación, que es el alimento del alma? El que con el escándalo y la ocasión de

cometer bajezas infiera al espíritu, que es la parte más noble, heridas más crueles que las que un látigo ó una vara puede causar en sus delicados miembros?

«Dejad que los niños vengan á mí», dice Jesús. ¿Y cómo irán á El sino por el camino de la inocencia y de la virtud? ¿Y dónde está este camino mas que en la escuela y sólo en la escuela?

La enseñanza obligatoria es, pues, preciso que sea una verdad; los Gobiernos debían preocuparse más de esto, y castigar, privándolos de ciertos derechos, imponiendo multas, ó del modo que creyesen oportuno, á los padres que no mandasen los niños á la escuela durante cuatro años por lo menos, que podían ser desde los seis hasta los diez.

«Yo tengo derecho sobre mis hijos», dice el padre.

Sí; pero como no tienes derecho de quitarle la vida material, tampoco le tienes de matar su alma, condenándola á la ignorancia y al error, responde la sociedad.

Nos parece que si se publicase una ley en este sentido, como la enseñanza en toda España es gratuita para los pobres, nadie podría alegar por pretexto la falta de recursos, y en cuanto á las familias pudientes, sólo se les permitiría eximirse de este deber, cuando presentasen un certificado de un profesor que acreditase que los hijos recibían en el hogar paterno la educación e instrucción.

Es indudable que no quedando español pobre ni rico, de ningún sexo ni condición, abandonado á sí mismo en los primeros años; sufriendo todas las modificaciones convenientes en sus instintos, inclinaciones y carácter, además de recibir el inapreciable beneficio de la instrucción; las generaciones destinadas á sucedernos serían más cultas, más humanas, más morigeradas; los vicios se irían extirmando y los crímenes serían cada vez menos frecuentes.

Para acelerar este resultado, no nos contentaríamos con el número de escuelas existente, ni con su índole especial. Hemos pedido cuatro años de asistencia forzosa á los establecimientos de instrucción primaria, y no creenios que se pudiera exigir más á las clases proletarias; porque el obrero diría que su escaso jornal no le basta para mantener la familia, y que los hijos mayores de diez años podrían ayudarle; y el hombre del campo manifestaría que necesita de la cooperación de los muchachos para las faenas agrícolas. Para asegurar, á lo menos, este tiempo de provechosa enseñanza no debía perdonarse medio, ordenando el Gobierno á los dueños de fábricas y toda clase de talleres que bajo ningún pretexto admitiesen niños menores de la referida edad, colocando con preferencia y protegiendo á los padres que más celosos se mostrasen en la educación de sus hijos, y premiando (como ya se hace en algunas capitales) las familias de aquellos alumnos que con más puntualidad asisten á las escuelas.

Sin embargo, pedimos poco, porque es muy fácil que el tierno niño de diez ó once años, juntándose con otros á quienes no hubiesen alcanzado los beneficios de las nuevas leyes, y que no hubiesen recibido más enseñanza que la desicientísima del hogar, perdiese los hábitos de orden, de religiosidad, de veracidad, de cortesía que hubiera adquirido en la escuela, y olvidara las preciosas máximas allí aprendidas; quisiéramos prolongar la educación é instrucción de los adolescentes, y para eso es para lo que juzgamos que serían necesarias clases de adultos; pero no desemponadas por profesores que han tenido á su cargo seis horas, por lo menos, una escuela elemental durante el día, y que fatigados por la noche, no pueden humanamente consagrarse hora y media á la enseñanza de los adultos; nos gustaría que esta última estuviese á cargo de Maestros que no tuvieran otro em-

pleo que este, y que dedicasen á él lo menos dos horas diarias, que podrian ser en la velada de los días laborables y por la tarde de los festivos; exceptuando solamente la canícula y las festividades más solemnes, como el Corpus, Navidad y Pascua de Resurrección. Por supuesto, que diciendo escuelas de adultos debe entenderse tambien de adultas, puesto que lo mismo las niñas que los niños salen de los establecimientos de educación en edad harto prematura con objeto de entrar en las fábricas, aprender un oficio, para servir de niñeras ó para ayudar á sus madres en los quehaceres domésticos. En cualquiera de estos casos, podrían asistir á las escuelas dominicales y nocturnas, que serian enteramente gratuitas y esencialmente educativas; de modo que creemos que aun las muchachas de servicio, de veinte ó más años, deberian asistir con el beneplácito de sus amos, pues lo que éstos perdieran privándose de los servicios de la criada durante algunas horas, lo ganaría ella en instrucción y moralidad, lo cual necesariamente habrá de influir en el buen desempeño de sus deberes.

Escuelas quisiéramos en los regimientos, pues al soldado se le enseña la Ordenanza, se le sujeta á una severa disciplina, se le proporcionan medios de aprender (si quiere) á leer y escribir, pero no se le moraliza. Finalmente, quisiéramos escuelas hasta en las cárceles de hombres y mujeres, para que los consejos de los profesores, la moral purísima de la Doctrina católica, el Evangelio, etc., (que se enseñaría á todos los que no manifestasen haber sido educados en otro dogma y profesasen de buena fe otras creencias), y la lectura de libros educativos, neutralizasen en los presos no completamente pervertidos la perniciosísima influencia de los que hacen gala de haber saltado á todos los deberes, de no haber respetado lo más sagrado y de haber escarnecido la

justicia, burlándose de las autoridades y de sus delegados.

Mucho pedimos, pero no deseamos lo imposible. Personal docente no había de faltar, puesto que continuamente sale de nuestras Escuelas Normales una pléyade de profesores y profesoras convenientemente instruidos y dispuestos á prestar sus servicios donde puedan ser útiles á su patria, adquiriendo honra, al par que unos modestos honorarios, contentándose con esto, porque han aprendido allí que su carrera no brinda lucro, solamente saerficios, escasa recompensa material y la muy valiosa de la satisfacción de su conciencia.

¿Faltarán recursos por ventura?... Si se buscasen de veras y con buena voluntad, nos parece que se encontrarían. Son, por otra parte, los que pedimos gastos tan reproductivos, como que es un axioma generalmente reconocido que lo que un gobierno gasta en establecimientos de educación lo ahorra en cárcellos y presidios.

¿Y no sería una gloria para los que rigen una nación el poder disminuir esa inmensa población penal, verdadero purgatorio, donde se consumen tantos seres desgraciados, reducidos á la impotencia por no hallar otro medio de evitar que perjudiquen á sus conciudadanos?

Muchas escuelas y buenas, mucha enseñanza y bien dirigida; he aquí lo que proponemos para acelerar, como hemos dicho anteriormente, la regeneración y el perfeccionamiento de la sociedad; y hemos dicho acelerar por dos veces, porque abrigamos la convicción de que la Humanidad tiende á moralizarse, á mejorar sus costumbres, aunque paulatinamente. Una década en la vida del individuo es un instante en la vida de las sociedades; pero si en nuestra nación y en todos los pueblos cultos se esconden grandes criminales entre la inmensa multitud de

gente honrada, ó por lo menos inofensiva, también podemos gloriarnos de que nuestro siglo ha producido grandes bienhechores de la Humanidad.

Si es cierto que en nuestros días una fortuna inspira envidias, y á veces contra el rico, contra el poderoso, se levanta el puñal del asesino ó estalla bajo sus pies la máquina destructora, prueba es de que existen seres de bajos y miserables sentimientos, no hay que negarlo; pero también cuando una de esas grandes catástrofes, epidemias, inundaciones, un ciclón, un terremoto, arruinan una comarca, cientos, millares de manos caritativas le tienden generosas, unas, el don de su riqueza, otras, el óbolo que les permite su precaria situación.

Hay, pues, en nuestros días de civilización y de cultura buenos y malos como los ha habido siempre, y si el progreso y los nuevos descubrimientos facilitan el crimen, también ayudan admirablemente á descubrir el criminal.

Abrid un tratado de Historia antigua, sagrada ó profana, y encontrareis asesinatos, robos, adulterios, traiciones, engaños y todo lo más horrible y bárbaro que puede inventar la perversidad del hombre. Se nos dirá que hoy dia son más frecuentes los delitos pero esto es difícil averiguarlo, pues entonces se sabían únicamente aquellos en que intervenían, ya como víctimas, ya como actores, personas notables por su posición social, ó cuya suerte pudiese influir en la marcha general de los sucesos, y hoy, cuando hay tanto periódico ávido de publicar noticias para llenar sus columnas, en cuanto sucede algo bueno ó malo que pueda llamar la atención, lo dan á los vientos de la publicidad.

Gracias al maldito progreso, dirá algún enemigo de las modernas invenciones, una bomba explosiva conmueve las paredes de un edificio y asesina á varios inocentes; pero gracias al bendito progreso, de-

cimos nosotros, la orden de prender al fugitivo circula en todas direcciones con la rapidez del rayo, al que el hombre ha dominado y hecho intérprete de su pensamiento, y se le alcanza y se le castiga, cuando á principios de nuestro siglo, (en que no se conocia la fotografía, ni el telégrafo, ni tantas otras cosas) los encargados de perseguir á Jaime el *Barbudo* y á los famosos bandidos de Sierra Morena, cenaban amigablemente con ellos en un ventorrillo, sin conocerlos, y al otro dia recibian una carta insolente del jefe de la partida, burlándose de ellos, cuando una jaquita trotadora había puesto entre el malhechor y la justicia nueve ó diez leguas, que era más que ahora cien kilómetros.

ENSEÑAD, pues, sin temor, queridos compañeros: pero moralizad al mismo tiempo, que si despertáis en el niño de hoy, hombre de mañana, los sentimientos cristianos y virtuosos, cuanto sepa y cuanto pueda lo empleará en bien de sus semejantes.

EDUCAD el corazón, elevad el nivel moral de la sociedad; Dios coronará vuestros esfuerzos, y las futuras generaciones bendecirán vuestro modesto nombre.

FIN.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO..	3
CAPÍTULO PRIMERO.—Instintos.	13
— II.—Gula, golosina, glotonería, generosidad verdadera, avaricia, economía..	22
— III.—Miedo, cobardía, pusilanimidad, valor, temeridad..	31
— IV.—Curiosidad, sorpresa..	38
— V.—Admiration..	47
— VI.—Amor propio, sentimiento del honor, dignidad..	55
— VII.—Orgullo, vanidad, soberbia..	62
— VIII.—Temor á los superiores, respeto..	70
— IX.—Urbanidad..	77
— X.—Servilismo, bajeza..	82
— XI.—Instinto de sociabilidad, adhesión inconsciente..	86
— XII.—Nostalgia..	91
— XIII.—Amor á la familia..	95
— XIV.—Amistad, compañerismo, envidia, emulación..	102
— XV.—Compasión..	109
— XVI.—Filantropía, humanidad..	117
— XVII.—Provincialismo, patriotismo..	120

Capítulo	XVIII.—Sentimiento religioso,	125
—	XIX.—Caridad.	132
—	XX.—Impiedad.	137
—	XXI.—Superstición.	143
—	XXII.—Niños autómatas y niños voluntarios.	149
—	XXIII.—Veracidad y sinceridad.	158
—	XXIV.—Paciencia.	166
—	XXV.—Amor al trabajo.	172
—	XXVI.—Alicción á los placeres.	179
—	XXVII.—Imaginación.	188
—	XXVIII.—Cultivo de la imaginación en los niños.	191
—	XXIX.—Cultivo de la imaginación en las niñas.	198
RESUMEN.	204

Universitat Biblioteca General (Cuenca)



4116267

Tit. n°: 353298

A/572(2)

UCLM Magisterio (CU)